

Juan Radrigán



**.PUEBLO DEL
MAL AMOR
.LOS BORRACHOS
DE LUNA**



Editorial "ÑUKE MAPU" es la resultante de la unión de muchas inquietudes, de muchas islas de porfiado amor a la vida.

En los tiempos confusos y violentos, siempre hay algo que nos impulsa a defender prioritariamente todo aquello que englobamos bajo los nombres de cultura y civilización; acaso sea porque cultura signifique conciencia de sí mismo frente al hecho irracional. Esta acepción no es la única, desde luego, pero es la que cogemos.

Y es por ello que, en la medida de nuestras fuerzas, trataremos de abarcar la más amplia gama de las voces de la cordura.

Nuestro primer paso ha sido el Teatro; esperamos seguir con Poesía, Ensayo y Narrativa.

Próxima publicación: ¡Nepegñe, Peñi, Nepegñe!
(Poesía Mapuche)

Nepegñe, Peñi, Nepegñe: Despierta, hermano, despierta.

ÑUKE MAPU: Madre tierra.

A Tennyson Ferrada

Que dirigió "Los Borrachos de Luna" a punta de coraje y solidaridad.

A Cecilia Radrigán.

A Anselmo Radrigán.

De ella sabemos que está confinada en dos metros cuadrados de injusticia.

Por él hemos preguntado a la vida, y dice que no está;

hemos preguntado a la muerte, y dice que no le ha visto llegar.

Le hemos preguntado a Ellos

Y callan.

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
CONSEJO DE EXTENSION ARTISTICA-CEA ESCUELA DE TEATRO**

PRESENTAN

PUEBLO DEL MAL AMOR

DE JUAN RADRIGAN

RESERVADA LA INSCRIPCION

Nº 66.048

Hasta el 9 de mayo /87

Para la obra Pueblo del mal amor

Dirección	:	Raúl Osorio
Escenografía	:	Mario Irrarázaval
Vestuario	:	Montserrat Catalá
Iluminación	:	Ramón López
Música	:	Patricio Solovera
Dirección de Escena	:	Sergio Aravena
Sonido	:	Horacio Acuña
Taller Vestuario	:	Flaminia Contreras
		Sergio Aravena
Jefe Electricista	:	Carlos Cabezas
Ayudante Electricista	:	Luis Alcaide
Tramoyistas	:	Bernardo Olivero
		Nolberto Alvarez
Director Técnico	:	Ramón López *
Administrador Sala	:	Roberto Loayza
Boletería	:	Carolina Daza
Diseño Afiche y Programa	:	Publicidad Universitaria
Producción	:	Guillermo Murúa

Vicente	:	Arnaldo Barrios
Luisa	:	Gabriela Medina
Eliana	:	Rebeca Ghigliotto
David	:	Samuel Villarroel
Arturo	:	Patricio Strahovsky
Inés	:	Mireya Vélis
Soledad	:	Brisolia Herrera
Pedro Viacava	:	Rodolfo Bravo
Alberto	:	Luis Gnecco
Moisés	:	Juan Arévalo
María	:	Juana Núñez (*)
Javier	:	Felipe Castro (*)
Rosa	:	Andrea Arroyave (*)
Luis	:	Santiago Ramirez (*)
Elena	:	Carmen Ortiz (*)
Julio	:	Hernán Lacalle (*)
Ana	:	Lorene Prieto (*)

Semipenumbra.

Un hombre —Vicente— tirado sobre el escenario, en el que sólo se vislumbran algunos pisos; es un hombre viejo y angustiado. Cerca suyo, un gran cuaderno estropeado.

Comienza a balbucir cosas, a moverse, lenta, torpemente, hasta quedar semisentado.

Desde que se advierten en él los primeros signos de vida, hasta que alcanza la posición descrita, se escucha la voz de una mujer:

Voz Soledad : Ya vieron tus ojos mis obras, te son familiares todos mis pasos; ni mis huesos te son ocultos, y de lejos entiendes mi pensamiento.

¡Escucha, oh, Señor, mi oración, atiende la voz de mi plegaria!

Este hombre es carne, sople que pasa y no vuelve; no lo detestes con odio implacable, no lo tengas por enemigo: escudríñale, examina su corazón, conoce sus inquietudes. Y después, sólo después, juzga si su camino...

Vicente : Un poema... Busco un poema... (Pausa) ¿Cómo llegué aquí? ¡Quién me trajo!...

Estaba escrito en la pared, de eso me acordé de repente... Claro, cuando supe que iban a venir a sacarnos de nuestras casas, yo... ¡Pero no era aquí! (Deambula, trata de reconocer el lugar) ¡No es aquí, fue en una pared de madera, en mi pieza; aquí no, aquí no... (Se derrumba nuevamente. Pasados unos instantes surge una mujer, se sienta en uno de los pisos. Vicente alza la cabeza, la observa con delgado estupor; su cuerpo va adquiriendo vida nuevamente) ¿Eliana? (Va hacia ella. Emocionado) ¿Eliana? (La mira con detenimiento. Desencantado). No, no eres Eliana... ¿Quién eres, qué haces aquí? ¿Este era el lugar donde vivíamos? ¿Aquí estaba la población? ¡Vicente, soy Vicente... Y vine a buscar... ¿Qué voz, qué sonido, qué mirada fue la que rompió mis tinieblas?... Yo estaba...

Y entonces, de repente, recordé que (Mira). Pero no era aquí, era en una pared de madera, muy vieja... muy vieja...

- Ana** : Tu cuaderno, Vicente; mira en tu cuaderno.
- Vicente** : ¡No, no: quiero recordarlos vivos, vivos!... (Pausa). Moisés decía que en el momento mismo en que trasgrediéramos la más insignificante de las leyes nos eliminarían sin vacilar... decía que sólo estaban esperando eso. (Pausa). Moisés, Moisés... "¿De qué somos culpables, señor?"; le preguntó aquella vez al representante de la Autoridad; y se quedó mirándolo con esa especie de implacable inocencia, que descomponía tanto a la gente. El no le contestó: era el representante de la ley, pero no lo sabía. (Pausa). Nadie sabía de qué éramos culpables...
- Voz Julio** : Vamos a llegar, Elena, vamos a llegar. Moisés volvió a salir; pero es David el que manda ahora. Dice que frente a nosotros hay un pueblo grande y fresco; dice que nos vamos a tomar ese pueblo si le vuelve a ir mal a Moisés.
- Voz Elena** : Yo ya no llego, yo ya no llego a ninguna parte. Vamos a llegar, vamos a llegar... Cuantas veces no hemos dicho lo mismo desde que partimos. (Pausa). Lo único que me gustaría saber es si en verdad había un lugar para nosotros o si todo era inútil, eso me gustaría saber, no importa que sea después de muerta: tú me lo tienes que decir.
- Voz Julio** : De ésta no te mueres, Elena, ésta no es capaz de llevarte.
- Voz Elena** : Sí, ésta me lleva, porque me vino revuelta con tristeza. Pero qué vamos a hacerle, alguna vez tenía que ser. Lo único que quiero saber es si agarramos para el lado equivocado, o si agarráramos para donde agarráramos todo iba a ser igual; tienes que buscarme y decirme eso, cuando te mueras, Julio, tienes que buscarme y decírmelo.
- Voz Julio** : No te pongas trágica, tú no eres Eliana...
- Vicente** : ¡Eliana, Eliana!... No te busqué, es cierto; pero no fue porque hubiera dejado de quererte: fue porque comprendí que aunque hubiera muerto tu marido, cosa que a lo mejor él buscaba, ni tú ni yo ni el momento ni nada, iba a volver a ser lo mismo; nunca se puede volver atrás, lo que se muere en los pulsos no vuelve a recuperarse más. Quizás sea posible toparse con algo que se le asemeje, o aún con algo que pueda parecer mejor; pero con lo mismo, con eso que tocaba la fibra exacta, nunca... ¡Tanto camino y jamás donde llegar...!
- Ana** : No, Vicente, eso no: siempre se llega.
- Vicente** : (Sorprendido) ¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?
- Ana** : Ya me viste; hace unos momentos estuviste mirándome. (Pausa). Creíste que era Eliana.
- Vicente** : (Ansiosamente) ¿Conoces a Eliana?

- Ana** : La conocí mucho. Y a ti también, Vicente. (Señala hacia el cuaderno, con cierta frustración). Creí que lo habías escrito todo...
- Vicente** : Lo hice.
- Ana** : Entonces ábrelo. ¿Por qué le temes si buscas la verdad? Sólo queda el agua de ti mismo, todas las demás fuentes se secaron.
- Vicente** : ¿Murieron todos?
- Ana** : ¿No lo sabes?
- Vicente** : No los he visto.
- Ana** : Y... ¿Y a Luis?
- Vicente** : Tampoco. Este país es tan largo... ¿Dónde nos conociste?
- Ana** : Anduvimos mucho, mucho tiempo juntos; pero, claro: éramos tantos... Yo soy Ana, la mujer de Luis, el que le pegó con la piedra a Moisés.
- Vicente** : ¿El? ¿Fue él? Nunca lo supimos... Qué amanecer tan espantoso...
- Ana** : ¿Murieron todos?
- Vicente** : ¿No lo sabes?
- Ana** : No los he visto.
- Vicente** : Y... ¿Y a Eliana?
- Ana** : Tampoco. Esto es tan grande...
- Vicente** : (Ilusionado) ¿Entonces... vive?
- Ana** : No lo sé.
- Vicente** : ¿Lo ignoras? (Alterado) ¡Pero qué es la muerte entonces!
- Ana** : Tú lo sabes.
- Vicente** : ¿Yo?
- Ana** : Sí. Lo dijiste muy bien el día que enterramos a Elena, la mujer de Julio. "Morir no es triste, lo triste es no saber quien muere". Eso dijiste. Yo aún no lo sé, Vicente. ¿Cuál es la voz que ya no alcanza a la otra? ¿La mía o la de los que tanto quise? (Pausa) ¿Cuánto tiempo ha pasado?
- Vicente** : No lo sé, Ana, no lo sé.
- Ana** : Recuerdo que el viento hacía daño, pero que lo peor eran la lluvia y la desolación: en toda la tierra parecía no haber donde guarecerse. Hacía una eternidad que veníamos caminando, y el agua no dejaba de maltratarnos, en vano el Lucho me había puesto su chaquetón sobre la cabeza, el agua me empapaba el pelo, me corría por la cara, por el cuello, por el pecho "¿Qué no entre, pensaba yo, loca de terror: qué no vaya a entrar por mis carnes y la moje a ella!" Nos habíamos perdido, por hacerlo mejor el Lucho no había querido que me atendiera ninguna de las mujeres del campamento. "Es el primer hijo que vamos a tener, dijo: busquemos un pueblo donde haya alguien que sepa de verdad". Y buscando el pueblo se nos habían

venido encima la noche y la lluvia. Luis tenía la esperanza de que Moisés hubiera mandado gente a buscarnos; pero yo no, yo conocía a Moisés desde hacía mucho tiempo y sabía que su crueldad era infinita; en esos momentos lo más probable era que estuviera prohibiéndole a la Loba que le hablara de nosotros: "Si se fueron, con su pan se lo coman", eso tenía que estarle diciendo. El dolor de la carne a mí no me la ganaba, no me la había ganado nunca; era el otro dolor, el que le pega al corazón, el que me hacía doblarme. Así que cuando me dejé caer sobre la tierra hecha barro fue porque no me quedaban más fuerzas nomás, no porque me la hubiera ganado. Por entremedio del viento y de la lluvia sentí que el Lucho me gritaba que me parara: "¡Aquí no, aquí no, Ana!", me gritaba desesperado; pero lo único que yo pensaba era que eso mismo que estaba pasando afuera, ese terror a la oscuridad y al abandono que sentíamos nosotros, lo estaba sintiendo dentro de mí una niña: yo era la tierra negra despiadada donde ella estaba perdida, ahogándose en mi agua y en mi soledad. Por eso me tiré encima del barro y me abrí para que saliera... ¿Cómo estarán? ¿Habrán encontrado algún lugar? (Pausa) ¿Habrá sol ahora sobre la tierra?

Vicente

: No, Ana, no hay sol para nosotros. (Deambula). Después que salimos cayó mucha agua y mucho fuego sobre nuestras espaldas; pero nunca hubo un sol que pudiera alumbrarnos y entibiarnos por dentro. (A partir de "Después que salimos..." surgen quince personas más; cuando ocupan los lugares que sea menester, la escena se ilumina en su totalidad). Mírame, mira como estoy de viejo y destruido, y aún siento todo helado y oscuro dentro de mí... En una de las paredes de mi pieza escribí un poema; cuando se comenzó a hablar de partir conversé mucho conmigo mismo, por eso lo escribí...

Aparte de lo humano,
de eso que no es nada
si otro humano no lo toca,
mis terrestres pertenencias
cabén holgadamente
en cualquier b...so de viaje.
Y como si esta indignicia
fuera poca, no recuerdo
estar herido por ningún recuerdo.
Debiera en consecuencia
sentirme muy alegre; un adiós

es siempre una posibilidad de renacer.
Pero sucede algo terrible:
noche tras noche he comenzado a soñar
con gente que vaga sin rumbo
aferrada a retratos y calendarios;
gente que sin morir
viene muriendo desde tiempos
más antiguos que la memoria.

- Luis** : ... Y cuando he querido preguntar por el significado de este sueño, nadie me ha respondido: todos están ocupados guardando retratos y calendarios...
- Vicente** : Mi poema... Sí, ese era. (Asombrado) ¿Dónde lo aprendiste? ¡Nadie lo conocía, lo escribí momentos antes de partir!
- Luis** : Debí preocuparte lo que escribiste, Vicente; ustedes los poetas poseen una especie de oscura intuición.
- Vicente** : ¿Una especie de oscura intuición? ¡Tú eres Luis, no puedes hablar así: apenas sabías leer!
- Alberto** : Siempre fue muy quemado este Lucho: miren que venir a aprender hablar cuando ya nadie lo puede escuchar.
- Arturo** : (Acercándose a Vicente). A lo único que no se aprende aquí es a perdonar; eso lo vas a descubrir cuando llegues aquí y hablemos de Eliana.
- Vicente** : Si no te temí en la vida, mucho menos te temeré en la muerte. No fue por miedo a ti que no le pedí que se fuera conmigo.
- Soledad** : Eso lo atestiguo yo: fue por Moisés.
- Vicente** : Sí, fue a él al que no tuve valor para traicionar.
- Moisés** : (Aislado). Quita tus ojos de encima de Eliana, Vicente. Cada uno de nosotros ha vuelto a ser el primer hombre sobre la tierra; cualquier acto que ejecutemos, cualquier decisión que tomemos, se transformará en el camino que recorrerán los que vengan detrás.
- David** : No lo comprendió; lo hizo porque le tenía terror a las responsabilidades, no porque hubiera captado alguna trascendencia en tus palabras. A ti no te entendió nunca nadie, Moisés; lo único que conseguiste con tu porfía fue ponernos la muerte encima.
- Pedro V** : Ya es inútil seguir con eso, nunca nos pondremos de acuerdo; es la vida la que tiene que hablar. Por nosotros nunca nadie sabrá la verdad, de toda historia hay tantas versiones como personas intervienen en ella; pero si se juntan todas esas versiones se obtiene sólo una colosal mentira.

(Eliana lava ropa en el río, sin prestar atención a lo que hace).

- Vicente : ¿En qué piensas?
Eliana : (Sobresaltada) ¿Qué haces aquí?
Vicente : Te miro, pienso.
Eliana : (intranquila). Andate, por favor. (Señala). No hay nadie más.
Vicente : No pienso, estaba aquí antes que tú, lo que pasa es que te has puesto tan volada que no me viste.
Eliana : ¡Tengo que lavar!
Vicente : Y yo tengo que meditar. Me gustan los ríos, me gustan mucho.
Eliana : Luisa me contó lo que te dijo Moisés. Andate.
Vicente : No me lo dijo a mí; se lo dijo a todos. (Pausa) ¿Le tienes miedo?
Eliana : No.
Vicente : ¿A tu marido?
Eliana : No.
Vicente : ¿A quién entonces? (Silencio) ¿A quién? (Pausa) ¿A ti?
Eliana : Andate.
Vicente : No pienso. (Se sienta. Permanecen en silencio un momento. Luego!).
Junto a los viejos ríos
nos sentamos a inventar
historias de amores imposibles
y de imposibles regresos
Gemimos y lloramos por tí,
por tí, ciudad perversa y amada
que nos diste a beber
el agua de la humillación.
¡Dichoso el que te pague
como a nosotros nos pagaste,
bendito el que estrelle
tu vida contra las rocas,
ciudad perversa y amada!
- Eliana : ¿Qué es eso?
Vicente : Un arreglo del salmo 137, hecho y muy sentidamente recitado por un servidor.
Eliana : ¿Soledad te pegó el espíritu santo?
Vicente : No. (Viendo que ella coge la ropa) ¿Por qué te vas? No has terminado de lavar. ¿Qué te pasa, Eliana? Eres como esos terrones de azúcar que les cae una gota de agua y van deshaciéndose de a poco. Cuídate.
Eliana : Tengo miedo, ya te lo dije; le vi los ojos a la vida y me dio mucho miedo. ¡No lo puedo soportar!... Son unos ojos

tristes, porque lo saben todo. Y burlones, burlones también... (Desasosegada). Moisés tiene razón, no me sigas, déjame en paz; déjame tranquila, Vicente, por favor!

- Vicente** : (Calmó). Yo nunca te he dicho nada.
- Alberto** : Y era cierto. El nunca le dijo nada parecido al amor, ella tampoco a él; pero que había algo entre ellos, lo sabíamos todos. Curioso esto del amor.
- Pedro V** : Estando montado en el burro, hay que aguantar los corcovos, Vicente.
- Vicente** : ¡Lo que pedía estaba fuera de sus atribuciones, no podía aceptarlo de buenas a primeras!
- Pedro V** : Siempre fue ley el no desear a la mujer ajena, él sólo te pedía que la cumplieras, y eso iba en beneficio de todos; él no podía exigir respeto para una piara de puercos sin dios ni ley.
- Vicente** : ¡Yo sabía eso, lo sabía!
- Pedro V** : No bastaba con saberlo, había que asumirlo: asumirlo hasta las heces.
- Vicente** : ¡Lo hice, lo sabes muy bien! (Despectivo). ¿Y quién eres tú? Tú ibas donde calentaba más el sol, te recuerdo muy bien.
- Pedro V** : No, no quieres recordar nada, te resistes. (Pausa). ¿Así que te di esa impresión? Lo lamento; no, no era cómodo, Vicente. Una vez me encontré frente a dos caminos. Y opté por uno: ese fue el día en que nací. Pero, claro, es difícil elegir un camino, porque cuando lo haces, estás obligado a ir por él todos los días de tu vida, todos los días...
- Vicente** : ¡Yo también lo hice!
- Pedro V** : ¿Entonces por qué estás aquí?
- Vicente** : (Extrañado) ¿Aquí? ¿Dónde? (Busca) ¿Qué es esto? ¿Qué es esto! (Deambula).
- Luis** : ¡Contesta, desgraciado, qué hacías ahí, que te había llevado con nosotros?
- Vicente** : ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué? No lo sé. Era solo, no tenía compromiso ni obligaciones con nadie. No partí por solidaridad ni por el interés de una casa, a quien le importa una casa sin mujer que ande por ella... Tampoco fue por ti, Eliana, en ese tiempo éramos amigos nada más. Tú entraste en mi vida después que partimos... Lo recuerdo muy bien, fue justamente cuando te ayudé a bajar del camión... Te daba toda la luz del día en la espalda, te reíste, la belleza, la ternura y la alegría entraron a raudales en mi corazón, y entró también al tocarte, tu carne en la mía, el deseo de tu carne, de tu vida... Haberte visto tanto, y verte y sentirte por primera vez...

- Rosa** : No te quedes en silencio. ¿Y Moisés?
- Vicente** : ¿Moisés? No, cuando partí no creía en él, no lo conocía sino como un oscuro dirigente de población. Era incapaz de hablar frente a una asamblea; le costaba tanto, que la gente decía: "Para esta reunión hay que llevar cama y comida, porque va a hablar el Tartamudo".
- Inés** : No era para tanto, yo no lo conocí tanto como ustedes, pero nunca me pareció que fuera tartamudo; lo que pasaba era que como había nacido y se había criado en el norte, hablaba así, medio arrastradito y medio cantadito. Pero una vez me dijo una cosa bien difícil, y la dijo de corrido; me dijo: "¿Para qué tanto toronjil, si tanta pena no hay; te enfermaste de las piernas, pero te queda de un cuantuay". Así me dijo.
- David** : El que te dijo eso fui yo, él no hablaba así ni era del norte.
- Inés** : Bueno, pero tampoco era tartamudo: eso era lo que quería decir yo. Era bueno, muy bueno...
- Alberto** : Del norte era, conmigo pasaba tardes enteras hablando de las Oficinas Salitreras.
- Rosa** : Te salió verso, sin esfuerzo.
- Alberto** : Y si lo vuelvo a decir, me vuelve a salir. (Pausa). Pero que era del norte, era.
- Vicente** : No, no era del norte ni era tartamudo, el suyo era más bien un problema de nervios, de angustia o algo parecido; yo no entiendo de eso, mi impresión era que sufría de atropello de ansias; pero lo verdaderamente inexplicable, es cómo un hombre así, desconocido, enfermo y sin mayor educación, llegó a influir tanto en nuestras vidas.
- Soledad** : Y nosotros en su muerte.
- Vicente** : (Tenso). ¿Murió?
- David** : ¡No se pueden tener dos verdades en un mismo pecho, Moisés: estás con nosotros o estás con las Autoridades!
- María** : ¡Quiero tocar la tierra, Moisés: quiero vivir!
- Pedro V** : ¡No nos ceguemos, lo que se conquista por la sangre, por la sangre se pierde!
- Rosa** : ¡Pedro traidor, escupo encima de tus palabras!
- Alberto** : ¡Desde que salimos hemos sido gente que no pertenece ni al aire ni a la tierra!
- Arturo** : ¡No más palabras! ¡Cuántos salimos? ¡Cuántos han muerto?
- Luis** : ¡Nunca llegaremos a ninguna parte: lo compraron!
- Luisa** : ¡Perro muerto, hocico de aguas podridas, a Moisés no lo compra nadie!
- Varios** : ¡Queremos vivir, queremos vivir, queremos vivir!
- David** : ¡Basta de lamentos: iremos a ese pueblo aunque tengamos que derramar la sangre de Dios si es preciso!

- Soledad** : ¡Señor, te pido fuerzas, no para convertir a los impíos, si no para que me ayudes a contener a los violentos! ¡Escuchadme: el espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los quebrados de corazón; para anunciar la libertad de los cautivos y el retorno de los errantes! Pueblo mío, no se hable ya más de violencia en tu tierra, de saqueos y ruina en tu territorio: ¡un cielo nuevo, una tierra nueva se abre ante ti: presenta tus pruebas, justifica tu entrada!
- Vicente** : (Emocionado). Soledad...
- Soledad** : (Dura) ¡Presenta tus pruebas, justifica tu entrada!
- Remigio** : ¿Mi entrada? ¿Dónde? ¿Quién eres tú? Nunca conocí de ti más que tus palabras. ¿Por qué estás aquí?
- Arturo** : (Acusador). ¡Miren, y era él el que iba a escribir la verdad!
- Rosa** : Ni siquiera recuerda quien es Soledad, después de haber andado años junto a ella. (Frustrada). De él no puede esperarse nada.
- Luis** : Nunca conoció a nadie, en realidad ni siquiera se conoció a sí mismo; lo único que hizo en su vida fue dejarse arrastrar por un loco asesino.
- David** : No, eso no: Moisés no era ni loco ni asesino.
- Javier** : Por lo demás, no hay que olvidar que lo elegimos entre todos.
- Arturo** : ¿Y los azotes que te tuvieron al borde de la muerte? ¿Eso hay que olvidarlo?
- María** : No fue él quien se los dio, era incapaz de eso.
- Luis** : Es cierto que lo elegimos entre todos, como dice Javier, pero cuando lo hicimos no sabíamos lo que era.
- David** : Lo sabíamos, no lo elegimos sólo porque la gente en apariencia más capacitada se mostrara reacia a ocupar cargos directivos, lo hicimos porque...
- Pedro V** : ¿Por qué lo defiende ahora? Usted lo destrozó con saña. (Pausa). ¿Está reconociendo su culpa?
- David** : ¡No reconozco nada: digo las cosas como son!
- Vicente** : Sí, reconócelo, David, reconócelo. Moisés tenía esa grandeza extraña del mar y de los abismos, eso que asusta y atrae al mismo tiempo... Cuando me dijo aquello de Eliana vi frente a mí a un hombre bueno y herido, al que me fue imposible desobedecer...
- Arturo** : Queríamos vivir, queríamos casa, paz y amor, guiados por ese demonio tartamudo nos encontramos de pronto buscándonos desesperadamente en el más espantoso desierto que existe: el desierto de uno mismo.
- Vicente** : ... Cuando partimos me pidió que lo fuera escribiendo todo...

- Moisés** : Pero, seco al hueso; tienen que saber la verdad sin adornos: ¡desnuda, Vicente, desnuda: como dios la echó al mundo!
- Vicente** : No creo que le gustara lo que escribí, soy poeta, y nosotros tenemos a veces la costumbre de hilar en colores.
- (Pausa. Busca su cuaderno con la mirada, va hacia él, se inclina, quiere abrirlo; pero no se atreve. Se levanta).
- Vivíamos en los extramuros. El tiempo nos había arrinconado ahí como a hojas secas; por eso fue que le pusimos al lugar "Población Otoño".
- Luis** : No era una población, era un asqueroso, un cochino hacinamiento de tablas, latas y cartones.
- Alberto** : Una vez vi una película donde la población estaba tan mal hecha, que los borrachos tenían que pintar la puerta y ponerse una camiseta del mismo color para acordarse de donde vivían; lo malo era que cuando alguno perdía la camiseta no podía encontrar nunca más su casa: así pasaba a veces en la población de nosotros.
- Eliana** : Sí, no había...
- Vicente** : (Conmocionado). Eliana... ¡Eliana! (Intenta acercarse).
- Soledad** : ¡Aléjate, ya no puedes tocarla!
- Eliana** : No había calles señalizadas; Arturo había tratado de hacer un camino, pero el agua lo borraba en invierno, y el sol, al convertir la tierra en polvo, lo hacía desaparecer en verano. Pero como yo trabajaba lavando ropa, formaba unos pasadizos con los cordeles donde tendía, así se podía llegar a mi cuarto... Pero me acuerdo que cuando las Autoridades llegaban a buscar a alguien, me echaban abajo los cordeles para abrise paso.
- Rosa** : Van a decir que éramos tristes, pero yo no lo era, me gustaba el peso del Alberto en la noche, el momento en que repartía la comida, y salir con mis cuatro hijos, uno en los brazos y tres en fila detrás de mí; la gente me miraba, yo iba con la cabeza levantada: eso me gustaba. No, yo no era triste ni dura, eso quiero dejarlo bien en claro, pobre sí, pero triste no.
- Arturo** : Eramos montones informes de trapos y pelos.
- Julio** : Estábamos a la intemperie de todo; éramos como el barrido de Dios.
- María** : Yo nací donde la tierra era seca y dura, Norte, le dicen a esa parte. Hubo un tiempo, decían mis abuelos, en que en ese lugar vivió mucha gente y había mucha actividad, Oficina, le decían a esa parte; pero yo sólo tengo en la memoria el recuerdo de muchas casas de madera, apollilladas y vacías, y de una tierra interminable, caliente y calla-

da... Mi abuela me llamó una tarde y me habló de lugares donde brotaban plantas, flores y verduras de la tierra; después se quedó inmóvil y dormida para siempre en su silla. Eso fue hace mucho tiempo. (Pausa). María, me llamo yo.

- David** : Eramos flacos, violáceos, friolentos.
- Eliana** : Eran muy pocos los que caminaban como la Rosa, con los hombros derechos y la cabeza levantada, la mayoría caminábamos como si alguien nos viniera persiguiendo, o como si lleváramos un peso enorme en la espalda; y cuando nos sentábamos en algún lugar, siempre parecíamos criaturas que se habían quedado rezagadas en el tiempo; siempre parecía que nos habíamos quedado solos en el mundo.
- Javier** : Yo soy el hombre de la que dijo que se llamaba María; alcancé a vivir casi treinta años. El que me juzgue podrá decir casi cualquier cosa de mí; pero mi corazón y yo sabemos que fui un hombre alegre y bueno, muy bueno. Tengo como prueba de eso, lo que vi en los ojos de María, cuando para su último cumpleaños, le regalé un puñado de semillas de plantas, flores y verduras.
- Luis** : Claro, todos veníamos casi como de la tristeza, casi como de la desgracia; pero no ocupábamos todo el día en llorar.
- Moisés** : Más allá de las etiquetas de sucios, falsos y viciosos que nos colgaban; más allá de aquello de borrachos, flojos y resentidos, la verdad era que en nuestra sangre no había nada que tuviera forma de rencor o de venganza: la verdad era lo único que nos impulsó a escribir a las Autoridades, fue ese infinito anhelo común que aquí nos mata: queríamos vivir.

(Conciliábulo de los iguales)

- Pedro V** : (A Arturo). ¿Usted es de los antiguos, no es cierto?
- Arturo** : (Evasivo). Sí, bueno, aquí habemos varios de los que salimos de la población.
- Pedro V** : (A nadie en particular). ¿Fue cierto que hubo muertos cuando llegaron los camiones a sacarlos?
- David** : ¿Por qué pregunta eso? No tenemos tiempo para ponernos a hablar del pasado. Estamos reunidos aquí para terminar de ajustar lo de mañana.
- Pedro V** : No se altere, usted tiene la obligación de tenerlo todo claro. Pregunto, porque aparte de la irrefutable razón de encontrar un lugar donde vivir, veo entre la gente razones de odio, de venganza y hasta de ambición; por eso me parece importante indagar sobre las causas de la división. (Pausa breve). Por aquello de la unidad, digo.

- David** : División es mucho decir, lo que existe es un fuerte grado de indecisión en alguna gente; pero eso es natural, es muy posible que estemos enfrentándonos a la muerte.
- Luis** : El tiene razón, para qué andamos con cosas; estamos divididos entre los que odiamos a Moisés y los que creamos en ti.
- David** : Yo no odio a Moisés. Es un hombre viejo y equivocado, pero no lo odio.
- Luis** : Claro, a ti no te mató a la mujer.
- David** : Ya dije que no estamos aquí para mostrar heridas.
- Arturo** : El Lucho tiene derecho a odiarlo: le mató a la mujer. Y quería obligar a la mfa a irse con el Vicente.
- David** : ¡Hasta cuándo!
- Luis** : ¡Hasta que se haga justicia, mierda!
- Julio** : (Conciliador) ¿Qué les pasa? ¿Nos vamos a poner a pelear entre nosotros ahora? Yo estoy de acuerdo con David, aquí tiene que quedar afuera lo personal, es el bien común el que importa.
- David** : Sí, tenemos que tomarnos ese pueblo antes que amanezca, ya no podemos retroceder, con los comunicados que mandamos a todas partes, dentro de unas horas todo el país sabrá lo que vamos a hacer.
- Arturo** : (Apoyándole). Eso es lo que hay que entender: tomémoslo o no ese pueblo, las Autoridades van a venir por nosotros. Y esta vez no vendrán con puros camiones.
- David** : Precisamente. Por eso no podemos perder tiempo en nada que no sea en organizar la acción. (A otro hombre). Llama a los jefes de...
- Pedro V** : ¿Y Moisés? No creo que se quede de brazos cruzados.
- David** : Sí, dijo que hablaría a la gente; pero si lo hace yo también lo haré, y los resultados no me asustan.
- Pedro V** : Yo no me confiaría tanto. Usted mismo dijo que esta vez era distinto; un hombre enfrentado a la posibilidad de la muerte es un hombre de reacciones impredecibles. (Se va).
- Arturo** : El tiene razón, no podemos confiarnos; a los que todavía lo siguen, que no son muy pocos, se le sumarán fácilmente los tímidos, los indiferentes y los temerosos. Lo más seguro es no dejar que hable.
- Luis** : Eso no lo conseguiríamos ni con un milagro. ¿No han visto todo lo que ha pasado desde que salimos? ¿Y él ha cambiado en algo? No, a ése hay que carniarlo para que se quede tranquilo.
- David** : (Espantado) ¡Qué están insinuando!
- Arturo** : Ellos tienen razón, el problema es grave, hasta podríamos terminar matándonos entre nosotros mismos. Tú eres el jefe, tú tienes que decidir lo que vamos a hacer.

- David : ¡Yo no quiero matar a nadie, yo sólo quiero encontrar un sitio donde podamos vivir!
- Julio : A mí no me importa morir, lo que no quisiera es que me mataran antes de llegar al pueblo; cuando me junte con Elena tengo que con...
- David : Nadie te va a matar, no seas pájaro de mal agüero.
- Arturo : Yo creo que sí; si no nos atrincheramos en ese pueblo eso es lo que va a pasar con todos. (Mirando). Deben quedar unas cuatro horas para que amanezca. ¿Qué hacemos con Moisés, David? Tú eres el jefe.

(Luisa mira —a pasos de ella— por la ventana. Moisés sentado).

- Luisa : Tú eres el jefe, Moisés. (Resentida). Ahora que van a venir a sacarnos te eligen de jefe.
- Moisés : A sacarnos no, mujer; a llevarnos a otro lugar, a darnos casa. Debieras estar alegre.
- Luisa : ¿No era bastante preocupación para mí que fueras dirigente en tu trabajo, para que también te eligieran aquí?
- Moisés : Sabes que mi único y gran anhelo es llevar una vida clara y sencilla, sabes cuánta angustia me causa esto.
- Luisa : ¿Entonces por qué no dejas que otro se haga cargo? Alberto, Javier, el mismo Vicente, cualquiera. O una mujer, ¿por qué no?
- Moisés : No soy yo el que decide, Luisa, no soy yo.
- Luisa : ¡David, ese muchacho que viene tanto para acá, ése sí que sirve!
- Moisés : No busques más soluciones, ya no hay nada que hacer. (Pausa). Lo que se necesita aquí no es un político, sino alguien que intente, que intente siquiera, modelar el carácter del pueblo... La masa tiene memoria, pero no tiene carácter, no sabe en qué creer, porque no cree en él mismo.
- Luisa : A eso es a lo que le tengo miedo, a esas cosas raras que dices. Yo sabía que ibas a caer en eso, lo sabía. Si pensaras en mí, si alguna vez pensaras en mí...
- Moisés : Es lo único que hago... Quisiera saber por qué te maltratan, por qué nos maltratan de ese modo... Pienso... Pienso que nuestra única posibilidad de salvación es erguirnos, volver a mirar de frente... Sí, porque en un momento de nuestra vida en que éramos muy jóvenes, cometimos el terrible error de aceptar un castigo inmerecido, y es desde entonces que todo hombre de mirada dura es un dios para nosotros.
- Luisa : (Se acerca a él, lo abraza por detrás). No hables así, me asustas; háblame de cosas sencillas, de cosas que yo entienda.

- Moisés** : (Le toca los brazos). Estás temblando... ¿Por qué te dicen "La Loba", si eres apenas...?
- Luisa** : No soy nada, una persona nomás. Una mujer.
- Moisés** : (Después de una breve pausa). Los pájaros del sur no lloran la ausencia del sol; cuando llega el tiempo negro y lluvioso, se guarecen entre las ramas más espesas del boldo, cierran los ojos, y vuelan por dentro de ellos mismos buscando la luz y el calor perdidos.
- Luisa** : (Se suelta, va hacia la "ventana", mira). Soñaba con un hombre fuerte y sencillo, un hombre que me hiciera integrarme a la vida, quererla. Tú dices: "Nadie está solo si ha pasado alguien por su vida", pero eso es mentira, son palabras. (Pausa). A veces pienso que siempre has estado preparándome para el olvido, que por eso me dices todas esas cosas. ¿Pero por qué?, eso es lo que no entiendo. (Se vuelve hacia él). ¿En qué piensas? ¿Qué buscas en realidad?
- Vicente** : ¿Qué busco en realidad?... El tiempo de vivir es un viento que ya pasó, mis días son pozos definitivamente secos, sólo queda para mí el tiempo de morir, lo sé. Pero morir sabiendo que no se tenía absolutamente ninguna posibilidad de encontrar la explicación de la propia existencia es demasiado aterrador... Por eso volví, por eso volví... A eso vine... Pero lo único que me viene a la memoria es ese hombre, Moisés... Vuelvo a verlo solo, derrumbándose, derrumbándose. Y sin querer cejar, qué terrible empecinamiento, qué locura... Veo sus ojos, escucho su voz, la escucho una y otra vez...
- Moisés** : Se niegan trágicamente a entender, ¿pero cómo odiarlos o abandonarlos? No se puede, Vicente, no se puede. Hay que seguir, seguir.
- Vicente** : ¡Pero hasta cuándo, hasta cuándo!
- Moisés** : ¡Hasta que la vida dé a luz a un hombre: hasta que lo para!
- Vicente** : (Violento) ¡Déjame en paz!
- Pedro V** : ¡Eso es, entra en ti, entra en ti hasta el fondo, Vicente!
- Vicente** : ¿De dónde sacaste esos aires de salvador del mundo? ¿Quién te dijo que podías dejarnos fuera de la vida? (Despectivo). Dignidad, justicia, paz, amor; ¡miseria y muerte: eso fue lo que echaste sobre nosotros! ¡Pero algún día te van a agarrar y te van a hacer pagar todo el mal que nos causaste! (Pausa larga. Horrorizado:) ¡No, no es cierto, no es cierto!... No es cierto...
- Jefe** : (Tonante) ¡Quién es el tal Moisés!
- Moisés** : ¡Yo!
- Jefe** : En nombre...

- Voces** : ¡Los camiones, los camiones!
- Vicente** : (Sorprendido, en nebulosa) ¿Los... camiones?
- María** : ¡No, acuérdate bien; antes que llegaran los camiones, fue la alegría: la alegría, Vicente!
- Javier** : (Saliendo al medio) ¿Y mi hija? ¿Dónde dejan a mi hija? Nació el mismo día en que nos dieron la noticia de las casas nuevas, por eso le puse Primavera. Primavera Fuentes Cataldo, así se llama.

(Se paran todos, lo felicitan, aplauden; se arma la fiesta).

Alberto : ¡Mándate una cueca, que quiero dejar hecho tira el piso!

Javier : ¡Listo nomás, en qué topamos!:

Agradeció como perro
de Moisés y su ayudante,
canto aunque no cante,
payo aunque le yerro:

Desde mañana, ay sí
el Javier y la María
cambian piel y cambian vía
junto a esta gente quería.

Desde mañana, ay no
nadie me quita rienda;
la vida me dio en un día
hijo, mujer y tienda.

La vida ya para que,
para que quiero más guerra
con esto tengo demás
mi paraíso en la tierra.

Ay, María del Javier
cómo no te voy a querer,
si en esto de ser tú eres
la mejor de las mujeres!

Arturo : ¡Eso es, y mándate la otra antes que se me enfríen los pies!

Julio : Bueno, pero no vamos a estar bailando en seco igual que camellos, somos gente, pues.

David : Claro, hagamos una vaca.

Alberto : Y tomemos como chanchos.

- Luis** : Si Moisés baila una cueca chilota, yo me pongo con una garrafa.
- Ana** : Claro, dale nomás, para eso la tonta trabaja.
- Rosa** : Ah, eso estuvo feo, eso estuvo feo, compadre. Por eso yo había escuchado que a la Ana le tocaba movimiento cuando había temblor nomás.
- Luis** : (Abrazando a Ana). No, si lo dice en broma, es ella la floja; como será, que la otra vez estaba sentada al sol allá afuera, cuando en eso aparece una araña en la pared y empieza a bajar; entonces viene y me dice: "Oye, Lucho, ¿qué es bueno para las picadas de araña?" "¿Por qué —le dijo yo—, qué te picó alguna?" "No, pero ahí viene una que me va a picar en el brazo" dijo. (Ríen los dos).
- Arturo** : (A Javier). ¡Ya, compadre, vamos con la cueca chilota, para que baile Moisés!
- Moisés** : (Saliendo al medio). Con su amigo nomás se encuentra, pues. Vamos, Luisa, que nos llaman a dar clase.
- Luisa** : No, pero que salga alguien más también, cómo vamos a bailar solos, si es fiesta, pues.
- Eliana** : Bueno, pues, doña Sole, usted que no le hace al atraque, baile siquiera.
- Soledad** : (Saliendo). ¡Qué me demoro, siendo moda no incomoda!
- David** : (Tamborileando). ¡Y los fuimos con la chilota!
- Javier** : (A todo pulmón). ¡Adiós Santiago querido, adiós...
- Moisés** : (Dejando de bailar). ¡Pero esa no es chilota, pues!
- Javier** : ¡No será chilota, pero es la única que me sé!
Adiós Santiago querido,
adiós quinta normal,
me voy, me voy...
- Vicente** : (Recordando) ¡Los camiones, los camiones: llegaron los camiones!

(La gente se paralogiza. Quedan inmóviles. Escuchan; retroceden, temerosos, intranquilos.

El sonido que se escucha no es brutal, es más bien leve y aleve, como gotas de ruido en la soledad).

- Eliana** : ¿Qué fue eso?
- Luis** : ¿Qué pasa, Ana, qué pasa?
- Elena** : ¡Está temblando, Julio!
- Julio** : No, no es eso, cállate...
- Arturo** : ¿Qué hicimos ahora, por qué vienen por nosotros?
- Ana** : ¡Arránca, Lucho, arránca!
- María** : ¡Mis semillas, mis semillas!

(El ruido acrecienta, amenazante, indefinido).

- Vicente** : ¡Sí!... Fue casi en la madrugada. Retumbó la tierra, cruzieron las tablas de las casuchas, los cartones de los techos saltaron por el aire...
- Soledad** : ... Al hombre que cubría a la mujer y a la mujer que se dejaba cubrir se les helaron los centros...
- Vicente** : ... Los más viejos en la vida tomaron en brazos a los más nuevos. Se pegaron a las paredes con ellos...
- Soledad** : ... En un segundo, en un segundo nomás, todo quedó cubierto de miedo. Y por encima de él, pasó aleteando una voz más negra, más negra que los hoyos del cielo:
- Vicente** : ¡Llegó la hora: arriba, malditos, arriba!
- Rosa** : Yo estaba dándole de mamar al Camilo. El miedo me entró como balazo. Sentí que el niño se me revolvía en los brazos como pájaro apedreado... Apartó la boca y se puso a llorar con mi mismo miedo... Nunca más se lo puede quitar.
- Elena** : Cuando me asomé vi que el Alfonso iba a la rastra por el barro, con la mitad de su vida y la mitad de su muerte.
- Luisa** : Yo también lo vi, y el aire se me volvió amargo como el natre; porque él siempre decía que sin piernas, el último horror que le faltaba sufrir era el de la humillación, y que ese no lo iba a soportar... que no lo iba a soportar.
- María** : Claro, iba arrastrándose derecho hacia los camiones, con una determinación de muerte que golpeaba de lejos...
- Javier** : Y las órdenes seguían retumbando por toda la población.
- Soledad** : Los dragones de acero nos rodeaban por todas partes. De su boca salían vapores calientes, agua que se volvía amarga. Y frente a cada uno de ellos había un vigilante, y detrás de cada uno de ellos, cuatro, listos para caer sobre nosotros...
- Vicente** : Y entonces volvió a sonar la voz de trueno que arrastraba la desgracia.
- Soledad** : Dijo que uno de nosotros había mandado una carta a las Autoridades. Que no nos habían olvidado; que el venía a solucionar el caso.
- Vicente** : Y después se quedó callado... Lo recuerdo bien... Se quedó callado, mirándonos hasta que el temor se hizo carne en nosotros. Luego gritó: ¡Quién es el tal Moisés!
- Moisés** : (Adelantándose) ¡Yo!
- Jefe** : (Tieso, como vara de acero). En nombre...
- Moisés** : ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde...
- Jefe** : ¡No interrumpa! En nombre...
- Moisés** : ¡Quiénes son ustedes y de dónde vienen!
- Jefe** : ¡Usted no puede interrogarme; tengo orden de sacarlos de

este basural y eso es lo que haré!. (A su gente). ¡A los camiones, a los camiones con ellos!

- Moisés** : (Deteniéndoles). ¡Un momento!
- Jefe** : ¡No hay momentos: hechos, no palabras: pidieron casas decentes para vivir y se las darán!
- Moisés** : Pero, ¿por qué con esta violencia? ¿Acaso no somos dignos de ser tratados con respeto?
- Jefe** : Soy un hombre de acción, no un diplomático.
- Moisés** : Frente a otro hombre, un hombre es sólo un hombre. A nosotros lo que merecemos, y del modo que lo merecemos.
- Jefe** : ¿Qué se ha imaginado? ¿Por qué van a merecer algo ustedes?
- Moisés** : Por la misma razón que lo merece usted, señor: por el simple hecho de haber nacido.
- Jefe** : (Duda). Ya se lo dije, no soy diplomático. Las casas les serán entregadas sin ceremonias ni demagogias. ¿Por qué tienen que andar siempre creando problemas?
- Moisés** : Compréndalo, estábamos para la alegría, no para la crueldad. (Señala). ¿Qué podemos llevarnos?
- Jefe** : Lo que tengan de comer, y alguna ropa. No hay lugar para más en los camiones.
- Moisés** : ¿Dónde nos lleva? (Señala). Hay gente que no está aquí, tenemos que dejarles dicho.
- Jefe** : ¿Dónde? (Sonriente, mordaz): Al lugar que merecen, y cómo lo merecen. (Estentóreo, hacia los hombre a su mando) ¡Qué la gente suba a los camiones; proceder con ellos con respeto: pero con firmeza, con mucha firmeza!
- Vicente** : Así fue...
No sé cuanto tiempo pasó; pero la gente iba contenta en los camiones, les gritaban cosas a los transeúntes, o se despedían de ellos agitando chombas y pañuelos. Yo iba oscuro por dentro, pero eso era algo que me pasaba desde muchacho: siempre que salía de alguna parte me quedaba largo tiempo la sensación de haber olvidado o perdido algo. Por eso no me di cuenta del tiempo que había transcurrido, hasta el momento en que los camiones se detuvieron: ahí fue donde te ayudé a bajar, Eliana, y todo cambió para mí...
- Alberto** : (Interrumpiendo). ¡A mear, a mear, que el mundo se va a acabar!
- Rosa** : ¡Oye, meón, preocúpate un poco de los chiquillos: si se me pierde alguno hago otro con el primero que pille!
- David** : ¡Acuérdense bien del camión donde van, para que después no estén reclamando que se les perdió algo!
- Luis** : Oye, David, pero parece que vamos muy lejos, ¿qué vamos a hacer para ir al trabajo? Yo no alcancé a avisar.

- Arturo** : A mí me pasa lo mismo. Pucha, cómo se les ocurre llegar y sacarnos.
- Elena** : (Atajando a Ana). ¿Y Alfonso? ¿Dónde viene Alfonso?
- Ana** : No sé, no lo he visto; no ví a qué camión lo subieron.
- María** : (Gritando) ¡Javier, se nos quedaron las semillas!
- Jefe** : ¡Silencio! ¡Bajar todas las cosas: este no es un alto en el camino, señoras y señores: hemos llegado!. (Incredulidad, estupor). Sabemos que no es lo mejor, pero esta es una medida de emergencia. Los problemas se irán solucionando de a poco, con paciencia, con voluntad. Nuestra misión es crear las condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas (recalcando) "del simple hecho de haber nacido", como dice muy bien el hombre que hace cabeza entre ustedes, ese tal Moisés.
- Alberto** : (Estupefacto) ¿Llegado? . . . ¿Llegado? . . . ¿Dónde!
- Soledad** : Ni los hijos de su madre hubieran reconocido a Alberto cuando preguntó eso. Ni los hijos de su madre.
- Vicente** : Ni a él ni a nosotros, Soledad. Cuando el hombre apostó sus hombres a nuestro alrededor, ninguno de nosotros pudo comprenderlo.
- David** : ¿Cómo que llegado?. ¡Pero si aquí no hay nada, este es un peladero, un desierto!
- Javier** : ¡Allá se ve un barracón grande, nada más!
- Luisa** : ¿De dónde vamos a sacar agua?
- Ana** : ¿Y luz?
- Alberto** : ¿Y comida?
- Luis** : ¡Pero qué vamos a hacer aquí, cómo se les ocurre!
- Julio** : ¡Aquí no nos podemos quedar, moriríamos de hambre y frío!
- María** : ¡Qué vamos a hacer, Moisés!
- Moisés** : (Se acerca al Jefe, preocupado, sombrío) ¿De qué somos culpables, señor?

(Duro, pétreo, el Jefe no responde.

De los erradicados comienza a brotar un murmullo apagado, casi inaudible, que toma forma, sin palabras, de ira, de protesta, de violencia, y que luego crece y cambia, hasta transformarse en un lamento, antiguo, triste. Es desolación y desamparo, no llanto, no debilidad. Comienzan a deambular).

- Vicente** : Así, de ese modo brutal y absurdo, iniciamos el peregrinaje. Anduvimos y anduvimos, escuchando siempre frente a nosotros, las mismas palabras.

- ¡Aquí no se pueden quedar!
- Apenas hay lugar para nosotros, comprendan.
- Vayan más al sur, ahí hay harito terreno.
- En este pueblo no hay trabajo ni para nosotros, ¿de qué van a vivir?
- Terminarían dedicándose a robar.
- Vuelvan al sitio de donde vinieron; más vale un pájaro en la mano que cien volando.
- Vayan al norte, allá la tierra es dura, pero el clima es bueno.
- ¿Por qué los sacaron? ¿Qué hicieron?
- Esta ropa y este poco de comida es lo único que podemos darles.
- Pero no se pueden quedar aquí; cargarían con nosotros también.
- ¡Compréndonos, compréndonos, compréndonos!
 ¡Váyanse, váyanse, no queremos problemas!
 Váyanse, váyanse, aquí no hay trabajo.
 Váyanse, váyanse, no tenemos comida.
 Váyanse, váyanse, no podemos tenerlos.
 No podemos tenerlos, no podemos tenerlos.
 Váyanse, váyanse, váyanse!

Grito largo, desgarrado, de mujer: ¡Adónde! . . .

Tiempo.

- Moisés** : ¡A ninguna parte! Rogando no vamos a llegar a ninguna parte; sólo estamos apelando a los buenos sentimientos, dependiendo. ¿Entienden eso?: dependiendo. La persona, el ser humano, ¿dónde está?
- Inés** : ¿Dónde está, Vicente?. ¿Por qué tuvimos que mendigar un lugar donde vivir?. ¿Cómo llegamos a ese estado?
- Pedro V.** : ¿Por qué le gusta tanto permanecer sentado o de rodillas? Es sintomático. ¡Parece!
- Vicente** : ¡No me den órdenes, no me interroguen!
- Pedro V.** : ¿Siempre fue pobre?
- Vicente** : ¿Pobre?. Sí, desde luego: mis padres lo eran. (Pausa) Ana murió. Fue la primera. Ana, la mujer de Luis . . . Lo recuerdo muy bien . . .
- Pedro V.** : ¡Iba a hablar de sus padres, de cómo eran!
- Vicente** : Usted estaba ahí . . . Lo ví hablando con Luis, con Eliana, con Alberto, con todos . . . ¿Por qué estaba entre nosotros? ¡Usted no era de la población! ¿Quién es?

- Arturo** : ¡Sí, eso: quién es!
- Luis** : (Acusador) ¡El sabía que en ese pueblo nos estaban esperando, que era una trampa.
- Pedro V.** : ¡No era el único, cualquiera que tuviera dos dedos de frente tenía que saberlo! Tontos, tontos de remate. ¿Estoy vivo acaso? ¿Estoy vivo?
- María** : (A Rosa) ¿Está vivo?
- Rosa** : No, parece que no. Yo creo que el único que quedó vivo fue el Vicente.
- Moisés** : ¡Cállense, lo que iba a decir era muy importante! Los pobres venimos del mismo hombre y de la misma mujer que fueron padres de Vicente. Habla de ellos, Vicente, habla de ellos.
- Vicente** : Era obrero . . . El era obrero de la construcción. Pero no brutal ni borracho como los que describen en las novelas; un obrero de la construcción nomás.
- Moisés** : ¿Estaba conforme con su destino?
- Vicente** : No; era triste, por eso lo quise. Sólo un hambriento alegre es más despreciable que un hambriento conforme con su suerte, la pobreza es la injusticia misma.
- Moisés** : ¿Y qué hacía él para tratar de remediar esa injusticia?
- Vicente** : Lo mismo que habían hecho su abuelo y su tatarabuelo antes que él, trabajar, reunirse.
- Pedro V.** : ¿reunirse?
- Vicente** : Sí, a planificar los grandes cambios; pero para después, para mañana. LO mismo de siempre, generación tras generación la vida se le derrumba al pobre frente a los ojos, mientras sueña con cambiar el mundo . . . (Calla).
- Moisés** : Sigue, es importante; nuestras posibilidades de encontrar un lugar donde vivir estaban directamente entroncadas al pasado.
- Vicente** : Mi madre tenía los ojos celestes, el corazón celeste, la esperanza celeste; maldito lo que le sirvió toda esa manse-dumbre.
- Inés** : Está hablando del tiempo de la cocoa. Es cierto que yo vivía encerrada en una pieza, pero sabía que la mujer había cambiado, que luchaba.
- Rosa** : (A María) El abandonó a toda su familia, yo supe eso.
- María** : ¿Los dejó botados?. ¿Y por qué?
- Vicente** : (Escuchando) ¡No los abandoné!
- Rosa** : Sí lo hiciste, yo lo supe; y tú eras el mayor.
- Pedro V.** : ¿Por qué hizo eso?. Con usted trabajando, unido a ellos, la situación podría no haber sido tan atroz como parece; luego, al crecer sus hermanos . . .
- Vicente** : No era ninguna solución: era la continuación de la cadena.
- Pedro V.** : Recuerdo que una vez le escuché decir . . .

- Vicente** : ¡Lo que me escuchó decir no importa; no me interesa que me recuerden como un hombre sabio o justo, me interesa que me recuerden como un ser humano! ¿Por qué me interrogan? ¿Por qué me juzgan?. ¡Yo no les hice nada: no fue mi culpa haber quedado vivo!. ¿Pero qué pasa aquí, qué pasa?
- Voces** : ¿Qué pasa, qué pasa?
- Alberto** : (Irrumpe, agitado, violento) ¡Azotaron al Javier, lo amarraron a un árbol y lo azotaron: como se hacía antes!
- Rosa** : ¿Y por qué, qué hizo?
- Alberto** : ¡Dijeron que estaba robando fruta!
- Soledad** : ¡Los soberbios se han levantado contra nosotros, y buscan violentos nuestra vida; pero es en vano, en vano: no podrán retenernos; nunca más haremos su pan, nunca más cuidaremos sus hijos! ¿Quiébrales, oh, Dios, los dientes en la boca; rompe las quijadas a estos violadores! ¡Defiende tu nuevo cielo, cuida de ellos tu nueva tierra, oh, Señor!
- David** : Yo nunca te he ofendido, Soledad, ¿pero por qué no te vas a predicar a otra parte?. ¿No ves lo que está pasando con nosotros? Al Lucho se le murió la mujer porque no pudo encontrar quien se la atendiera, y ahora azotaron a Javier. ¿Crees que eso se soluciona con rezos?
- Soledad** : Presta atención a lo que oyes, hijo de mala madre. Estoy diciendo que quieren dominarnos por la violencia, pero que no lo lograrán; le estoy pidiendo a Dios que les quiebre las quijadas, que defienda a su nuevo cielo y a su nueva tierra, que somos nosotros.
- Arturo** : (Desde lejos. Hiriente) Mándenlos a robar, mándenlos a robar nomás.
- David** : ¡Yo no he mandado a robar a nadie!
- Rosa** : Pero eres de la directiva: es la misma cosa nomás. (Angustiada) ¡Para dónde vamos, qué es lo que piensan!
- Pedro V.** : Eso es muy simple: andamos buscando casa, y pensamos encontrarla.
- Alberto** : Usted no tiene derecho a opinar, usted se metió en esto hace poco.
- Pedro V.** : Está equivocado, ustedes se encontraron conmigo; fueron ustedes los que se metieron en mí, yo ando buscando un lugar desde hace mucho tiempo. (Pausa) Pero no se altere; con rabia no lo vamos a encontrar nunca.
- Julio** : Usted es raro, mira todo como si fuera viejo o estuviera muerto. Todo se puso raro aquí. (A David) Tú siempre fuiste claro y preciso: de una línea; pero así como yo mismo no me reconozco, no te reconozco a ti ni a nadie . . . En mí todo es como esos recuerdos de infancia, que con el tiempo ya no se sabe si son reales, soñados o inventados.

Un día subimos a un camión con Elena, pero nunca llegamos a ninguna parte, y ahora ella está enferma, y yo no sé quién soy, ni qué hago aquí, ni para dónde voy. Y siento que todos nos transformamos en lo mismo: en cosas que caminan, miran, descansan y vuelven a echar a andar.

Alberto : Sí, hay algo que no anda bien. ¿Sabes lo que pienso a veces? Pienso que cuando no quisimos quedarnos donde nos llevaron, nos corrieron bala, pienso que nos mataron, que estamos muertos.

David : A los muertos no los azotan ni se enferman.

Julio : Si no estamos muertos, somos un cuerpo sin cabeza, es lo mismo.

Pedro V. : ¿Cómo que cuerpo sin cabeza? (Agresivo) ¿Y Moisés?

David : (Casi para sí) Moisés dice que en estos momentos somos solidarios o iguales porque somos masa, pero que dejaremos de serlo cuando lleguemos a un lugar y volvamos a dividirnos, para encerrarnos en lo que nosotros llamamos casa, y él trinchera; también dice que la verdadera tragedia del hombre, es no poder creerse a sí mismo. Ya no habla de justicia ni de derechos, siempre lo quise mucho, y sigo queriéndolo; pero ya no lo entiendo. Es un romántico, un soñador. (Pausa. Sombrío) Es suicidio y asesinato . . .

Alberto : ¿Cómo es eso?

David : No sé explicarlo de otro modo, pero eso es. No me pregunten más.

Alberto : ¿No estás de acuerdo con él, verdad?. Te he seguido la pista, hablo de eso con la Rosa; miras todo lo que pasa y sufres. Siempre parece que estás a punto de gritar algo, pero te contienes a última hora. ¿Le temes?.

David : (Abruptamente. Yéndose) ¡Déjenme tranquilo, hablen con él!

Julio : ¿Se enojó?

Pedro V. : No sé si se enojó o algo peor; lo único que sé, es que como siempre, sólo estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo.

Alberto : Y lo único que yo sé, es que estamos perdidos, que nos metimos al infierno.

(Noche. Vicente y Alberto, alrededor de una pequeña fogata; Vicente con su cuaderno abierto sobre las piernas. Alberto, que sabe que ha interrumpido, que no es bienvenido, sonríe, revuelve el fuego, se acomoda; mira hacia los lados, haciéndose el indiferente. Finalmente:)

Alberto : ¿Se está bien aquí, ah?

Vicente : Sí.

Alberto : Está . . . (busca la palabra) Calentito. (Acerca las manos al fuego) Rico, está rico.

- Vicente** : No hace frío: es verano.
- Alberto** : (Retirando las manos) Claro. (Queda pensando; se encoge de hombros) Bueno, pero todos no somos iguales, yo puedo tener frío.
- Vicente** : Así nomás es.
- Alberto** : (Señalando el cuaderno) Estabas escribiendo. (Vicente asiente) Y yo te interrumpí.
- Vicente** : Ya no importa, ya lo hiciste. Quédate nomás.
- Alberto** : Gracias. (Canturrea alegre, siguiendo el ritmo con el cuerpo. De pronto queda inmóvil) Pucha que es triste . . .
- Vicente** : ¿Qué es triste?
- Alberto** : Que una persona tenga que darle las gracias a otra, porque le permite hablar con ella.
- Vicente** : (Incómodo) Estaba ocupado, tú viste.
- Alberto** : Sí, todos estamos muy ocupados. No tenemos nada que hacer, pero estamos muy ocupados. Antes no era así. (Mira a su alrededor) Se puso raro esto.
- Vicente** : Eso ya se lo escuché a Julio.
- Alberto** : Más verdad es entonces. (Pausa) Moisés lo niega, dice que la inmovilidad no existe en la vida, ¿pero si esto no es inmovilidad, qué es entonces?
- Vicente** : ¿Te asusta?
- Alberto** : Sí. Prefiero el odio a esta nada, contra eso siempre he sabido defenderme. (Acosado) No quiero ser otro, Vicente, yo siempre había sido putamadre, nadie iba a cambiar el mundo conmigo, pero yo tampoco quería cambiar a nadie; me gustaba reírme, agarrarme a puteadas con los maestros en la pega, salir a tomar un resto, y estar con la Rosa. La Rosa también era firme, la vida no le venía con cuentos, si le daba una patada, ella le mandaba dos; derecha la Rosa, de guerra. Eramos sencillos, felices. Pero vino esta salida tan rara, este caminar sin asunto, y nos fuimos quedando callados por dentro, callados y secos; ella ya no tiene luz cuando se ríe, y yo voy por las mismas . . . ¿Cómo defenderse de eso? ¿Cómo parar la tristeza?. No tengo nada, no conozco nada; me arrancaron de lo mío y me jodieron, Vicente. Uno puede llevarse las pilchas, los recuerdos y la mujer cuando lo echan de alguna parte, pero lo que no se puede llevar es el olor y el calor del lugar donde vivió, y eso es lo que mata. (Pausa) ¿Por qué no sientes lo mismo? ¡Está en el aire, es lo que respiramos!
- Vicente** : Tú lo dijiste hace un momento: todos no somos iguales. Yo no muero de nostalgia en ningún éxodo, lo único que tengo son papeles y un poco de dolor humano; no, los lugares no sienten amor por mí ni yo por ellos.
- Pedro V.** : Bonito, pero . . .

- Vicente** : ¿Qué haces aquí?
- Pedro V.** : Estaba paseando; pero me fijé que hace rato que hay una mujer parada ahí detrás (señala) Viene y no viene. Espera.
- Vicente** : (Mirando) ¿Quién es?
- Pedro V.** : Luisa. (Con intención). Lo siento.
- Vicente** : (Agresivo) ¿Qué sientes?
- Pedro V.** : Que sea ella y no otra. Escuché lo que dijiste. No creo en tu indiferencia, la indiferencia es una muerte anticipada, y a ti te obsesiona el laberinto de la vida; que un poeta sea indiferente, es tan imposible como que un dolor no duela. Lo que pasa . . .
- Vicente** : (Seco) Sé muy bien lo que me pasa.
- Pedro V.** : Claro, (yéndose) el padre Gatica también lo sabía.
- Vicente** : ¡Espera!. ¿Qué querías decir cuándo llegaste a husmear?
- Pedro V.** : No vine a husmear, vine a avisar cortésmente que parece que alguien espera. Lo que iba a decir era referente a eso de que los lugares no sienten nada por ti ni tú por ellos; creo que el amor es el alma de las cosas, la ciudad más horrible, el pueblo más insignificante, son hermosos y acogedores si vive allí la persona que se ama, y si ella se va, el mejor de los lugares pasa a ser un infierno. Esto (señala a su alrededor), como todo lo que existe, puede ser el paraíso o el infierno, depende de lo que lleves dentro.
- Alberto** : (Poniéndose de pie) Lleva adentro lo que llevamos todos: al sacarnos de la población, las Autoridades nos dieron un destino común de maldecidos.
- Vicente** : No se vayan. No quiero hablar con nadie.
- Pedro V.** : (Sonriendo) ¿Y entonces para qué nos vamos a quedar?
- (Luego que se van, surge Luisa).
- Luisa** : Vicente . . .
- Vicente** : (Duro) Di.
- Luisa** : No me hables así, te estaba esperando.
- Vicente** : Sí sé.
- Luisa** : Azotaron a un hombre.
- Vicente** : Y murió una mujer.
- Luisa** : De eso quiero hablarte. ¿Qué escribiste?. ¿Hay un culpable?.
- Vicente** : No lo sé.
- Luisa** : ¿Cómo que no sabes?. Tú escribes todo lo que pasa. ¿Qué pusiste?
- Vicente** : Nada. (Reflexivo) Después que terminó la novedad, Javier y María volvieron a quedar solos y heridos sobre la tierra ...
- Luisa** : Yo te pregunto si en lo que escribiste nombras a algún culpable.

- Vicente** : . . . Viéndolos ahí, de pronto tuve la impresión que eran los mismos que fueron expulsados del hermoso lugar.
- Luisa** : Y los mismos que después fueron echados de lo horrible, allá en la población. Pero . . .
- Vicente** : (La mira) ¿Un culpable?. Eso es mucho para mí. (Toma el cuaderno). Lo único que escribí fue esto (lee): Nada. No hemos logrado nada. Desde que fuimos obligados a salir de nuestras pocilgas hemos pasado por enfermedades, muertes y humillaciones, sin que ninguna cadena humana haya sido rota por nosotros, sin que ninguna puerta se haya abierto: los instrumentos del bien y del mal se han oxidado en nuestras manos, ya no sirven para fabricar ni la paz ni la guerra. (Deja de leer, se para, alejándose unos pasos de Luisa) Carne que hasta los cuervos rechazan, corazón cerrado por desuso, ¿qué late todavía y por qué? . . . Hay una mujer por aquí, creo que se llama Inés, se le están reventando las várices, o algo así; el caso es que no tiene medios para medicarse, pero tampoco puede quedarse atrás ni avanzar: ella es el reflejo de todos nosotros, espera que amanezca sólo para seguir esperando. ¿De dónde saca fuerzas? ¡De dónde!. (Al alejarse de Luisa se topa con Moisés). ¡Estamos acabados, Moisés, acabados!
- Moisés** : Vamos por un lado de la vida que no conocíamos, eso es todo.
- Vicente** : ¡Murió una mujer!
- Moisés** : Y nació una niña.
- Vicente** : ¡No hay espacio para nosotros en la tierra! ¿No te das cuenta de lo que eso significa?
- Moisés** : Significa que hemos encontrado el tiempo que nadie había tenido hasta ahora para mirarse por dentro. Creo que no estás escribiendo la verdad, es importante que lo hagas . . . Quizás sea lo único que nos sobreviva.
- Vicente** : Quiero decirte algo: la gente ya no está creyendo en ti. Creo que sólo te están manteniendo en el puesto algunos restos de antiguos resplandores.
- Moisés** : (Ofendido, colérico) ¿Alguien se burla de mí? ¿Alguien me tiene lástima?
- Vicente** : No, no; pero no puedes negar que te desviaste del camino, ya no te entienden. Creo que ni Luisa te entiende; te quiere, que es distinto.
- Moisés** : ¿Te lo ha dicho? ¿Te lo ha insinuado siquiera?
- Vicente** : Son impresiones mías, hablo de lo que veo, de lo que escucho.
- Moisés** : Tú a lo tuyo, poeta; naciste bueno para hablar y para escribir. Difunde la verdad, demuéstrale los perros que son y han sido con nosotros en todo tiempo, lo indefensos que

- hemos estado siempre frente al Poder. Pero por sobre todas las cosas, impídele a esta gente todo intento de claudicación o reconciliación con el pasado . . . Muy pronto el terror del abandono se apoderará de ellos, y entonces serán presa fácil de cualquiera que sea capaz de proponerles alguna solución inmediata, por descabellada que sea.
- Vicente** : Y tú no tendrás nada que ofrecer a cambio.
- Moisés** : ¿Nada?. ¿No llegar al final como hemos llegado hasta ahora armados de palos y piedras, es nada?. No comprendes, tú tampoco comprendes . . . Y es tan fácil, tan sencillo. Sólo una persona igual a otra puede sentir cabalmente el horror de la injusticia, y nosotros todavía somos los mismos apocados que sueñan con un simple aumento de sueldo o una casa de madera en los extramuros, por eso tenemos que crecer . . . Eso nomás es. (Se acerca a él) Necesito tiempo . . . tiempo . . . Pero tengo que ir explicándoselos de a uno en uno, como un imbécil . . . (Exasperado) ¡Por qué no puedo hablarles a todos juntos, por qué se me crispa la garganta cuando tengo que decir algo importante; qué es lo que no me deja hablar, qué es!
- Vicente** : ¡Cálmate, Moisés, cálmate, van a oírte!
- Moisés** : ¡No es ningún secreto, lo saben todos!. (Abruptamente) Quiero pedirte algo.
- Vicente** : Sí, sí: lo que quieras.
- Moisés** : Quita tus ojos de encima de Eliana.
Silencio.
- Vicente** : De mis cosas no hablo con nadie. Eso está fuera de tus atribuciones.
- Moisés** : Te lo dije: lo que nos cayó encima es mucho más que un simple desalajo, en nosotros se está dando la posibilidad de borrar el pasado, de echar a andar de nuevo; no podemos repetir ni un error, ni uno solo.
- Vicente** : ¡No me mezcles en tus locuras!
- Moisés** : ¿Locuras? (Sentido). ¿Tú también?
- Vicente** : (Arrepentido) Perdona, no quise decir eso. Es que . . . Bueno, no me siento bien . . . El peso de todo esto, este espectáculo . . .
- Moisés** : Justamente porque sé que estás triste es que te lo pido ahora; la alegría es como el vino, se le sube a la cabeza a la gente y la hace prometer cosas que después no puede cumplir.
- Luisa** : No debiste decirle eso, le dolió mucho. El tiene palabras para consolarlos a todos, pero no tiene palabras para consolarse a sí mismo. (Pausa) Yo no soy el camino que él tiene que andar; lo he aceptado con un dolor que no comprenderías, porque siempre fui una aislada y lo había puesto todo en él. La primera vez que entró en mí, junto con

el dolor, sentí un estallido y vi saltar en pedazos todas mis tristezas y todas mis soledades, pero pronto me fui dando cuenta que eso no era recíproco, que yo no lograba entrar en él . . . No me llega a la carne, me llega al alma, seré lo que no nací para ser . . . Pero lo seré hasta el fondo: por eso te vine a preguntar si en lo que escribes lo nombras como culpable, si es así, mi única preocupación de ahora en adelante, será destruirte . . .

- Soledad** : ¡Destrucción, destrucción!
 Decretada está tú destrucción,
 caiga sobre ti, gota a gota,
 la sangre de los muertos y de los cautivos,
 ¡perezcas, pueblo necio y loco!
 Nos echaste de la tierra,
 nos arrojaste de nuestras casas,
 nos convertiste en vagabundos,
 en cautivos sin rejas y sin cercos;
 y todo lo hiciste
 alzando de jueces a nuestros propios enemigos.
 ¡Destrucción, destrucción:
 el pueblo que buscamos debe ser destruido,
 para que vuelva a nacer y nos acoja.
 Entonces el renuevo de la raíz del hombre
 se alzará como estandarte por toda la tierra! . . .
- Vicente** : (Perdido en su niebla) Destrucción . . .
- María** : ¡Eso es: recuérdalo todo: escríbelo!
- Elena** : Sácanos del olvido de la gente; déjanos morir.
- Javier** : Sólo cuando sepamos que lo que hicimos no fue inútil podremos descansar, ¿no lo comprendes?
- David** : No es eso lo que no nos deja cruzar el umbral; lo que nos detiene es que sabemos que si nos vamos los culpables quedarán sin castigo. Reconstruye lo que sucedió, eres nuestro único testigo.
- Vicente** : ¡Lo hice, lo escribí todo!
- David** : No, Vicente, no lo hiciste. No éramos palabras bonitas, no éramos poemas: éramos gente que buscaba un lugar donde vivir y no se lo permitieron.
- Arturo** : (Despectivo) No lo hará, escribir la verdad sería para él reconocer que pasó más de la mitad de su vida construyéndose diques, atajos y desviaciones, que fue un inútil, un cobarde.
- Julio** : No es tiempo de reproches, lo que tenemos que hacer es ayudarlo a recordar. Y hay que hacerlo pronto; no tiene cho tiempo, ya está viejo y débil; si muere no podremos

- descansar nunca. El velorio, Vicente; fue en el velorio de mi mujer donde todo se precipitó.
- Vicente** : ¡Yo no construí el mundo ni establecí las bases del comportamiento humano, cuando llegué a vivir ya estaba todo hecho . . .
- Inés** : El velorio, Vicente, el velorio.
- Vicente** : ¡Todo estaba hecho, y era costumbre alcanzar la felicidad pisando a la gente que encontrábamos a nuestro paso; pero yo no nací armado para herir, por eso me llamaban cobarde, irresoluto y todo lo demás!
- David** : ¡El velorio, el velorio!
- Alberto** : Yo no tuve velorio, no hubo tiempo. Justo cuando la inmovilidad estaba entrando en mí, la gente comenzó a correr hacia el pueblo y quedé solo. No me molestó, nunca me gustó ver llorar a la gente, y mucho menos en patota. Al único velorio que fui con ganas fue al de mi compadre Efraín, pero fue porque él era especial, era putamadre, como yo; antes que la muerte se le subiera encima y lo tapara, alcanzó a gritar: “¡Sin llantos, mierda: con chistes y con guitarra!” . . . Pero, claro, eso fue en una casa, yo quedé tirado en un lugar sin techo y sin murallas; me acuerdo que en medio de la borrachera de la muerte, pensé: “¡Tánto cielo, tánto cielo! . . .”.
- Eliana** : Eso fue porque quedaste boca arriba, Alberto. Es bonito quedar así; lo malo fue que el dolor te desfiguró la cara: fuiste un muerto feo que miraba al cielo.
- Javier** : (Comentando) Claro, quedar boca arriba trae mala suerte. . .
- Alberto** : ¿Mala suerte?. Usted no es más tonto porque no le alcanza el tiempo nomás, compadre. ¿Qué no ve que estoy muerto?
- Javier** : ¿Bueno, y qué se haya muy suertudo?
- Alberto** : (Perplejo) No me explico, no me explico lo que dice este individuo.
- Eliana** : Mira un poquito para allá y comienza a explicarte. (Señala a Rosa, que permanece inmóvil y sombría).
- Alberto** : Rosa . . .
- Rosa** : (Fiera) Cobarde, (escupe) Cobarde.
- Alberto** : No, Rosa, no; no fue por cobardía que lo hice, esa noche te lo dije. Yo no te quería dura, no te quería triste . . . Y cuando descubrí que yo también estaba siendo obligado a decidirme por el odio, no lo pude soportar . . . No lo pude soportar, Rosa . . .
- Pedro V.** : Ríe, Rosa, ríe; háblale, él no pide más que no vivir solo su muerte.
- María** : Abrázalo, Rosa, que te cuesta, que te cuesta.
- Rosa** : (Sin moverse) Cobarde, cobarde.

Javier : (Después de un silencio)
Por esta hemanación
pregunto con desesperación
el por qué d'esta maldición:
A eso que llaman dicha
nunca vimos ni de lejos,
y muertos, solos y viejos
seguimos en condenación.
Por toda esta generación
pregunto con indignación
el por qué d'esta traición.

Todos : (Con Javier hablando, han formado un cortejo. El de Elena)
¿Qué justificaría esta muerte,
qué le dará significado?
¿Quién podrá sostener ahora
que se muere para renacer purificado?.

Vicente : (Quedan como frente a un ataúd)
(Adelantándose)
Aplastado por la mudez terrible
de un cielo interminable,
perplejo, harapiento, polvoso;
estafado por ayeres demagogos,
gubernantes, idólatras y mercaderes,
siento que con tu muerte llevo encima
el dolor total de la especie.
Quiero aullar, y los aullidos
se me caen al fondo de los huesos;
quiero olvidar, y la lluvia de tu voz
golpea en mi sangre sin parar.
Tú y yo íbamos a enanchar el mundo.
Porque el hogar es al hombre
lo que la lluvia a la tierra,
de mis manos tenía que salir pan,
tenía que salir agua, sal,
fuego, techos y paredes,
y de tu vientre iba a brotar la ternura
que entibiaría la casa de punta a punta;
pero nos arrojaron de la vida
como a cáscaras inútiles,
nos botaron a morir como a perros viejos.
Íbamos a ensanchar el mundo, Elena,
pero desterrados en nuestra piel,
sólo fuimos la angustia total
del hombre y la mujer sobre la tierra.

- (Julio permanece un momento inmóvil, luego levanta la mano lentamente y la pone sobre el hombro de Remigio, aprieta en señal de agradecimiento)
- Arturo** : (Violentemente) ¿Por qué le escribiste eso?. ¿No te parece que tiene bastante tragedia encima ya, para que vengas a echar más porquería sobre él?.
- Eliana** : No son porquerías, Arturo, es la verdad.
- Arturo** : No es contigo, no te estoy diciendo a ti.
- Luis** : ¡Apoyo a Arturo: hasta cuando vamos a enterrar muertos y hacer discursos; ya no nos está quedando ni una pizca de dignidad!
- Soledad** : ¡Respeten la muerte, malditos; este no es un mitin, es un velorio!
- Vicente** : (A Arturo) Eliana tiene razón, escribí lo que leí en sus ojos, lo demás sería mentira. ¿Te gustaría que dijera de ti que te recibieron con los brazos abiertos en la primera puerta que golpeaste?.
- Arturo** : ¡Yo nunca quise andar de arriba para abajo como animal sin dueño: fue Moisés el que me metió en esto!
- Pedro V.** : (Burlón) Claro, él fue el que te sacó del palacio y te arrastró a estos andurriales.
- Arturo** : ¡No me sacó de ningún palacio, desgraciado; pero allá en la población podía arreglármelas con algunos pololos y la Eliana algo ganaba con los aseos y lavados, ¿pero aquí, qué? ¡Aquí vinimos a morir nomás!
- Luis** : ¡Yo ya perdí la cuenta del tiempo que llevo andando de aquí para allá, ¿y qué he sacado? ¡Quedar solo, llenarme de rabia y de piojos!
- Pedro V.** : Si quedó viudo fue de puro porfiado, no tenía porque largarse a andar solo con su mujer por la lluvia.
- Luis** : ¡No se meta conmigo, infeliz: usted es un puro arrastrado! (Intenta írsele encima, lo contienen).
- Soledad** : ¡Nos roban los hogares, nos calumnian, nos azotan, nos persiguen como a bestias rabiosas, y se ponen a pelear entre sí: un pueblo como este no merece ni el cadáver de la libertad!
- Rosa** : ¡En lugar de llevarte amenazándonos y maldiciéndonos, preocúpete de decirle a Dios que estamos mal, Bruja de los diablos; dile que se está quedando sin vivos ni muertos!. ¡Dile que lo estamos odiando!.
- Pedro V.** : No se puede llegar al día sin atravesar la noche, señora; no se deje amedrentar por las sombras . . . Además, nadie tiene ninguna posibilidad de romper con Dios: todo acuerdo necesita dos consentimientos, y El no rompe con nadie.
- Rosa** : ¿Y quién es este saco de luche, que se mete en todo?
- Pedro V.** : Pedro. Soy Pedro Viacava, al que la vida no acaba! (Ríe).

- Alberto** : No vaya a ser cosa que me lo acabe yo de un par de combos en el hocico nomás, ya me tiene bien tostado.
- María** : ¡Murió Elena, estamos en un velorio!
- Inés** : ¡Habla así porque es solo!. (Yendo hacia él) ¡Mira mis piernas, Pedro desgraciado; mira como están de hinchadas! (Las muestra) ¿Son mis piernas éstas?. Me las miro, me las toco, y no las reconozco, ¡no reconozco mis propias piernas! . . . El doctor del último pueblo que pasamos, me dijo: “Si quiere mejorarse no tiene que andar, tiene que quedarse en su casa, con las piernas levantadas”. “¿En cuál casa?”, le dije. “No sé —me dijo—, esa es cosa suya; pero si sigue trajinando le van a tener que cortar las piernas”. ¿Oíste eso? ¡Voy a perder mis piernas!
- David** : ¡No las vas a perder, mujer! (Furiosamente) ¡Ya está bueno de arrastrarse, ya está bueno de rogar! Si seguimos así van a pasar mil años y nunca vamos a tener donde echar los huesos: esto tiene que terminar. (Señalando). A media hora de aquí, hay un pueblo grande y fresco; vi que la gente es escasa y que hay muchas casas vacías . . .
- Vicente** : ¡No, no podemos hacer eso; Moisés está allá conversando con las Autoridades: está tratando de encontrar una solución, tenemos que esperar!
- David** : ¿Esperar qué? ¡Le van a decir lo mismo de siempre, lo que tenemos que hacer es luchar, hacerles entender que no somos un rebaño de ovejas; la tierra no es del más fuerte ni del que llega primero: es de todos los que vienen a vivir!
- Rosa** : ¡David tiene razón, yo no quiero seguir andando, no quiero seguir mendigando de pueblo en pueblo: ya se me han muerto dos hijos, no quiero que se me mueran todos!
- María** : ¡Claro, Moisés nos dividió de diez en diez y puso un jefe en cada grupo, para que lo organizara y respondiera de él, pero se han armado puros compadrazgos, trabajamos y salimos a pedir los que no somos amigos de los jefes, los demás se tiran la pera!. Esto ya no resiste más, si no encontramos luego un lugar vamos a terminar matándonos unos a otros: vamos a ese pueblo de una vez!
- Luis** : ¡Sí, que David sea el jefe, Moisés es un cobarde, no quiere pelear!
- Rosa** : ¡Lo que ha estado pasando es que lo convidan a comer en todos los pueblos con su mujer, y lo convencen de que nos lleve a otra parte!
- Arturo** : ¡A todos juntos no nos van a matar!
- María** : ¡A todos juntos no nos van a echar!
- Eliana** : (A Arturo) ¡Mira lo que hiciste!
- Arturo** : ¡No fui yo: fue tu Vicente.
- Eliana** : (Espantada) ¿Qué?. ¿Qué dijiste?

- Arturo** : ¡Qué sé yo, déjame tranquilo!
- Vicente** : ¡Esperen, esperen; con qué van a pelear!
- David** : ¡Por ahora con las únicas armas que tenemos: con la verdad y las manos!
- Vicente** : ¡Eso suena bonito, pero es criminal!
- Arturo** : ¿Escucharon?. ¿Escucharon al capataz de Moisés?. ¡Dice qué tener la razón es un crimen!.
- David** : (A Vicente) ¡Criminal es dejarse morir con los brazos cruzados, como tú!
- Pedro V.** : No dice eso; dice que David nos llevará a todos a la muerte. (A David) No es fácil ser jefe, David, y mucho menos de una caravana de desesperados. Lo que no se ha tenido nunca se quiere tener en un segundo: casa, hoy, paz, hoy, comida, hoy. ¿Puedes construir ese paraíso en un día?
- David** : Ni yo ni nadie puede hacer eso; pero sí puedo empezar a luchar por construirlo.
- Pedro V.** : Demagogia. La gente de ese pueblo, como la de todos los que hemos pasado, tiene miedo de recibirnos, y por las malas no podremos entrar, porque no tenemos armas: esa es la situación.
- David** : ¿Y qué propones? ¿Seguir vagando hasta caer muertos?. No, no, cordero de Dios, si no hacemos algo nosotros, nadie lo hará.
- Pedro V.** : ¡Es Moisés el que tiene que decidir eso!
- David** : Está bien, que decida. (Buscando con la mirada) ¿Dónde está?. ¿Dónde está para que hable?
- Luis** : ¡Está donde ha estado siempre: metido en un pueblo, pensando y rogando!
- Vicente** : ¡Escucha, David!. (Se acerca a él) Yo te encuentro toda la razón, no podemos seguir vagando eternamente; pero primero la verdad, después la sangre. Primero demuéstranos con hechos que tenemos alguna posibilidad real de entrar a ese pueblo y hacer valer nuestros derechos por la fuerza, y demuéstranos también el modo como nos defenderemos de los cientos y cientos de hombres que vendrán a sacarnos de ahí si es que logramos triunfar. Veo aquí a muchos que se han acorazado contra el miedo, pero no veo a ninguno que esté protegido contra las balas. Hemos muerto cien veces ya y nunca hemos obtenido nada, salvo migajas, bellas palabras y algunas canciones. No salimos a buscar la muerte cuando no quisimos quedarnos donde nos llevaron, salimos a buscar la vida.
- Silencio.
- David** : Está bien, esperaremos a Moisés; pero no seguiremos andando (señala): ese pueblo es la vida para nosotros.
- Soledad** : Ya no habrá aurora para nosotros; trazados están los planes que serán deshechos, hechos están los proyectos que

no se realizarán; el pueblo no se ha vuelto contra el que lo hirió, se ha vuelto otra vez contra el justo. Cojos y ciegos bastarán para detenernos, la espada nos perseguirá hasta consumirnos. Ya no habrá aurora para nosotros . . .

Luisa y Moisés, erguidos en mitad de la tierra, contestan a las Autoridades del pueblo —de todos los pueblos— por los que han pasado.

- Moisés** : Moisés Hernández.
Andando; llegamos andando.
- Luisa** : Pasamos a todos los pueblos que encontramos por el camino.
- Moisés** : Buscamos cabida para una gente que fue sacada de su tierra con engaños.
- Luisa** : No, no es una acusación, señor: es una verdad.
- Moisés** : ¿Papeles?. No, no traigo papeles; traigo pruebas humanas (señala) Están a media de hora de aquí.
- Luisa** : Algunos han muerto, pero han dejado parientes que hablan por ellos.
- Moisés** : ¿Cuánto hace que salimos?. Eso ya no lo sé.
- Luisa** : Pero cuando partimos su cuerpo era ágil y mi pelo negro. Muchos, somos muchos, señor.
- Moisés** : Del caos.
- Luisa** : No hablo en metáforas. De ahí venimos.
- Luisa** : Lo mismo que hemos solicitado en todos los pueblos por los que hemos pasado: un hogar.
- Moisés** : Pero para siempre. Nuestra vida ha estado llena de refugios para pasar la noche, ya estamos hartos de eso: exigimos un sitio donde acampar para siempre. Somos seres humanos. Con esa verdad contamos para exigir.
- Luisa** : ¿Y dónde está el que determina entonces? Nos dijeron que era usted.
- Moisés** : Si nos va a llevar a hablar con su jefe, escóndale el agua.
- Luisa** : No le gusta que se laven las manos delante de él. (Pausa breve) El es así.
- María** : ¡Llegamos, Javier, llegamos!

(Murmullos, agitación en la gente / María corre conmocionada, hasta llegar donde un hombre que está tirado sobre un montón de tiras).

- María** : (Sacudiéndole) ¡Llegamos, Javier, llegamos!
- Javier** : (Sobresaltado) ¿Qué?. ¿Dónde?

- María : ¡Al pueblo, a la casa: hubo una reunión!
- Javier : (Despectivo, perdiendo el interés) Otra reunión . . .
- María : ¡No hables así; ahora se arregló todo! . . . Sí, ahora todo va a cambiar . . . (Solicita) ¿Te duele mucho todavía?
- Javier : Estando quieto no, es cuando me muevo que siento que se me abren las carnes.
- María : ¡Tienes que sanarte, no podemos quedar sin casa!
- Javier : No es culpa mía, no estoy tirado aquí de flojo: me azotaron.
- María : Sí, pero tienes que mejorarte. (Buscando) Te voy a cambiar las yerbas, date vuelta.
- Javier : (Poniéndose boca abajo) Escuché gritos, alegatos.
- María : Es lo que se usa antes de ponerse de acuerdo. Pero llegamos, Javier; una sabe cuando el cuerpo no da más . . . Por las buenas o por las malas, llegamos.
- Javier : (Ladea la cabeza) ¿Vamos a tener que pelear, no es cierto?
- María : Sí, creo que sí.
- Javier : Entonces esconde tus semillas.
- María : No (muestra un saquito que lleva colgando del cuello), aquí están bien.
- Javier : No sé como no han brotado con el calor de tu cuerpo.
- María : Son como nosotros, para brotar tienen que encontrar una casa. (Mira a lo lejos) Un lugar en la tierra . . .
- Javier : (Quejándose) ¡Con cuidado, María: me duele!
- María : Nada de cuidado. (Obsesionada) ¡Tienes que sanarte, tienes que sanarte!
- Luisa : En alguna parte de ese viaje yo tuve una conversación con Eliana. No la quería, no me sentía solidaria con ella; al violar la alianza de amor con su marido, acto de por sí imperdonable, había hecho posible que éste tomara a Moisés de chivo expiatorio: el hombre que ama rara vez vuelca su odio contra lo que lo hiere. (Pausa) Fue por eso que me acerqué a ella.
- (Encuentro).
- Sé que tiene conflictos, que desea estar a solas con usted misma; pero necesito decirle algo.
- Eliana : Diga. Pero le advierto que de cosas íntimas hablo conmigo nomás.
- Luisa : No sé a lo que llama cosas íntimas, pero yo no la he buscado para hablar del invierno. Lo que quiero decirle es que tiene que devolverle la tranquilidad a su marido, por el bien de todos.
- Eliana : Arturo no es el que manda, es David; si quiere tener paz dígale a él que se quede tranquilo.

- Luisa** : No me conteste tonterías; yo le veo el corazón, sé lo que siente. Pero somos seres humanos, no animales, y los seres humanos no se pueden estar enamorando todos los días, ¡no se puede cambiar de amor como si se cambiara de vestidos!
- Eliana** : (Acongojada) ¡No me trates así, no es tan simple, Luisa, no es tan simple!
- Luisa** : Señora Luisa.
- Eliana** : ¡Pienso que soy una perra, una puta, una sucia; pero que no tengo culpa de serlo! ¡Me siento violada, usada, atropellada por la vida, la vida es un dictador sádico y mugriento . . . yo estaba bien, era feliz con Arturo, con mi hombre, con mi amor . . . Y un día, allá en la población, vi venir a Vicente, lo vi venir como lo había visto ir y venir cientos de veces, sin sentir nada especial por él . . . pero cuando nos cruzamos y me saludó, sentí . . . no sé, me puse nerviosa, así, de repente, de puro tonta . . .
- Luisa** : Creyó que era el amor.
- Eliana** : Era el amor . . . Con los días ya no pude seguir negándomelo, porque desde entonces volví a sentir la misma rara confusión cada vez que me encontraba con él. Fue espantoso; comencé a esperar que pasara, a hacerme la encontradiza . . .
- Luisa** : ¿Por qué dice que fue espantoso?
- Eliana** : Porque por Vicente no parecía pasar nada, seguía tratándome igual que siempre, como amiga . . . Y porque yo quería a Arturo, porque no podía hacerle daño.
- Luisa** : Y que le ha dicho el tiempo, que salida le ve a ese infierno en el que se metió voluntariamente.
- Eliana** : ¡No me metí voluntariamente, Luisa, cómo voy a querer ser mala, entiéndeme!
- Luisa** : ¡No me pida complicidad, señora; yo sólo sé que se ha de querer una vez, y que se tiene que defender ese amor contra viento y marea: querer a sangre y fuego, de eso entiendo, no de jugar al amor.
- Eliana** : ¡Somos seres humanos!
- Luisa** : Por supuesto. ¿De qué cree que estoy hablando yo?
- Eliana** : ¡De piedras, de gente de piedra! Juego, juego (loca, atropelladamente) ¿Sabe lo que me pasa? ¿Sabe a lo que he llegado? ¡He llegado a desear que Arturo, el hombre junto al que siempre fui tan feliz, muera en la refriega que se avecina! . . . ¿Se da cuenta? Deseo que muera, que muera . . . Es horrible . . . (Llora).
- Luisa** : El llanto mitiga la pena, pero no lava la traición, señora. Devuélvale la tranquilidad a su marido si quiere descansar.
- Eliana** : ¡Váyase, váyase, déjeme en paz!. (Llora).

Voces en violenta irrupción; a las que pasados unos instantes, Eliana se suma)

¡El viento humano
suena y resuena;
qué se pongan a rezar
de capitán a paje!
No tuvieron oídos
para escuchar al huracán
que venía de lejos,
ahora es tarde, tarde;
tiemblen ante nosotros,
los ayer sumisos trotamundos,
tiemblen ante nosotros,
los golpeados por el mundo!
De siglo en siglo esperamos
que se decidieran por el amor:
ahora es tarde, tarde,
no habrá piedad para nadie:
tiemblen ante nosotros, los ahora
terribles, poderosos vagabundos!

(Pedro Viacava e Inés; separados del bullicio).

- Inés** : Están cantando . . .
- Pedro V.** : No cantan, mujer, amenazan.
- Inés** : Pero no son todos.
- Pedro V.** : Habrá sangre y llanto, no hay escapatoria posible.
- Inés** : Moisés va a llegar.
- Pedro V.** : Sí, va a llegar, pero no sé qué pueda hacer. Cuando un hombre apunta con sus palabras a los sueños de la gente siempre da en el blanco, no hay quien pueda detenerle.
- Inés** : Si yo tuviera buenas mis piernas, iría a decirle unas cuantas verdades a ese tal David.
- Pedro V.** : ¿No estás de acuerdo con él?
- Inés** : Busco casa, no un ataúd. Usted es el más fuerte de todos aquí, usted debería ir a pararlo.
- Pedro V.** : Ya es tarde, si le digo que no hay escapatoria, es porque no la hay; el fuego ya prendió. (Pausa) David es la otra parte . . .
- Inés** : ¿La otra parte de quién?
- Pedro V.** : De nosotros.
- Inés** : ¿Cómo es eso? ¿Está diciendo que vamos a pelear contra nosotros mismos?
- Pedro V.** : ¿De qué se extraña? Es lo que hemos hecho desde que nacimos. (Pausa) Pero hay algo raro aquí, muy raro. (Huele) Mis narices no me engañan (mira a lo lejos): no siento olor

- a pueblo.
- Inés** : El pueblo existe, todos lo sabemos: Moisés está allá.
- Pedro V.** : He andado tanto por la vida, que puedo oler a un pueblo a diez kilómetros de distancia, pero ahora no siento nada (huele) nada.
- Inés** : ¡Moisés no se fue solo, no nos abandonó; él no es capaz de hacer una cosa así!
- Pedro V.** : No estoy diciendo que nos dejó botados: lo que digo es que apuesto mi vida a que no hay ningún pueblo frente a nosotros . . . Los pueblos tienen un olor a vida que no se me escapa, y ruidos también, pero aquí el viento llega solo, no trae voces, ni ladridos, ni llamados, ni nada, es como si antes de venir pasara por un cementerio . . . o por algún lugar donde la gente no quiere que la escuchen.
- Inés** : Usted está loco de remate.
- Pedro** : Dios te oiga, mujer, Dios te oiga; porque de otro modo significaría que eso, (señala) estuvo abandonado hasta hace muy poco, que fue poblado sólo para darnos la bienvenida al otro mundo.
- Inés** : ¿A qué se deberá que haya tanta gente lesa en esta tierra?
- (Zona de la algarabía)
- Hombre** : ¡No hay mal que dure cien años
ni tonto que los aguante;
hay que seguir adelante,
aunque se rompan los paños!
- Mujer** : Donde voy que más valga
si ya no tengo marío,
aunque la casa me salga
igual moriría de frío.
- Hombre** : Marío ya no tendrís
pero cuerá te sobra,
no te echís a morir
que la carne se malogra!
- Hombre** : ¡Vamos niñas enamorando,
vamos cantando y tomando,
que a Moisés por blando
los diablos 'tán velando!
- Mujer** : ¡Ayayai, dijo una fea,
delante di'una preciosa,
por qué no me quieren a mí
si tengo la misma cosa!
- Hombre** : ¡Dele a la vía, comadre,
que la muerte viene sola:
usté cargue con el padre,
yo m'encargo de la lola!

- Mujer** : ¡Qué Dios muera en la ruela
y la virgen como puea:
tomemos vino y bailemos,
busquemos lao y tiremos!
- Hombre** : ¡Póngale vino y guitarra
qu'el corazón tá de farra:
con Daví y su rebeldía
la tierra vuelve a ser mía!
- Soledad** : Así paga el diablo a quien bien le sirve, por no esperar a
Moisés se quedarán toda la vida dando vueltas alrededor
del pueblo, se quedarán ladrando como pertas y perros!
- Hombre** : ¡Cállate, pájaro de mal agüero, estando bien con Dios los
santos son inquilinos. Continás que si perdimos será la úl-
tima vez; porque de la vida nos sacan, pero de la muerte
no nos echa nadie!
- David** : ¡Nada de muerte, nada de miedo; por la fuerza se pueden
imponer yugos sociales, pero no se pueden imponer yugos
al alma: no estamos aquí para avasallar la ley y el orden,
porque la paz y la tranquilidad que reinan ahora, son la
paz y la tranquilidad de los cementerios y de los campos
de concentración, es una paz impuesta por el terror, no
una paz nacida de la justicia y el amor. ¡Para hablar de li-
bertad no tienen que estar esclavos ni el alma ni el estóma-
go: la vida es ancha y hermosa, no pueden encerrarla en
un puño!. ¡Bailen, canten y tomen con alegría: estamos
celebrando la vuelta de la dignidad!
- Hombre** : ¡Echense vino, echensé
qu'esto se acaba mañana,
échenme vino, echenmé,
haya cantar y jarana!
Le espera desespera
cuando es inmovilidá,
esta tremenda verdá
guía mis pasos p'allá.
Y si a la muerte vamos,
solo no me ha de coger:
allacito nos juntamos,
padre, hijos y mujer.
¡Cante ustedé, cantelé
se negaron al amor,
baile ustedé, bailelé,
será pues con dolor.
¡Echense vino, echensé,
cante ustedé, cantelé,
échenme vino, echenmé,
baile ustedé, bailelé!.

(Llega Eliana, busca con la mirada, sin acercarse. La invitan; se niega).

- Arturo** : (Yendo hacia ella) ¿Qué haces aquí?
Eliana : Te estaba buscando. (Pausa breve). Quiero hablar contigo.
Arturo : Bueno, di, pues.
Eliana : No, aquí no.
Arturo : Entonces hablemos después.
(Intenta irse. Eliana le retiene)
Eliana : ¿Qué te pasa?
Arturo : Nada, que me va a pasar.
Silencio.
Eliana : (Señalando) Vamos más allá.
(Arturo la sigue a regañadientes. Se sientan. Un silencio pesado, de seres perdidos en mundos distintos, que buscan un puente que no existe).
Arturo : Bueno, dime pues, de que querías hablarme.
Eliana : De nosotros. ¿Por qué hiciste eso?. ¿Por qué levantaste a la gente contra Moisés?
Arturo : No fui yo, fue David. Y en buena hora.
Eliana : Tú comenzaste.
Arturo : ¡Déjame tranquilo, yo sé lo que hago!
Eliana : Mentira, eso es mentira; nunca te gustó pelear.
Arturo : Me cansé de ser cordero, me cansé de comprenderlos a todos y que nadie me comprenda a mí.
Eliana : (Agresiva) ¿Quién es nadie?, tú has vivido conmigo nomás, hablas conmigo nomás.
Arturo : (Seco) Eso era antes.
Eliana : ¿Cómo que antes?
Arturo : Ya no, ya casi no pasamos juntos.
Eliana : Yo no tengo la culpa de que me hayan puesto en esta cuadrilla; fuiste tú el que dijo que le daba vergüenza salir a pedir.
Arturo : A pedir; a robar será.
Eliana : Anda a decirle eso a Moisés, que me dices a mí.
Arturo : Deja que llegue nomás, a ver si no le voy a decir; a la mujer no se le puede separar del marido, y menos para que vaya a robar.
Eliana : No es eso lo que te pasa: hace tiempo que dices una cosa con la boca y otra con los ojos.
Arturo : Bueno, y si sabes lo que me pasa porque . . .
Eliana : Yo no sé lo que te pasa, sé que cambiaste nomás. Ya no me miras, me vigilas; ya no me tocas, me hieres, y siempre callado . . . Yo no quiero vivir así, no puedo.
Arturo : ¿Y cuál es la solución?
Eliana : (Después de una pausa) No sé; eso es lo que tenemos que conversar..

- Arturo** : (Pesaroso) Queda claro entonces que la solución no es que yo cambie, verdad?. (Eliaana no contesta) ¡Si vamos a conversar, tienes que contestar!
- Eliaana** : Tú sabes muy bien lo que pasa.
- Arturo** : No, no lo sé; sé que cambiaste nomás, sé que de día me huyes, que te daña hablar conmigo de cualquier cosa que signifique que tendremos que seguir juntos, que te molesta que te abrace o que te bese delante de la gente, y que tus noches son un martirio: eso es lo único que sé, Eliaana. Ah, y ahora me acabo de enterar que no puedes soportar que no me ande riendo todo el día.
- Eliaana** : (Terca) Cambiaste, te pusiste malo.
- Arturo** : Esa es una respuesta como para matarte, Eliaana; es como pintar a alguien de negro y después retarlo porque ha cambiado de color. (Serio) Hay tres cosas que no puedes esperar de mí: que te ruegue, que te maltrate o que deje de quererte, no nací para ninguna de las tres. Qué mala suerte, cualquiera de esas tres cosas te hubiera ayudado.
- Eliaana** : Déjate de hablar en doble sentido, di las cosas claras, como hombre.
- Arturo** : ¿Eso era todo lo que tenías que decirme?
- Eliaana** : (Malhumorada) Contigo no se puede hablar.
- Arturo** : (Parándose) Entonces volvamos a la fiesta.
- Eliaana** : No, para allá no voy.
- Arturo** : (Deteniéndose) ¿Por qué?
- Eliaana** : Quiero aprovechar de lavar.
- Arturo** : ¿Ir al río a esta hora?. (Pausa) ¿A qué?
- Eliaana** : ¡A lavar, ya te dije!
- Arturo** : ¡Es el último día; no es hora de ponerse a lavar!
- Eliaana** : ¡Yo lavo cuando quiero!
- Arturo** : (Después de una breve pausa) Está bien, vamos; yo te acompaño. (Eliaana no se mueve). ¿Qué te pasa ahora? (Mordaz) ¿Se te olvidó que querías lavar?
- Inés** : Otro leso más, la mujer no lo puede ver ni en pintura y la ruega. (Se encoge de hombros, continúa mirando). Ahí está. Dicen que apenas son tres o cuatro kilómetros. ¿Cuánto será eso? Debe ser poco, con las piernas buenas no puede ser más de media hora de camino. Pero la tierra es un montón de vidrios para mí. Y todos los que podían ayudarme se fueron, se fueron para la muerte o para otros lados. (Mira hacia la gente) ¿Por qué vine con ellos? ¿Por qué estoy aquí? Cuando pasaron pidiendo cosas se veían muy cansados, pero detrás de esa desolación de niños con que miraban, también se les veía una porfía salvaje en los ojos; eso fue lo que me hizo preguntarles que quienes eran,

que para donde iban. “Somos gente, andamos buscando casa”, me dijeron. Casa, eso era lo que yo había andado buscando siempre. Días atrás nomás, la Antonia, la señora donde estaba de allegada, me había dicho lo mismo que la gente me había venido diciendo años tras años: “Va a tener que desocuparme la pieza, Inés, porque ...”. Qué sé yo por qué; debe ser porque en esta porquería de tierra una anda siempre en lo ajeno, sí, por eso debe ser . . . (Mira a su alrededor) ¿Pero que hago aquí? Ya no quieren sostenerme ni mis propios huesos, soy como esos montones de tiras que se arrumban en las casas. “¡No quiero ir a ninguna parte, ya no tengo nada que hacer: no quiero vivir!”, me grito por dentro . . . Pero hay una cuerda que no se quiere romper, que me tironea hacia adelante, amarrada del corazón. “¡No hay nada! (señalando): ¡Ahí en ese pueblo no hay nada para mí!”, me digo; pero la cuerda no se rompe, tira y tira . . . Y entonces de repente me olvido de todo, y me encuentro soñando, haciendo planes, prometiéndome cosas a mí misma, con los dientes apretados . . . Es como esa rabia conque habla David, la rabia de vivir que lo rompe todo . . . (Clava la vista hacia adelante) Dicen que ese pueblo vale todas las esperas . . .

(Emergen los astrosos a su alrededor) Hablan inmóviles, mirando hacia el pueblo).

- David** : ¿Saben lo primero que voy a hacer allá? ¡Voy a echar a andar todas las máquinas de las fábricas y me voy a sentar un día entero a escuchar esa música!
- Rosa** : Tanto que quería llegar, y ahora lo único que siento es rabia y miedo . . . ¿Qué voy a hacer encerrada en una casa, para olvidar a los que se me murieron?
- Javier** : (Sostenido por Pedro V. y Alberto) Sólo les puedo decir dos cosas: que allá no hay perros de dos patas cuidando los huertos, y que las mujeres tienen sabor a mujeres, no a tierra ni a cansancio: a mujeres.
- Eliana** : El pueblo es lindo; limpio, tranquilo. No se ven cabros a pata pelá ni gente durmiendo en las calles; tampoco hay policías que le boten a una al barro la ropa que ha lavado, y por donde una mire, se ven almacenes, llenos de gente comprando mercadería. Lo único que no me gusta, es que pusieron el cementerio al principio, así que para entrar, hay que pasar por la muerte. Pero el pueblo es lindo; limpio, tranquilo: es el lugar que siempre había soñado para vivir.
- Alberto** : No voy a ir allá, ese no es el pueblo que busco: el pueblo que busco es duro de norte, apático de centro y verde de ser: el pueblo que busco tiene una calle que se llama Alameda.

- María** : Lo que más me gusta es que las casas son grandes y están hechas de adobe; porque hasta ahora nosotros hemos vivido siempre en piezas de madera, igual que los muertos. También me gusta que sea así, todo pintado de blanco y que esté lleno de huertos, árboles y vertientes...
- Inés** : No creo que en ese pueblo haya vertientes; yo creo que es antiguo, antiguo y tranquilo, como los de los primeros tiempos... La verdad es que yo quería llegar a un pueblo como esos donde viví cuando era chica, uno de esos lugares agrestes y soleados, donde se escucha el balar de las cabras y de los techos de las casas sale humo con olor a carne o pan. Me hubiera gustado llegar en la tarde, cuando el sol se ha ido y queda el calorcito pegado a los caminos; me hubiera gustado dejar el canasto en el suelo y haber podido gritar: "¡Escondan los perros!...". Pero qué vamos a hacerle, cuando se llega, se llega adonde se puede nomás...
- Voces** : (Agitadas) ¡Moisés, viene Moisés!
- Vicente** : ... No era el que salió ni el que esperábamos... ¿Qué sucedió? ¿Nunca entendimos su discurso, o no nos interesó, porque lo que queríamos era algo rápido terrenal y efectivo?
- Luisa** : El siempre fue callado, no triste ni tímido ni amargado, simplemente callado. Pero cuando salimos de la entrevista en ese último pueblo, le noté un silencio nuevo en los ojos.
- Vicente** : Raro. Alguien, no recuerdo quién, me dijo que ese pueblo era raro, que no había niños, animales ni mujeres, que era un pueblo de hombres, de hombres duros y malvados. No desconfíe, no lo escribí... ¿Acaso nosotros no parecíamos también duros y malvados?
- Luisa** : Sentí que necesitaba ayuda, pero no se me ocurría como podía dársela...
- Vicente** : ¿Pudo suceder que termináramos crucificándolo impulsados por el atávico temor a tener que asumir un papel preponderante?...
- Luisa** : ... Estábamos casi a mitad de camino, cuando algo me indicó lo que debía hacer. Me aparté de él, dejé la bolsa con alimentos en el suelo y me puse a buscar leña.
 —¿Qué haces? —me dijo.
 —Voy a hacer fuego —le dije.
 —¿Para qué?
 —Para esperarte —le dije—. Necesitas estar solo. Aléjate de mí; camina, o busca un sitio dos veces tranquilo y siéntate a pensar. Sé que no vas a sentir hambre ni sed; pero si llegas a necesitar algo, yo voy a estar aquí. (Pausa). Un día y medio estuve esperándolo... Un día y medio.

Irrumpe Moisés, la gente viene tras él increpándole; Luisa y Vicente se suman a la gente. Dan vueltas en círculo, sin dejar, algunos de preguntar y otros de insultar, hasta quedar sentados en los pisos como en una reunión en la que el público es la asamblea.

- Moisés** : . . . Eso fue lo que hablé en nombre de todos, y eso lo que me respondieron.
- Luis** : ¡Lo mismo de siempre!
- Moisés** : ¡Sí, y será lo mismo hasta que no cambiemos de actitud, somos nosotros los que tenemos que modificar las cosas!
- Alberto** : ¡No se puede haber nacido sólo para andar vagando de un lugar a otro: eso fue lo que debiste decirles!
- María** : Tú, que naciste bueno para explicar las cosas, tenías que haberles hecho entender que es un crimen horrible el que están cometiendo con nosotros, porque sin un lugar donde estar, no se puede conocer lo que es la vida, no se puede descubrir nada! Sin casa, una persona es un ciego perdido en el desierto, un ser condenado a no ver ni tocar cosa alguna que tenga vida. ¡Soy hija del aire, y mis hijos son hijos del aire: quiero tocar la tierra, Moisés, quiero vivir!
- Varios** : ¡Queremos vivir!
¡Queremos vivir!
- Julio** : (Rabiosamente) ¿No había espacio para morir allá donde estábamos, qué nos trajiste a morir en tierras extrañas?
- Moisés** : ¡No fui yo quién endureció el corazón de las Autoridades contra nosotros: fueron ustedes! ¿Cómo pretenden hacer valer un derecho que...
- Alberto** : ¡Y todavía insulta! (Espantado, a todos) ¿Escucharon?: ¡Está echándonos la culpa a nosotros!
- Arturo** : ¡No más palabras, las cuentas son claras! ¿Cuántos partimos, cuántos han muerto, y qué hemos ganado?
- Luis** : ¡Hambre, azotes y muertes: eso es lo que hemos ganado!
- Julio** : ¡Ya tomamos un acuerdo con David, no hay para qué perder más el tiempo!
- Moisés** : ¿Cón... Con David?
- David** : Sí, Moisés, no podemos seguir así, ¡no es humano, entiéndelo! Cada una de esta gente es la vida entera, aquí no hay nadie que sea inferior a ninguno de los hombres que pisan la tierra, ¡y qué pasa que tenemos que andar mendigando comida por los caminos, qué pasa que nos maltratan y nos niegan un lugar donde vivir; y qué pasa, Moisés, que nosotros lo aceptamos! ¡No, esto se terminó, aquí se terminaron los lamentos y se terminó la humillación!
- Luisa** : ¡Traidores, traidores!
- David** : ¿Traidores a qué? (A Moisés). No estamos contra ti, Moisés. Pero tu nunca propusiste nada, nunca fuiste con nosotros hacia un objetivo real y concreto. ¡Tus sueños de paz, son los sueños de la humillación, tus delirios de igualdad espiritual son los de un enajenado, no los de un

dirigente de pobladores sin casa! ¡Vamos a tomarnos ese pueblo, porque no hacerlo significa convertirse voluntariamente en esclavos, y eso significa ir contra toda filosofía, contra toda religión y contra toda posibilidad de salvación humana; porque la justicia no nace de la paz: la paz nace de la justicia!

(Vivas, silbidos, aclamaciones).

Pedro V : ¡No nos ceguemos, lo que se conquista por la sangre, por la sangre se pierde; los muertos paren enemigos que siempre terminan siendo los verdugos de mañana; para que la vida no siga siendo una interminable lucha a muerte, tenemos que encontrar una solución que no sea pan para hoy y hambre para mañana!

Rosa : ¡Pedro traidor, escupo encima de tus palabras! Parí cuatro hijos, y dos no conocieron el fuego de una casa, todos sus sueños fueron dormidos en cuevas húmedas o debajo de de los árboles, todos sus llantos fueron llorados a campo abierto. Tú lo sabes muy bien, me los correteaban a pedradas cuando se acercaban a pedir a algún pueblo, me los herían, me los humillaban; nacieron, se criaron y murieron encima de la tierra, como animales salvajes: no fue vida la que les di, fue una maldición! (Señalando hacia el pueblo). ¡Anda a hablarles a ellos de paz, anda a pedirles a ellos que busquen otra solución, porque yo iré con David a ese pueblo aunque tenga que enterrar frente a sus puertas a los dos hijos que me quedan!

Moisés : (Señalando hacia el pueblo) ¡Yo no quiero ver el cadáver de esa gente frente a mí!. La voz que dijo que eso era hambre para mañana, es la voz de la verdad. Sólo cuando encontremos gente que abra las puertas y diga desde el fondo del corazón, "en la tierra no puede haber parias ni extranjeros", habremos encontrado verdaderamente un hogar. De otro modo arrastraremos siempre nuestros huesos de un lugar para otro; pero para lograr eso . . .

Arturo : ¡Nadie dirá nunca eso!

Moisés : ¡Pero para lograr eso, para encontrar ese lugar, tendremos que encontrarnos primero a nosotros mismos, tendremos que descubrir quienes somos, y porque estamos al medio de esto que se llama Vida!. ¡Sólo conociéndonos primeros a nosotros mismos, tomando verdaderamente conciencia de nuestro valer, podremos descubrir todo el horror de la injusticia, y dejaremos de ser consignistas y repetidores, para transformarnos en un pueblo que lucha con una fe y un valor que no ha conocido nadie, ¿entonces, sólo enton-

ces, seremos una marea deslumbrante e indetenible!

Alberto : ¿Qué palabras son esas? ¿A qué locura nos quiere arrastrar ahora?. (Furor y extrañeza) ¿Quieres que acabemos la vida meditando, eso quieres?. ¡Para semejante candil, mejor vivir a oscuras!

Arturo : ¡Esas son patrañas que le metieron en la cabeza allá en el pueblo, para que los dejemos en paz: lo compraron!

Luisa : ¡Perro muerto, hocico de aguas podridas, a Moisés no lo compra nadie!

Vicente : ¡Déjenlo hablar, todavía no ha dicho . . .

David : ¡Nada tiene que decir; está confundido, y un hombre confundido no puede ser guía de nadie! No se pueden tener dos verdades en un mismo pecho, Moisés: estás con nosotros o estás con las Autoridades!. Acordamos esperarte, pero no para seguir recibiendo disculpas o palabras raras, que lo único que ocultan es tu fracaso: aquí la cosa es clara y sin vueltas: ¡vamos a ir a ese pueblo aunque tengamos que derramar la sangre de Dios si es preciso!
(Víttores, algarabía, vivas).

Alberto, junto a Rosa, que duerme. Se escuchan los preparativos de la gente que participará en la ocupación del pueblo.

Alberto : Venía a despertarte, Rosa, David ya va a dar la señal de partir; pero voy a dejar que despiertes con la bulla: no voy a ese pueblo, no te acompaño . . . No, no es porque tenga miedo a morir, es porque tengo miedo a sobrevivir y tener que seguir concediendo y concediendo. Nada me une a ese lugar, no llegaría a incorporarlo a mí ni aunque viviera cien años. El pueblo que buscaba era otro, tú lo sabes; era un pueblo que quizás nunca haya tenido ojos, pero que sí tenía un corazón grande, loco y triste, como tú y como yo. No quiero morir de melancolía por él, ni acepto que me impongan otro, por eso me voy. Sé que suicidarse es casi un acto de cobardía, ¿pero cómo se llama lo que nos hicieron a nosotros, de arrancarnos de los nuestro por la fuerza, sabiendo que no podíamos defendernos?. (Pausa) Contra ti no tengo nada, Rosa; todo lo hacías bien en la vida, no fue tu culpa bajar la cabeza y volverte dura y rencorosa; tampoco yo pude defenderme del odio desatado. La nueva cara desgarrada y temerosa de mi pueblo, su débil respiración, te fue, nos fue transformando, ni pueblo ni Rosa ni Alberto existen ya, lo que los tres somos ahora es gritar lo muerto, gritar lo muerto, gritar absurdamente lo muerto mientras la vida se acaba . . . El se va a salvar, Rosa, él volverá a ser lo que fue; pero nosotros no estaremos

pero nosotros no estaremos para ver los nuevos brotes, los pueblos tienen muchas primaveras, pero la del hombre es inexorablemente una. Y esa fue la que nos mataron . . .

Vicente, sombrío, meditabundo; sentado en la actitud de quien contempla los restos de su propio naufragio.

- Vicente : Palomas salvajes devastaron mi heredad, dondequiera que gire los ojos . . .
- Soledad : (Aparece trás suyo) Es en vano, Vicente.
- Vicente : (Sobresaltado) ¿En vano? . . . ¿Qué es en . . .
- Soledad : No, no te vuelvas. Nos iremos, pero tú te quedarás.
- Vicente : No, no me quedaré. No deseo seguir viviendo; lo que la vida me ha propuesto no ha resultado nunca conciliable con lo que he sentido en el fondo del corazón. Estoy cansado de eso, muy cansado.
- Soledad : Estás cansado sí, pero no cejarás; si hay alguien que pueda atravesar el tiempo sin dejarse aprisionar por simulacros de amor o felicidad, ese eres tú. Moisés no se equivocó cuando te eligió para que testimoniaras.
- Vicente : Palabras. (Pausa) Ya tengo escrito mi adios. Escucha: "Ya todo es inútil . . .
- Soledad : ¡No, no!
- Vicente : (Fieramente) ¡Qué los dioses que hay guarden sus cuchillos; basta de dudas, juicios y prejuicios: no nací para que tuvieran nido ni los sueños ni las cruces del hombre, nunca quise ser guarda de nada ni de nadie: soy el que acecha, el que salta y el que cae; un hijo del caos, nada más! ¡Señores puros, señores rectos y consecuentes, los espero en la hora implacable de las verdades! . . .
- Soledad : ¡No, no; rómpelo, olvídalo: no podrás condenarnos al silencio! (Premonitora) ¡Aunque caigan mil junto a ti y diez mil a tu diestra, tú no serás alcanzado nunca: nunca, Vicente!

Luisa y Moisés "en su pieza".

- Luisa : ¿Qué harás ahora?. El fue un huracán y tú apenas una brisa.
- Moisés : Lo sé, nunca fui bueno para hablar.
- Luisa : Pero ahora tienes que hacerlo, o David nos llevará a todos a la muerte.
- Moisés : (Confundido, exasperado) ¡No logro coordinar, no encuentro las palabras! Frente a ello siento que las mejillas me tiemblan, que la garganta se me reseca . . . Y estas manos . . . Estas manos desgraciadas que no puedo controlar . . . El es tan claro, tan seguro . . .

- Luisa** : No lo es; lo que pasa es que incitar a la violencia es mucho más fácil que incitar a la paz.
- Moisés** : Yo no incito a la paz, no voy detrás de una paz de zombies; aquí no tienen cabida ni los que buscan olvido ni los que piden venganza: los estoy llamando a una guerra a muerte contra ellos mismos . . . Pero sólo veo confusión y rostros desesperados, bocas que me echan su aire caliente y me ahogan. ¿Qué quieren de mí? ¿Qué esperan si no me escuchan! . . . Queremos vivir, dicen; pero si son cien, los cien tienen una idea distinta de lo que es vivir, si son mil, los mil creen en soluciones distintas: de todos esos que hay ahí afuera (señala) ni siquiera las parejas hablan el mismo idioma por dentro. ¿Cómo puedo arreglar eso yo? ¿Soy un Dios, acaso? ¿Encontré una piedra de otro planeta? ¿Me ha caído una luz encima? No, soy uno más entre miles, entre millones de ciegos . . . Cuando tu cuerpo era duro y suave, yo entraba en ti como un ladrón en la noche, entraba en ti levantando la cabeza a cada rato, para tratar de escuchar los pasos de los que venían a buscarme; ni siquiera pude estar a tu lado cuando te partiste para que salieran los hijos, y aún a ellos tuve que acariciarlos mirando siempre hacia la puerta, ¿qué más quieren de mí, qué más quieren robarme!
- Luisa** : (Inflexible) No voy a permitir que te agarre la cobardía a última hora, Moisés, no tienes derecho a jugar con la vida de los demás. Y menos con la mía.
- Moisés** : ¿Jugar yo?. ¿Han jugado siempre con la mía!
- Luisa** : ¿Quién!
- Moisés** : (señalá casi con desesperación) ¡Ellos!
- Luisa** : ¡Ellos no son culpables de que hayas nacido para ser lo que eres!
- Moisés** : ¡No soy nada, no sé nada!
- Luisa** : Hay algo en ti por lo que la gente confía y te sigue, siempre ha sido así, no puedes negarlo!. (Pausa) Un día me arranqué del corazón todo lo que una mujer necesita, casa, hijos, tranquilidad, vida, y lo di por ti: no puedes presentarte ante mí llorando y temblando como una mujerzuela asustada, no me hagas haberlo dado todo por nada. Sabes lo que es mejor para ellos, Moisés, que no te doblen, que no te humillen (Pausa) Mata a David si es preciso.
- Moisés** : ¿Matar? ¿No sabes lo que dices!
- Luisa** : Lo has pensado; siento los desgarrones en tu pecho, veo tus ojos, te oigo hablar en sueños. Arrástralo todo, Moisés, pero no te dejes caer. Diles lo que piensas, diles lo que tienen que hacer: anda, Moisés, anda!
- Moisés** : (Después de una pausa. Casi para sí) No es un lugar en la

- tierra el que hay que conquistar . . . Es toda la tierra.
- Luisa : ¿Toda?
- Moisés : Sí, ése es el lugar que le pertenece al hombre. Eso es lo que tengo para ofrecerles.
- Luisa : La tierra . . . toda la tierra . . .
- Moisés : Sé como se puede alcanzar eso. Lo sé, Luisa, pero tienes que asumir esto: si echamos a andar definitivamente, con una verdad clara y firme dentro de nosotros, se nos unirá mucha gente, y entonces . . .
- Luisa : Sé los riesgos que corres, sé que para muchos te transformarás en un enemigo y que pueden tratar de matarte . . . Pero te quiero tanto, que si tuviera que despreciarte me secaría en un día.
- Moisés : Entonces . . . ¿me ayudarás?
- Luisa : Siempre. (Pausa) Pero está David, él puede destruirlo todo.
- Moisés : No, él no hará nada, va a comprender. Hablaré con él y comprenderá; podremos detener esta estúpida masacre, estoy seguro, Luisa, él no es malo, sólo está equivocado. Ve a buscarlo, y trae también a Vicente; las palabras son como las piedras, una vez lanzadas no pueden retroceder, que David lo sepa.
- Luisa : ¿Estás bien?
- Moisés : Sí, contigo al lado me siento como un huracán!

Luisa lo deja solo.

Moisés espera, ardiendo en impaciencia; murmura, escucha, se pasea. Pasados unos instantes, se detiene y mira atentamente, buscando presencias extrañas. Convencido de no ser visto ni escuchado, adopta la actitud de quien se encuentra frente a una multitud.

- Moisés : (Duro, vehemente) ¡Algo siniestro le está ocurriendo a este país: desconfía de sus propios hermanos, considera enemigos a sus propios hijos; ya no hay límites para la incertidumbre y el abuso! (Pausa) Hablaré de nosotros, de todos ustedes . . . ¿Qué nos sucedió? ¿Por qué estamos aquí?: fuimos declarados culpables y expulsados de nuestro hogar. ¿Culpables de qué?. Eso nunca lo sabremos, el hombre no podrá dar jamás una razón válida sobre su costumbre de atropellar a sus semejantes . . . Veo aquí mucha gente que no salió con nosotros, pero su historia y la nuestra es una sola: la historia de la injusticia. Transformados maquiavélicamente en marcados, esa culpabilidad, ignorada por todos, se extendió por las calles y los caminos como una mancha, actuando en la gente como un antídoto contra el sentimiento de fraternidad; el no ayudarnos, el

no apoyarnos, no implicaba ser malo, no significaba pecar ni venialmente siquiera, puesto que no éramos buenos seres humanos, sino infractores a la ley, gente oscura, a la que era peligroso ayudar. De ese modo, al hombre que determinó nuestra expulsión, se fueron sumando, unos con su temor y otros con su indiferencia, casi todo el país. ¿Y cómo nos enfrentamos a esa locura? ¡Sumándonos a la barbarie, destrozándonos entre iguales! ¡En qué nos hemos convertido, qué somos! . . . Me aterra pensar lo que pienso: si esos hombres que hay en el pueblo, tal como lo sospecho, no son campesinos, seremos masacrados . . . Se da aquí una dualidad indescifrable de crimen y justicia: pensábamos matar sin piedad y seremos muertos sin piedad . . . ¿Qué clase de justicia nos rige en realidad? ¿Quién hay tras ese orden invisible e implacable? . . .

Entra David, tras él vienen Luisa y Vicente)

- David : ¿Entiendes ahora por qué no podemos permanecer de brazos cruzados?
- Moisés : (Atajándole) ¡Quédate ahí!. Una acción no puede ser imputada como delito, si al cometerla el hombre no tiene conciencia del mal que contiene . . . Pero sí es un delito terrible si el hombre sabe el mal que causará con ella. (Pausa) Ellos saben lo que hacen. (Pausa. Lo señala) Y tu también.
- David : ¿Qué acusación es esa?. Yo solo . . .
- Moisés : Tú y ellos son cómplices.
- David : ¿Cómplices? ¡No sabes lo que dices!
- Moisés : Ellos nos oprimen, tú nos condenas a muerte. Ambos son culpables de atropello a la vida.
- David : (Después de una pausa) No deseo discutir contigo, Moisés, no vine a pelear. Esperamos años antes de tomar esta determinación, tuviste todo el tiempo y toda nuestra obediencia . . . Pero los resultados . . . (Calla).
- Moisés : No hay nada personal en lo que te digo; hablo de asuntos humanos.
- David : Lo injusto tiene que ser reparado: no hay nada más humano que eso.
- Moisés : ¿Por medio de la violencia? La violencia nunca es justa.
- David : No es con violencia que respondemos a la violencia, es con dignidad.
- Moisés : ¡No hables de dignidad; no entiendes nada de nada, la violencia que vas a desencadenar es la misma que ha sido aplastada una y otra vez, sin que los culpables hayan podido ser sancionados jamás!
- David : ¡Esa es la antigua herencia de hombres como tú, que a la

primera sangre han retrocedido siempre y comenzado a parlamentar!

Moisés : ¡Tuvimos que hacerlo, porque antes nunca hubo una propuesta válida, y a los soberbios que juegan a ser dioses siempre les ha bastado con declararnos revoltosos para eliminarnos sin problemas; por eso predico la dignidad, es el único camino que puede llevarnos a la igualdad, a la toma de conciencia de lo que significa ser . . .

David : ¡Esa conciencia la hemos tenido siempre, no puedes pasar por sobre tanto muerto y tantos desgarrados, no es por los consejos de ancianos que los tiranos no conocen la eternidad, es por los que has llamado siempre irreflexivos!

Moisés : ¡Un puñado de quijotes no redimen a miles y miles de aplastados; lo que tenemos es una inmemorial aceptación de inferioridad, una herencia de humillaciones y autohumillaciones que nos condiciona a aceptar nuestro destino de siervos con la misma naturalidad que aceptamos que el agua es el agua y el cuchillo el cuchillo. No estamos preparados para la agresividad, nuestra violencia no tiene alma, si la tuviera, o no estaríamos vivos o no seríamos mendigos.

David : ¡Debieras decirlo con vergüenza, eres hijo, padre y abuelo de esa humillación!

Moisés : Con dolor es que lo digo; quítale algo a un rico, y compara su furia, su disposición a ganar o morir, con la nuestra: son dos actitudes distintas frente a un mismo hecho. Y esa diferencia es la que vemos todos los días en todos los quehaceres del hombre y la mujer.

David : ¿Y qué actitud que no sea segura y desafiante pueden tener ellos? Están bien alimentados, bien instruidos y bien descansados; tienen jueces, abogados, armas, sermones y policías: tienen el Poder. ¿Van a echarse a temblar y van a entregarlo todo porque un desastrado los mira de frente como has estado pregonando?. ¡Eso no sólo es utópico, si no también estúpido!

Moisés : ¡Utópico y estúpido es pretender arrebatarles lo usurpado armados de palos y piedras!. ¡Yo no quiero más derramamientos de sangre ni más pactos humillantes: lo que tenemos que hacer es desatarnos de ellos; cuando un hombre, o un puñado de hombres, transforman en leyes hechos que por su naturaleza son antihumanos, como el destierro y el sojuzgamiento, dejan de ser seres válidos. Pero uno no puede exigir sus derechos si no es capaz de hacerlo con la cabeza erguida; cuando no nos asusten, cuando no nos aplasten con una mirada o un gesto, cuando descubramos en lo profundo de nosotros que la dignidad es una fuerza

imposible de ser doblegada por la pólvora o las presiones, entonces, sólo entonces, seremos una marea deslumbrante e indetenible. No vamos a voltear el mundo en una semana, pero cuando lo logremos será para siempre, para siempre! . . .

- Luisa** : (Excitada) ¡Dilo, dilo allá afuera a todos!
- David** : ¡No, no vayas donde ellos con tus locuras; no puedes dividirnos!
- Luisa** : ¡Es su trabajo de toda la vida lo que estás destruyendo, tiene que defenderlo!
- David** : (Desesperado) ¡No, no entiendes, hay un acuerdo... No vamos a dejar que nos divida, si va lo vamos, lo van a... ¡No puede ir!

(Moisés sale apresuradamente, Luisa y David corren tras él. Vicente queda allí; inmóvil, anonadado.

Se escuchan gritos, vivas y rechiflas, mezclados con la voz de Moisés:)

- Voz Moisés** : ¿Qué hacen aquí?. ¿Para qué se están preparando? . . . ¡Escuchen, escuchen! . . . ¡Algo siniestro le está ocurriendo a este país, desconfía de sus propios hermanos, considera enemigos a sus propios hijos, ya no hay límites para . .
- Voz Luisa** : ¡No, no! . . .

(Ecos de agitación, de horror, de sorpresa)

- Voz Luisa** : ¡Asesinos, asesinos! . . .
- Vicente se tapa violentamente la cara con las manos,
 - bajando la cabeza.

Soledad :- (Apareciendo tras él) ¡No, Vicente, no hagas eso, levanta la cabeza: que no haya olvido!.

Vicente : (Después de un instante. Sin volverse) ¡Qué locura, qué locura! . . . (Pausa) ¿Después de lo de Moisés, cuando fueron a ese pueblo . . . murieron todos?

Soledad : Tú lo sabes.

Vicente : No, no lo sé, no puedo asegurarlo . . . Pero me parece haber visto a algunos . . . Me miran desde lejos y se van . . .

Soledad : No, no podemos irnos, estamos cerca de ti, rodeándote como el agua a la isla. Esperando, esperando que nos arranques del olvido para poder partir. Y todo intento de huida de tu parte es inútil, Vicente. Yo te lo previne: aunque cayeran mil junto a ti y diez mil a tu diestra, tú no serías alcanzado.

Silencio.

Vicente : No huiré, ya todo está claro. (Pausa) No fue por cobardía, ni por espanto ni por tristeza que callé, ahora lo sé: fue

porque temía ser juzgado; no por ustedes ni por las Autoridades, por alguien infinitamente más implacable: por mí. (Pausa. Mira, recoge su cuaderno; comienza a contar:) Vivían en un país duro de norte y verde de sur; un país con lagos, lluvias y volcanes . . . Un país que tenía un corazón grande, loco y triste . . .

JUAN RADRIGAN

LOS BORRACHOS DE LUNA

¡Qué este rostro haya llevado a esta guerra y que no lo hayamos exterminado! Y somos millones y la Tierra está llena de armas; munición habría para tres mil años, y este rostro sigue estando aquí, aquí mismo, tendido sobre nosotros; y nosotros, todos, petrificados asesinando a los demás.

Elías Canetti
"Provincia del Hombre"

Esta obra fue estrenada por la Compañía de Teatro Popular "El Telón", el veinte de julio de 1986, en la Sala Valero.

José Sergio Madrid
María Mariela Rói - Rebeca Garrido
El Afuerino Pepe Herrera

Escenografía: Pancha Rozas

Dirección: Tennyson Ferrada.

El lugar en donde sobrevive María, es una pieza miserable, dividida por una rudimentaria cortada de cartón. En el estrecho sitio que hace de habitación —siempre en penumbras— se vislumbra un catre, una cocinilla y algunos trastos, a los que las sombras borran los contornos. Al fondo, una ventana abierta; junto a ella se distingue la figura de una mujer que mira hacia afuera, ensimismada. En la otra parte de la cortada está el “negocio”; dos o tres mesas, bancas; una deforme especie de tarima, sobre la cual, desde un simulacro de varal, cuelgan a modo de focos, algunas ampolletas de colores. También se ve un mostrador —sobre el que no hay nada— hecho con cajones, unidos con pedazos de tablas. Todo cuanto existe debe dar la sensación de cosa inacabada, de irrealdad.

José, sentado a una de las mesas, arrimada a la cortada, arregla un viejo tocadiscos; un vaso de vino y una cajetilla de cigarrillos al lado.

Esta “casa” está en medio de una población de marginados, pero por toda la obra pasa, pesa, un silencio exterior agobiante.

José manipula durante unos instantes en el desarmado tocadiscos. De él se desprende tedio y desasosiego; coge los cigarrillos, la cajetilla está vacía.

- José** : (Golpeando sobre la cortada) Señora . . . señora . . .
María : Qué.
José : ¿Le quedan cigarros sueltos?
María : Sí.
José : Véndame uno.
María : Sáquelo, tán en el cajón del mostrador.

(José lo hace. Al volver a su sitio, mira hacia afuera; va, se asoma. Todo parece estar desierto, callado y oscuro. Vuelve a sentarse a trabajar. Bebe.)

- José** : (Hacia el otro lado) ¿Qué día es hoy?

(No obtiene respuesta. Sigue trabajando un instante; lo arma).

- José** : Señora. (Espera; golpea en la cortada) Señora.
María : Qué.
José : Está listo.

- María** : Gracias.
José : (Limpiándose las manos) Por lo menos podría asomarse.
María : Ya voy.
José : ¿Qué’stá haciendo?
María : Ná.

(Enchufa el aparato, pone un disco. Es una cumbia alegre y bulliciosa, que escucha con apagada participación. Casi al finalizar la melodía, el tocadiscos deja de funcionar bruscamente. Lo mueve, manipula: no hay caso).

- José** : Señora . . .
- María** : (De mal modo) Qué pues.
- José** : S'echó a perder otra vez.
- María** : Gracias.
-
- José** : (Sorprendido) ¿Gracias?. Le digo que s'echó a perder otra vez. (Pausa breve) ¿En qué está pensando?
- María** : En ná.
- José** : (Mira hacia ella en silencio. Bebe de un tirón lo que le queda de vino; luego vuelca su atención en el tocadiscos) La cápsula ta buena, el motor de las revoluciones también y la aguja es nueva . . . ¿Por qué crestas no funciona?. (Comienza a desarmarlo nuevamente. Se escucha, lejano, el zumbido de un avión; presta atención, preocupado) ¿Siente?, es el avión que tira basura. ¿Siente?
- María** : (Pesarosa) Sí. (Pausa) Pero puede ser de pasajeros.
- José** : No, p'acá ya no viene nadie: es uno de los aviones del Malo, esta es la hora en que han agarrao de tirar los papeles, no falla; y después hace la pasá el helicóptero. (El ruido acrecienta, toma cuerpo hasta llenarlo todo. Pasa. Silencio). No se escucha bulla. (Se levanta; mirando hacia afuera) ¿Pa ese lao tampoco salió nadie a mirar?
- María** : No, no se ve a nadie.
- José** : ¿Ni cabros chicos?
- María** : (Aburrida) ¿No le digo que no se ve a nadie?
- José** : Es rara la cuestión . . . (Vuelve a sentarse) Mi'acuerdo que antes cuando pasaba un avión, era como un recreo pa los cabros chicos.
- María** : Antes no hacían lo que hacen ahora.
- José** : No po, antes no daban miedo, hasta parecían cosa linda. (Toma el vaso) ¿Me puedo servir otro?
- María** : Claro, es su plata.
-
- José** : (Va hacia el mostrador, saca una garrafa medio vacía, se sirve. Bebe un trago; queda allí mirando hacia afuera) ¿Por qué no viene?. ¿Por qué crestas no viene p'acá y está conmigo?. (No obtiene respuesta) Hace poco conocí a un perro que miraba; eso nomás hacía, mirar. (Pausa) Me abrió la vida de arriba abajo el desgraciao, me la sacó toa p'ajue-
ra . . . Era grande, negro, huesúo. (Mira hacia el otro lado)

¿M'está oyendo?. (Silencio) Yo había ido a ver si podía arreglar unas máquinas que tenía un futre abandonás en un galpón. Me dejó ahí y se fue (bebe). Estaba trabajando en lo mejor, cuando en una d'esas me doy vuelta de repente y lo veo mirándome; tenía ojos opacos, como de muerto, y el cuerpo como cuando uno estira un elástico. Al principio no le hice caso, pero poco a poco, como a veces tenía que darle la espalda pa trabajar, me fui intranquilizando; comencé a llamarlo por tóos los nombres de perro que se me ocurrieron, pero no pasó ná; entonces saqué uno de los sánwiches que había llevao pa almorzar y le tiré un pedazo; ni pestañó siquiera, parecía de piedra . . . Al poco rato empecé a sudar, las herramientas se me refalaban de las manos y la respiración se me empezó a cortar . . . El me miraba nomás, con la cabeza estirá hacia mí y el cuerpo apretao. Entonces decidí hacerle frente. (Acciona) El se había parao a la entrá, me le acerqué despacito y le empecé a hacer gestos de amistá: nada. Le hablé, le dije que tenía cuarenta años, que había hecho muchas cosas malas y muchas buenas, pero que nunca había sido enemigo de los animales, y mucho menos de los perros "Ustedes son choros —le dije— muchas veces son los únicos amigos de verdá que uno encuentra; claro, p'al asunto de ser derechos, a ustedes no les gana nadie, así que no te pongai vaca conmigo, dime de adonde apareciste, que's lo que querís". Dejé pasar un rato y me le acerqué otro poquito (lo hace); estiré la mano, como que lo iba a tocar, sonriendo, pa hacerme el amigo: él me miró más fijo y más duro, sentí un tirón de frío por dentro . . . Y también otra cosa, esa pará, esa distancia que puso entre los dos, me humilló como si me hubieran escupío en la cara "¿Qué querís? ¿Qué querís conmigo?" le dije, me sentía en pelota, asustao, acorralao . . . Y entonces, de repente, la cabeza se me llenó de momentos cabrones, con madre, hermanos y tías hechas una sola pelota de hambrientos y naufragos, y me pasaron también por dentro la Cecilia y la Irene; la mujer que dejé botá y la que me dejó botao a mí . . . Toda esa soledá y esa mierda tenía que haberme dao rabia, tenía que haber agarrao un fierro (grafica impulsivamente) y haberle dao y dao hasta que hubiera quedao una pura mancha de sangre y huesos en el suelo . . . ¿Pero sabe lo que hice?: me puse a llorar, palabra, me puse a llorar como cabro chico, botao delante del perro . . . Yo siempre había sufrío ataques de soledá y de impotencia en mi pieza, pero no había llorao nunca; ese día sí que lloré, como hombre que era y que no valía ná . . . Cuando llegó el futre y vio que tóo estaba igual, s'espantó: "¿Y qué hizo?. ¿Qué hizo

en tóo este tiempo, ñor por la cresta!”, me gritó. “Pensé en mi vida —le dije— pensé toa la tarde en mi vida, por culpa d’este perro desgraciao!”. “¿Este?. ¡Pero si este perro es ciego, po ñor, qué le va hacer, no invente leseras!”, dijo, y siguió insultándome. Entonces le saqué la madre y me fui . . . Las cosas que le pasan a uno . . . (Algo capta su atención en el exterior. Mira con mayor detenimiento; se asoma, escudriña) Parece que por ahí anda alguien, tamos de fiesta. (Pausa) S’escondió . . . Otro que anda arrancando . . . (Vuelve al mostrador, bebe) ¿Qué cree usted que es lo que’stá prohibió ahora?. (Silencio) Hay una cosa que no le he dicho: l’otro día, cuando me pasó la cuestión del perro, mi’acordé de usted. (Bebe) La Irene era linda, alegre y mentirosa. (Ido, sombrío) Y era caliente también . . . a lo mejor pensar en que l’estaba haciendo a otro lo que me hacía a mí en la noche, fue lo que me envenenó más la sangre, pa una mujer que lo alumbrá a uno y lo hace arder, no hay olvido . . . (Hacia ella, casi con desprecio) Usted tiene los ojos como piedra y las carnes frías; aunque se pase las manos por los muslos y por las pechugas pa calentar a los viejos cuando ‘stá bailando, se le nota a la legua qu’está haciendo puro tiatro: quien va a creerle, con esa risa llorona y ese odio que se le sale por toa la cara. Pero en el revoltijo de cosas que se me vinieron encima esa vez, venía usted. ¿Por qué sería?. (Pausa. Escucha) ¿M’está oyendo? (Bebe) Usted aparte de malgenio es tonta; con la fuerza que se le ve por dentro cualquiera podría llegar donde quisiera, sin embargo está derrotá: es la persona viva más muerta que he conocío, ¿qué le pasó?. ¡Pucha, pero contésteme po! . . . Yo tengo cachao que pa llegar al corazón de las mujeres hay que hacerse el triste o el alegre, debe ser porque un hombre alegre les da confianza y vitalidá, y uno triste les despierta de un solo tirón a la madre y a la mujer: pero con usted no pasa ná: usted tiene la carne muerta y el corazón cerrado. (Va a beber, no le queda; vuelve a servirse) No me haga caso; voy a arreglar esta lesera y me voy a ir. (Va hacia el tocadiscos, se sienta. Recapacitando) ¿Pa dónde? ¿Pa dónde me voy a ir si ya dormí casi toa la tarde? Y tengo dos libros, pero no me atrevo a leer ninguno de los dos . . . (Queda inmóvil) Pucha, a lo mejor tengo que fondiarlos. (Hacia el otro lado) ¿Estarán prohibíos los libros de amor también?. (Mira hacia afuera) A lo mejor eso es lo que está prohibió ahora . . . ¿Qué cree usted?. (Silencio) ¡Pero, puta, contésteme, venga p’acá; yo no vine a arreglar leseras: yo vine a tomarme un trago y a conversar! (Golpea) ¡Contésteme!

(Aparece un hombre en la entrada (El Afuerino). Moreno de sol y sucio de tierra, la ajena y gastada ropa que viste le da aspecto de vagabundo, y el cansancio que trasunta le hace aparecer humilde y melancólico, pero en realidad es fuerte, áspero, escindido. Observa el lugar con aparente despreocupación).

- José : (Agresivo) ¿Qué busca?
- Afuerino : Nada; miraba nomás. Ando de paso.
- José : ¿Es usted el que andaba dando vueltas por ahí endenantes?
- Afuerino : Sí. Quería preguntar por este lugar, pero no encontré a nadie por ninguna parte. Y todas las puertas están cerradas. (Entra, ocupa una de las mesas).
- José : No abrimos todavía.
- Afuerino : (Señala la entrada) T'abierto.
- José : Ta cerrado; se abre a las nueve.
- Afuerino : (Mirando) ¿No es aquí dónde baila la María?
- José : ¿La conoce?
- Afuerino : De oídas nomás. ¿Es aquí?
- José : Sí; pero todavía está cerrado.
- Afuerino : No se ponga caldillo, pos amigazo, si no soy ná inspector: quiero pegarme un pencazo nomás. Toi más seco que coco e camello.
- José : ¿Y pa qué pregunta por la María entonces si quiere puro tomar?
- Afuerino : Dicen que muestra cosas buenas.
- José : Usted no ha sido nunca de la población, ¿de dónde viene?
- Afuerino : Cosa mía.
- José : ¿Anda arrancando?
- Afuerino : ¿Me va a vender o no?. Ya me muero de sé.
- José : Vaya pa donde el "Cariño Malo", ahí atienden por una puerta chica qu'está tapá con gangochos.
- Afuerino : No sé donde es; ya le dije que no soy de por aquí.
- José : ¿Y cómo llegó?
- Afuerino : Me vine en el avión que pasó recién: ¿no lo sintió?
- José : Sí, si lo sentí. Cuando pasó le dije a la María: "¿Siente?. Es el avión que tira basura". . . Pero creí que tiraban puros papeles.
- Afuerino : (Se para, va hacia la puerta) ¿Así que aquí abren a las nueve, amigo?
- José : Sí.
- Afuerino : (Yéndose) Hasta luego, entonces.
- José : Oiga . . .
- Afuerino : (Deteniéndose) ¿Qué le duele ahora?
- José : Me gustan las cosas derechas. ¿A qué vino?

- Afuerino** : Puta que's duro de cabeza: a tomarme un trago, ¿no le dije?
- José** : ¿Y si viene de tan lejos y no conoce a nadie, cómo sabe que aquí baila la María?
- Afuerino** : No sé. (Pausa) Creo que es por ser quien soy.
- José** : ¿Y quién es?
- Afuerino** : (Rápido) ¿Y usted?
- José** : José.
- Afuerino** : Mucho gusto. (Se va).
- José** : Chasqueado) ¡Ojalá te maten, desgraciao!

(Lo sigue con la mirada, confuso y enojado. Se levanta, se sirve otro vaso de vino; bebe; escuchando, mirando, el silencio y la oscuridad de afuera. Va hacia la cortada, golpea:)

- José** : Señora, María . . . ¿Está ahí?. (Silencio. Golpea más fuerte) ¡Está ahí!.
- María** : ¡Sí!. Déjeme tranquila.
- José** : No puedo, tengo que hacerle una pregunta.
- María** : Que pregunta.
- José** : Tiene que venir p'acá: quiero verle la cara cuando me conteste.
- María** : Ya voy. Espérese.
- José** : Si no viene al tiro me voy y no le arreglo ninguna lesera.
- María** : Váyase pues.
- José** : (Exasperado) ¡Pero que'stá haciendo: venga!.
- María** : (Entrando, exaltada) ¿Qué le pasa que grita tanto?. ¿Es casa suya esta?.
- José** : Chis, como no voy a alegar, si me tiene hablando solo como tonto aquí.
- María** : Yo no lo llamé, váyase al tiro si quiere.
- José** : (Señalando el tocadiscos) ¿Y esa cuestión?.
- María** : (Tomándolo) Déjelo así nomás; no faltará quien me lo arregle.
- José** : Claro, con esta multitud que tiene aquí, como no va a tener donde alegir. Déjelo ahí nomás, yo lo arreglo. (Se sienta a trabajar. Reflexivo) Pucha que's fregá la cuestión . . .
- María** : No es fregao, lo que pasa es que usted lo desarmó mucho.
- José** : No'stoy hablando d'este aparato: estoy pensando en la vida; vivir es algo muy grande pa nosotros, es como estar perdío al medio del mar, no hay de qué agarrarse . . . Recién, cuando usted entró gritoniándome, lo único que quise hacer fue sacarle la madre, tirar lejos esta cuestión y después irme a la cresta. Pero sigo aquí arreglando esta porquería y tratando de hacerme el amigo de usted. ¿Sabe por qué?: porque siento un ardor entre las piernas, por eso nomás.

- María** : Si le pasa eso y no tiene plata pa ir a una casa de putas, váyase a su pieza y siéntese en un balde de agua fría, no venga p'acá, no sea desgraciao.
- José** : ¿Ve cómo vivir es igual qu'estar perdió al medio del mar? Uno dice lo que siente y lo insultan.
- María** : Si no quiere que lo insulten no hable leseras.
- José** : No son leseras, mientras uno siga vivo por dentro hay cosas de las que no puede librarse, como comer, dormir o tirar, y por esas cosas . . .
- María** : Bueno, no me dé más explicaciones. Ustedes son todos iguales, exigen que una sea agua limpia hasta la muerte, pero lo único que hacen es ensuciarlos con sus porquerías. (Se aleja de él).
- José** : No se enoje, no se vaya. Recuerde que el cliente siempre tiene la razón.
- María** : No me voy. (Mira hacia afuera) Ya van a empezar a llegar los clientes de verdá, tengo que arreglar aquí.
- José** : ¿Clientes de verdá? ¿Y usted cree que yo le voy a pagar con hojas de lechuga?. (María no contesta. Se produce un silencio) Oiga . . . ¿y qué hacía tanto allá adentro?
- María** : Taba mirando por la ventana.
- José** : ¿Tóo este rato?. Por eso las viejas dicen que se lo pasa sapiando, cabréese alguna vez.
- María** : No miro basura, o sea la miro, pero no la veo: taba mirando la luna.
- José** : ¿Usté mirando la luna?. ¡Pucha, ahí sí que sacó trago! (Bebe) ¡Mirando la luna!
- María** : No sea guevón. Me tira ver del color que pone las cosas, lo que les hace, (Pausa) Pero la odio.
- José** : Chis, ¿cómo es eso?. ¿Si la odia por qué la mira?.
- María** : Porque hay cosas de las que una no puede librarse.
- José** : Claro. (Sigue trabajando). Que lástima, creí que andaba en la onda romántica, que se había vuelto mujer.
- María** : Mujer soy desde que me parieron. (Pausa. Haciendo cosas) ¿Qué quería preguntarme endenantes?
- José** : Ná; se me olvidó, me tramitó mucho. (Señala el vaso) Ponga otro. (Cuando María va a servir) ¿No tiene de uno mejor? Con ese se me soltaron tóos los dientes.
- María** : No, pero si tiene dientes podríos tome leche.
- José** : No ofenda a los clientes, como quiere que seamos amigos.
- María** : ¿Le sirvo o no?
- José** : Bueno, échele, total, pa morir nacimos. Si con dos . . .
- María** : Cuatro.
- José** : Pucha, no se le va ninguna; claro, si con cuatro me soltó los dientes, con este, o me voy cortao o quedo esterilizado pa siempre. (Mirándola fijo) Lo que no mata endurece. ¿Sabía eso usted?.

- María** : (Despectiva). Palabras. Y ni siquiera tuyas.
- José** : (Después de una breve pausa) Claro, palabras, leseras nomás. (Levanta el vaso en un brindis). Tengo ganas de irme a un lugar donde haya sol y libertad; tengo dos libros que no puedo leer, porque en uno sale el nombre de una mujer que me quiso mucho, y en el otro el nombre de una que no me quiso nunca; tengo una cama de una plaza y media, con el colchón hundido en el medio, un ropero, un velador con la cubierta llena de quemaduras de cigarro; tengo tres cajas repletas de platos, tazas y ollas, todo nuevecito, tengo miedo en un ojo, bronca en el otro y en el corazón una risa de mujer que no puedo hacer callar con nada; tengo una mesa, dos sillas, una caja con herramientas y un reloj que se paró hace más de doce años: todo eso le dejo de herencia si me muero con este veneno que me ha servido... ¡Salú! (Bebe).
- María** : Déjeselos a la que lo tiró de las patas.
- José** : (La mira extrañado; se para, va donde ella) Oiga... ¿me deja tocarla?
- María** : (Retrocede. Seca. Fiera) No.
- José** : No se asuste, es pa ver si está viva nomás. (Pausa) Es que... ¿Sabe?. Con ese discurso he dejao siempre a las mujeres con los ojos blancos de gusto. ¿Es cierto que no sintió que le corría una cosa limpiquita por dentro?, ¿algo así como cuando llega el agua a una tierra seca? (María no contesta) Pucha, entonces es verdad que no tenemos salvación; sin Dios y sin amor, donde vamos a ir a parar.
- María** : No hable d'esos dos, deje descansar a los muertos en paz.
- José** : ¿Qué le pasa ahora? Usted siempre anda de mala, pero hoy día está peor que nunca.
- María** : No sé. (Mira hacia afuera) Es ese silencio el que no me deja tranquila...
- José** : (Mirando también) Sí, es pesado, como que ahoga.
- María** : No se sienten ni perros siquiera.
- José** : Y usted esperando que la gente salga y venga p'acá...
- María** : Van a salir. Tienen que salir.
- José** : ¿No ve cómo está?. Si no fuera por la luna no se verían ni las manos.
- María** : Ya van a prender la luz; entonces van a salir.
- José** : Luz hay, lo que no hay son ampollitas: tan todas quebrás.
- María** : ¿Quebrás?. ¿Por qué hicieron eso?
- José** : No sé; tácticas.
- María** : Pucha, y yo tengo que atravesar todo eso pa ir a buscar al Camilo...

- José** : (Deja de mirar) ¿Por qué?. ¿Qué no lo tiene ahí cerca de la cancha?.
- María** : No, hace dos días que la Elba me avisó que no me lo iba a poder cuidar más.
- José** : ¿Por qué?.
- María** : No sé; dijo que al marío le habían dicho cosas, que se había enojao. Tuve que llevarlo a otra parte.
- José** : ¿Con cuántas le ha pasao lo mismo?.
- María** : Ya perdí la cuenta.
- José** : Aquí no la quieren, ¿por qué no se va?.
- María** : ¿Pa un lugar donde haya sol y libertá?. No, este es mi lugar, de aquí no me muevo.
- José** : Yo creo que esto (señala a su alrededor) también ayuda a que no la quieran; escogió el peor negocio que puede haber: a ninguna mujer le gusta que otra le muestre las presas a su marío; y menos si son mejores que las de ella.
- María** : Yo no escogí esto: el cuerpo es lo único que me queda pa defenderme. (Coge una piedra).
- José** : Chis, ¿me va a agarrar a peñascos?. Yo no le he hecho ná, son las viejas las que no la quieren.
- María** : (Sonriendo) No, no le voy a pegar (señala el "escenario"); voy a clavetiar esta porquería.
- José** : (Yendo hacia ella) Yo ló hago, déjeme a mí.
- María** : No, usted arrégleme el tocadiscos nomás. (Se pone a enderezar clavos).
- José** : (Camina, mira hacia afuera) Claro, es rara la luna . . . Y más cuando da encima de una población donde no se ve a nadie y tóos están callados adentro de las casas. (Pausa—se escucha sólo el golpetear de la piedra— Se vuelve hacia ella) ¿Usted querría mandarse una acostá conmigo?. Eso es lo que quería preguntarle endenantes cuando la llamé.
- María** : (Tensa) ¿Va a seguir con esa porquería?.
- José** : Es por intentar otra cosa; el cigárro me da angustia, y el vino me deja blando y angustiao.
- María** : ¿Por qué se atreve a proponerme eso?.
- José** : Ya se lo dije.
- María** : También dijo que yo tenía la carne muerta y el corazón cerrado.
- José** : Sí, pero una mujer no puede ser piedra toa la vida, la noche no perdona. (Pausa) Lo que me gusta de usted es esa porfía, esa terquedá de mula que tiene; entre otras cosas (señala) levantó sola esta cuestión.
- María** : No fue por mi gusto, fue porque nadie quiso ayudarme. Pero no me ha contestao lo que le pregunté: ¿por qué se atreve a preguntarme si quiero acostarme con usted?

- José** : No se ponga difícil, tiene que ser por lo que le he dicho; y por el aburrimiento, por el abandono; por esa lesera como de aplastamiento que nos agarra a veces.
- María** : No: usted se atreve a decirme eso porque me ve sola; me dice eso porque bailo pa los curaos y ve que me dicen groserías y me tiran agarrones: usted es un abusaor de mierda.
- José** : Esas son volauras suyas, cosas que le vienen del resentimiento. Yo no la quiero atropellar en ningún sentío, se me ocurrió que los podíamos ayudar; como si fuéramos dos personas que andan perdías en una ciudá muerta. No he pensao nada más; así que no se ofenda ni se vaya pa otro lao: dígame sí o no, y quedamos tan desgraciaos como antes.
- María** : No, ni aunque lo viera agonizando.
- José** : ¿Por qué?.
- María** : Porque usted no me gusta pa ná, porque no tengo ganas, y porque soy casá. ¿Le parece poco?.
- José** : No, no es poco. (Pausa. Vuelve al tocadiscos) ¿Así que's casá?.
- María** : (Digna) ¿Y cómo iba a tener un hijo entonces?.
- José** : Perdona, no sabía. Es que la he visto siempre sola. ¿Dónde está él?.
- María** : Vivo, no sé por donde andará; pero muerto está en cualquier parte donde yo esté.
- José** : No l'entiendo.
- María** : Ni falta que le hace. (Señala el tocadiscos) ¿Lo va poder arreglar?.
- José** : Sí, no se preocupe.
- María** : Es pa luego (Mira hacia afuera) . . . La gente ya va a empezar a llegar.
- José** : No creo: falta la pasá del helicóptero. (Pausa) A lo mejor ya le entendí: la dejé botá.
- María** : No, no entendió. (Golpea con más fuerzas) ¡Arregle luego esa cuestión!.
- José** : Si va a salir, no se aflija. Pero si no'stá no importa, total, los machucaos vienen aquí a verle el pellejo, no a escuchar música. (Mirándola) ¿Por qué no hace "striptis" total?, o sea, ¿por qué no se empelota entera?. Yo creo que ahí sí que tira p'arriba luego. ¿Lo ha hecho alguna vez?
- María** : No, nunca.
- José** : ¿Y cuándo bailaba en los Toples?.
- María** : (Molesta) ¿Quién le ha dicho que yo bailaba en los Toples?.
- José** : Bueno, en los tiatros entonces.
- María** : Tampoco he bailao nunca en ningún tiatro.
- José** : Chis, ¿y aónde bailaba entonces?. ¿En las iglesias?.

- María** : Antes de ahora nunca bailé pa nadie, ni pa mí.
- José** : ¿O sea que empezó aquí?.
- María** : Sí, la necesidá.
- José** : ¿Y qué habría hecho si hubiera sólo fea y guatona?.
- María** : Di'hambre no me iba a morir.
- José** : Yo creo que sí, usted no tiene carácter pa pedir; y ahora no hay trabajo ni piedá pa nadie.
- María** : Pior de lo que me ha ido no me podría haber ido ni aunque estuviera en el infierno.
- José** : ¿Qué le pasó?.
- María** : ¡Pucha qué's preguntón usted!. (Clava, golpea, golpea).
- José** : ¿Le pareció mal?. Si no le gusta que le pregunten cosas no se ponga a conversar po, adonde ha visto una conversa sin preguntas.
- María** : ¿Y cuándo estoy conversando con usted yo?.
- José** : ¿Cómo que no?. ¿Así que eso de que ya nadie le quiere cuidar al niño, y de que's casá, y eso de que no había bailao nunca antes, me lo contó mi mamá?.
- María** : (Tratando de protestar) ¡Pero es que usted . . . !
- José** : No, si no saca ná con meterme conversa, ya no le voy a contestar más: m'enojé.
- María** : ¡Pucha, usted si que es fresco! (José se pone a silbar desaprensivamente). Viene aquí cuando todavía no pienso abrir, me echa a perder el tocadiscos, pa quedarse arreglándolo; me fuma los cigarros, me toma el vino, se mete en mi vida privada y después se hace el enojao; pucha, cualquiera que los viera pensaría que hay algo entre los dos, ¿eso es lo que quiere?. (José sigue silbando sin mirarla) A usted l'estoy hablando. ¡A usted le digo! . . . No sea tonto, conmigo no le va resultar ninguna cosa, yo ya estoy afuera de todo eso; sé que soy desagradable, que soy amargada y grosera, pero cada uno sabe donde le aprieta el zapato . . . Yo nunca le dije a nadie que quería ser persona, nadie me consultó, me parieron y me tiraron a vivir al medio de la brutalidá, no pueden exigirme . . . ¡Déjese de silbar, l'estoy hablando!. (José sigue silbando) Yo no puedo prohibirle la entrá a nadie aquí, este es un negocio . . . Pero no me gustaría que agarrara de venir todos los días; no es por la gente, no me importa lo que hablen, es porque no quiero que se haga ninguna ilusión conmigo: aunque viviera cien años no podría sentir ná por usted. (Pausa) ¡Pero contésterme pues!.
- José** : ¿Duele, ah? Duele que lo dejen hablando solo a uno. (Pausa breve) ¿Sabe?, quiero aclararle dos cosas (María vuelve a ponerse a trabajar en el "escenario" desatendiéndose ostensiblemente de él): Primero, que no le he fumao los ci-

garros ni le he tomao el vino gratis: se los voy a pagar. Y lo segundo es que en ningún momento yo le he hablaao de amor, las mujeres y los pueblos siempre terminan asesinando al que las ama. (Pausa) ¿Conoce el mar usted?. ¿Se ha parao al frente alguna vez y se ha quedao mirándolo? . . .

~~La perra de los ojos azules~~ que me dejó bótao con los platos y las ollas comprás, vivía cerca del mar. Yo iba a verla, y como no'staba, como nunca'staba, me quedaba mirándolo. Cuando uno ve esa inmensidá viva, esa cosa que respira por debajo y mira con ojos que no terminan nunca, uno siente que le va entrando dia poco un miedo raro en el corazón; un miedo más grande y más helao qu'el miedo a la muerte: el miedo a la vida . . . Es como si de repente uno se diera cuenta de que tóo lo que ha hecho y lo que puede hacer, no sirve de ná; las cosas son muy grandes pa uno, muy grandes . . . ¿M'está oyendo?. Diga algo po, conteste. ¿Es cierto lo que digo, o es esta inseguridá qu'estamos viviendo la que los transformó, la que no los deja creer en ná?. (Pausa breve. Reflexivo) Pucha, pero sea como sea, es lo mismo nomás po: nacimos condenados al fracaso; porque si fue el Malo el que los cambió la vida, es señal de que en nosotros no había ná que fuera capaz de oponerse a lo maldito . . . Es lo mismo nomás . . . (María ha terminado de arreglar, sube al "escenario"; prueba la resistencia de las tablas, en unos lentos pasos de baile; mira hacia afuera, canturrea; el baile va adquiriendo fuerza y forma. José la mira interesado, se va animando) Eso . . . Claro, eso es. ¡Baile, baile, María!. (Se levanta, va hacia ella, se pone

a bailar y a cantar, con una especie de rabia, de terror, de frenesí; es un baile desgarrado y loco, que se va transformando casi en alegría; bailan, bailan. Luego:) ¿Eso es María, no los echemos a morir, no dejemos que los maten!.

- María** : (Sentándose, agitada por el baile) ¿Qué los mate quién?
José : No sé po, las porquerías que tenemos adentro. (Señala hacia afuera) O esos que tiran papeles.
María : Ah, esos. (Se para).
José : ¿Pa dónde va ahora?.
María : Tengo que arreglarme un poco; ya va siendo la hora.
José : ¿Por qué se corre siempre que uno habla de Ellos?. ¿Qué le pasó?.
María : Ná, qué va a pasarme; yo no sé d'esas cosas: yo tengo un hijo que cuidar.
José : (Yendo hacia la mesa) No es na eso. Yo tengo bien estudiá la cuestión (se sienta, coge el vaso); pelean los que tienen amor, al que no siente amor por algo o por alguien, no le importa lo que pase. El Malo los tiene fregaos porque so-

mos un pueblo de amistá grande y amores chicos, y la amistá no da pa peliar a muerte.

- María** : Por lo que he oído usted tampoco tiene a nadie ahora.
José : Claro, debe ser por eso que abro el hocico, pero que en realidad no me meto en ná. ¡Salú!. (Bebe). Ponga el otro.
- María** : Van cinco ya.
José : No se haga problemas, no levoy a pedir ná fiao, ya se lo dije.
María : (Yéndose) No, si yo le digo nomás. Sírvase usted mismo.
José : Oiga . . .
María : (Molesta) Pero que quiere pues.
José : Endenantes vinieron a verla.
María : (Alterada) ¿Quién?. ¿Cómo era?.
José : No se asuste, no era uno de esos que los andan protegiendo. Pa mí que . . .
- María** : ¿No dijo el nombre?. ¿Cómo era!.
José : Moreno, pelúo, medio tristón; y patúo como él solo.
María : (Su interés decrece) ¿Moreno? ¿Tá seguro?.
José : Sí, moreno, triste, pelúo y patúo.
María : ¿Cómo iba a ser triste y patúo?. Los tristes son callaos, tranquilos.
- José** : Bueno, pero este no era sí po: casi los agarramos a charchazos.
- María** : ¿Por qué?.
José : Porque era confianzúo, ¿no l'están diciendo?. Pero no se preocupe, la buscaba de oídas nomás, no la conocía. Pa mí que lo habían noticiao de que aquí pasaba algo bueno en la noche y venía a verle la cuerá. Debe haber creído que usted era una d'esas que muestran hasta la marca de fábrica.
- María** : ¿Y por qué no me llamó?. Yo sentí hablar a alguien, pero creí que andaba preguntando por una dirección. No me corretee los clientes po, yo no le he dao ninguna autoridad.
- José** : No se haga mala sangre, si va volver. Algo le ví en los ojos.
María : (Asustada) ¿No sería inspector?.
José : No, andaba muy torrante. Y no era disfraz, eso sí que se le notaba de lejos. (Manipula en el tocadiscos) Bueno pues, vaya a estucarse, ¿qué no' estaba tan apurá?. (La mira) Pucha, quedó más asustá que perro en bote.
- María** : (Vacilante) No . . . no es nada: es el tiempo; ahora lo primero que se siente cuando a una la busca alguien es miedo.
- José** : Claro, es que ya no los usan a nosotros pa puro hacer los trabajos pesaos, si no que también los usan pa pagar las culpas.
- María** : Sí, eso debe ser. (Se va. Devolviéndose) Si viene gente no me la corretee po; esta semana me toca comprarle la leche al Camilo, y voy re mal. (Entra a su "pieza").
- José** : ¿O sea qué el hombrón no le manda ni pa la leche del cabro?.

- María** : No. (Pausa) Pero no se haga el que se extraña, usted sería igual.
- José** : No, yo soy muy débil pa eso: a mí me agarra el remordimiento por cualquier cosa y me saca la cresta, es a usted a la que no le entran balas. . . A veces pareciera que no quiere ni a su hijo.
- María** : (Herida) ¡No sea desgraciao!
- José** : Digo lo que veo, la boca puede mentir, pero los ojos no. ¿Le zapatiaron la nuca?. (Silencio) ¿Qué le pasó?. Pucha, ya se quedó mirando la luna otra vez. Tenga cuidao, a lo mejor es por eso que se está convirtiendo en loba. (Tampoco obtiene respuesta; se encoge de hombros. Después de un breve instante da por terminado su trabajo) Parece que estamos listos. (Hacia el otro lado) Tese prepará pa salir arrancando, mire que voy a probar esta guarifaifa. (Lleva, y pone el tocadiscos sobre un cajón que hay a un costado del "escenario". Lo enchufa. No funciona, cambia el enchufe de lado; rezonga, insiste: no hay caso).

(Aparece el hombre que no quiso atender antes. Trae una bolsa llena de papeles arrugados en cada mano. Desde la entrada:).

- Afuertino** : ¿Tiene problemas con la orquesta, amigo?.
- José** : (Sin mirarlo) Más o menos.
- Afuertino** : ¿L'echo una mano?. Algo entiendo d'eso.
- José** : No, gracias.
- Afuertino** : (Entra, acomoda las bolsas en un rincón) No encontré la parte que me dijo: tá tóo cerrao. ¿Qué pasó?. ¿Ta muy dura la repre por estos laos?.
- José** : Como en todas partes nomás. (Lo mira, señala) ¿Qué trae ahí?.
- Afuertino** : Papeles. Aproveché el tiempo pa cooperar en algo. ¿Tiran en toa la ciudá o en las puras poblaciones?.
- José** : En toa la ciudá. (Señala las bolsas) ¿Dicen lo mismo de antes?.
- Afuertino** : No sé lo que decían antes. (Saca uno) Estos dicen: "Queda Estrictamente Prohibido". (Se sienta).
- José** : Ah, dicen lo mismo todavía. No se siente: tiene que pagar entrá.
- Afuertino** : ¿Entrá?.
- José** : Claro, aquí hay que pagar entrá pa entrar.
- Afuertino** : ¿Y cómo no dijo endenantes?.
- José** : Endenantes no'staba abierto.
- Afuertino** : (Reflexivo, para sí) Pucha que's raro esto . . .

- José** : ¿Qué le parece tan raro?
- Afuertino** : No, es que usted no tiene cara de loco, pero hay que ser
harto desquiciao pa cobrar entrá en una piojera como esta.
- José** : Más desquiciao hay que ser pa venir a pagar por ver la des-
gracia de una persona.
- Afuertino** : Buena esa, compadre, revela una gran sensibilidad. Pero yo
sé otra mejor: no tiene la culpa el chanco, sino el que le
da el afrecho. (Ríe señalándolo con el dedo) ¡Lo fregué,
lo fregué!. (Súbitamente golpea sobre la mesa con violen-
cia) ¡Y no me mosquee más, yo no vengo a discutir con
cafiches, vengo a otra cosa!
- (Entra María, rápidamente. Ha cambiado de ropa y peina-
do).
- María** : (Enojada) ¿Qué pasa aquí, qué bulla es esta!
- José** : Este loco no quiere pagar la entrá.
- Afuertino** : ¿Usted es la dueña?
- María** : Sí.
- Afuertino** : ¿Desde cuándo hay que pagar entrá pa tomarse un trago?
- José** : La entrá no es por el trago, es por el espectáculo, cómo no
las va parar.
- María** : Claro, es por el baile que hago yo. En toas partes se cobra
entrá cuando se presenta un espectáculo.
- Afuertino** : (Flexible) Explicao así está bien. Si lo que pasa es que su
compañero es muy pasao pa la punta.
- María** : Yo no tengo compañero, él es un cliente.
- Afuertino** : ¡Y por qué está tan enojao entonces?
- María** : No sé po, ¿no le digo que no es mi compañero?
- Afuertino** : (A José) No entiendo su enojo conmigo, compadre. O sea,
algo cacho: pero creo que se apura mucho.
- María** : ¿Qué se va a servir?
- Afuertino** : Un tinto. ¿Cuánto vale la entrá?
- María** : Veinte pesos. Es pa reponer el material de trabajo; o sea
que a veces me quiebran los vasos o se rompe una banca.
- Afuertino** : Claro, si está bien; me lo agrega a la pedía. (A José) ¿Se sir-
ve algo, amigo?
- José** : No, gracias (yendo a su mesa): aquí tengo el mío.
- Afuertino** : (Señalando el tocadiscos) Esas cuestiones tan antiguas tie-
nen un cable muy cabrón: es uno delgaíto que va debajo
del de las revoluciones. ¿Lo vio si estaba despegao? A veces
ni se nota.
- José** : Se llama cable de conducción: ta bueno.
- Afuertino** : Entonces puede ser el del parlante. ¿Se lo veo?
- María** : (Sirviéndole) Claro, véalo nomás, porque ya va siendo la
hora, y sin música no pasa ná.

- Afuertino** : (Mira a José, como pidiéndole autorización; este se encoge de hombros) Lo veímos entonces. (Levanta el vaso) Pero antes hay que echarle un poco de aceite a la máquina humana.
- María** : Oiga . . .
- Afuertino** : (Con el vaso levantado) ¿Sí?.
- María** : Parece que cuando estaban alegando, le escuché decir que venía a algo.
- Afuertino** : (Baja el vaso) Ah, claro, le traigo una noticia re buena. Me dijeron què viniera y le gritara algunas palabras: "Anda y grítale estas palabras en la cara". Así me dijeron.
- María** : ¿Quién le dijo eso?. ¿Qué palabras tiene que decirme?.
- Afuertino** : Antes sepa que la buena nueva que le traigo va a dolerle como patá en los riñones, y la boca le va quedar amarga como el ajenjo durante mucho tiempo: parir caminos duele más que parir hijos.
- José** : Pucha, aquí sí que quedamos bien: loco y evangélico: ahora sí que el negocio va a quedar quemao pa siempre.
- Afuertino** : (A María) ¿Qué tiene contra la religión ese fariseo de bolsillo?.
- José** : Contra la religión no sé. Pero hubo un tiempo que yo me juntaba toos los domingos con los evangélicos, hasta que un día el Señor me perdonó. Desde entonces que les agarré bronca.
- María** : No le haga caso. Siga, ¿qué tiene que decirme?.. ¿Quién le dio mi dirección?.
- Afuertino** : Me costó un siglo encontrarla, el único dato que tenía era que vivía por este sector; pero no hay quien pase por las calles de esta ciudad sanguinaria, no hay ni uno solo a quien preguntarle. (Mira hacia afuera) ¿Estarán temblando y gimiendo o estarán fabricando alguna esperanza? Sería terrible que estuvieran escondíos solamente, ¿quién despertaría al pueblo entonces?.
- María** : ¡Hable de lo que tiene que hablar!.
- Afuertino** : Si al pueblo no lo despierta su propia voz, no lo despierta nadie.
- María** : ¡Déjese de tonterías: hable!.
- Afuertino** : (Señalándola) ¡Llama a los dioses que te hiciste para que te ayudaran a ocultarte de la verdá, llámalos, porque los voy a aplastar como a cucarachas!.
- María** : Déjese de hablar leseras y dígame de una vez a qué vino!.
- José** : No le hagas caso, ta puro loquiando.
- María** : ¡Usté no se meta en esto!.
- José** : Pero cómo no las va a parar que . . .
- María** : ¡Le dije que no se metiera!.
- José** : (Serio) Bueno, pero no me grite así po.

- María** : Yo le grito como quiero: ¡déjeme tranquila, váyase de aquí!.
- José** : (Parándose, enojado) ¿A quién venís a tratar así?. Chis, ¿ya te habían dicho qu'eraí bonita, loca desgraciá?.
- Afuerino** : (Se para, estrella violentamente el vaso contra el suelo) ¡Cállense, yo no vine a ver peleas entre animales de la misma camada!. ¡Rodeados por el terror se vuelven contra ustedes mismos y se despedazan como cerdos endemoniados, qué es lo que puede hacerlos recapacitar, malditos, qué es!. (Se produce un silencio, que es más perplejidad que temor por parte de María y José) Perdonen . . . no quise hacer eso . . . Es el cansancio, es el ver y escuchar siempre lo mismo. Pago tóo, pago tóo, señora, no se preocupe . . . (Se deja caer sobre la banca) ¿Puede ponerme otro? . . . Tengo tanta sé . . .
- María** : (Lo mira un instante en silencio) A usted lo andan persiguiendo.
- Afuerino** : Sí.
- (María busca a José con la mirada, como pidiéndole ayuda, como consultándole).
- José** : ¿Tiene una escoba pa ayudarle a barrer los vidrios?.
- María** : (Reiterándose) ¡Lo andan siguiendo!.
- José** : Si le oí. No es ninguna novedá.
- María** : ¡Pero es peligroso!.
- José** : Claro, pero esa tampoco es ninguna novedá,
- María** : Yo . . . yo tengo que ver por el Camilo, usted sabe.
- José** : ¿Quiere que vaya a avisarles A Los Que Te Dije, pa que vengan a buscarlo?.
- María** : No sea tonto, yo no he dicho eso.
- José** : Entonces no se preocupe más y atiéndalo po. ¿Dónde'stá la escoba?.
- María** : Ahí detrás del escenario. (Al Afuerino) Va a tener que irse, no puedo atenderlo.
- José** : Parece que es su día de suerte, gancho.
- Afuerino** : Sí, así parece. (Se dispone a irse).
- María** : Tiene que pagarme el vaso que quebró.
- Afuerino** : Claro, no hay problema. ¿Cuánto es?.
- José** : (Barriendo) ¿Por qué no aprovecha de pegarle una patá en el hocico pa que se vaya más contento?. Se pasó pa ser despiadá. Eh, taita, tómese el resto mío, pa que no la pierda toa.
- Afuerino** : Gracias. (Coge el vaso).
- María** : ¿Puedo preguntarle qué's lo que tenía que decirme antes que se vaya?.
- Afuerino** : Claro. (Tranquilamente) Murió.

- María** : ¿Murió? . . . ¿Quién?
Afuertino : El.
María : ¡Quién es él!.
- Afuertino** : (Levanta el vaso) ¡Salú, por lo muerto y por los muertos!. (Bebe, queda tenso; exagerados gestos de dolor) ¡Con razón andan todos fondíaos en esta población, bruja maldita: quién va querer arriesgarse a que le caiga una gota d'este veneno en el hocico!.
- José** : Claro, si yo le he dicho como cien veces que le eche un poco de vino a esa porquería, pero no hace caso.
- María** : ¡Déjese de payasadas: quién murió!.
- Afuertino** : (Tomándose la garganta con las dos manos) ¡Confesión, confesión!.
- José** : (Yendo hacia él) Pucha, parece que's cierto que lo pilló muy débil el wisqui de la casa.
- Afuertino** : (Aferrándose aparatosamente de una mesa) Antes de morir . . . quiero . . . quiero . . . darle la buena . . . nueva: su hombre . . . murió la otra semana . . . (Cae al suelo).
- María** : (Descompuesta) ¡Bernardo! . . .

El mismo escenario, con algunos cambios en la ubicación de las mesas y bancas. José, precariamente encaramado, arregla las luces del "escenario"; El Afuertino, escribe un letrero a mano alzada sobre una de las mesas; empleando un pedazo de papel café usado. María, sentada en un rincón, ajena, sombría.

- Afuertino** : (Canta, mientras escribe, vigilando a José de cuando en cuando).
- (1) El amor es un camino
 que se recorre hasta el fin.
 Yo conozco caminantes
 que no debieron partir.
 Yo conozco caminantes
 que no debieron partir.
 Abre tu vida a la mía
 como la tierra al arado,
 abre tu vida a la mía
 como la tierra al arado;
 que si te duelen los surcos
 las semillas han brotado,,
 las semi . . . (Calla, va donde José). No, compadrito, bájese

(1) Esta canción pertenece a Isabel Parra

de ahí; esa luz tiene que brotar desde la izquierda. Y no me la tire tan alta: tamos trabajando el contraluz, ¿entiende?. O sea, tenemos que crear una atmósfera. Aquí no se trata de avivarle la pura cueca del sexo al público, sino de sacudirle el corazón también: este no es un circo, compadre, es una realidad espantosa; por eso tenemos que dejar en claro lo que hay detrás del baile de María, toa esa maldá y esa locura en la que estamos metíos, ¿se va ubicando?.

- José** : Claro, o sea que los vamos por el sexo y llegamos al corazón.
- Afuertino** : (Inseguro) Podría ser. Pero lo que tiene que quedar en claro, es la lucha que s'está dando aquí, eso es muy importante, porque luchar es la única forma de mantenerse puro que conozco.
- José** : Eso depende del lao donde uno pelee, pos compadre.
- Afuertino** : No se me ponga dialéctico po.
- José** : ¿Qué's eso?.
- Afuertino** : Son más o menos los que están perfectamente de acuerdo con uno en algo, pero no'stán de acuerdo en cómo uno está de acuerdo.
- José** : O sea que m'está diciendo hinchapelotas.
- Afuertino** : No, le dije dialéctico. Bueno, pero démole a la pega también, los tamos yendo en pura conversa. Y yo tengo que hacer el letrero todavía.
- José** : Es que no sé lo que quiere hacer po: primero dice que tenemos que hacer una cosa alegre y después sale conque tenemos que dejar pensando en la injusticia a la gente. ¿Cómo voy hacer eso?.
- Afuertino** : Con la atmósfera, pos compadre, con la atmósfera; la atmósfera es el alma de tóo espectáculo. Así que trabájeme las luces como yo l'estoy diciendo y vamos a quedar flor.
- José** : Ah, ya, listo nomás. (Dirigiendo una de las ampolletas) Póngase ahí. (Señala un lugar del "escenario").
- Afuertino** : ¿Pa qué?.
- José** : ¿Cómo pa qué?. Pa tomarle la media po, pa dirigir la luz. ¿No dijo que cuando ella moviera la carrocería, tenían que quedarle alumbrás las puras caderas?.
- Afuertino** : La cara, compadre. Cuando ella le ponga color con las caderas, tenemos que alumbrarle el caracho: el público tiene que ver una cara como la de ellos, una cara desesperá y triste, y tiene que ver al mismo tiempo que la dueña d'esa cara está moviendo y ofreciendo el cuerpo desnúo: eso es el contraste, lo que da el chancacazo al corazón. Mire (sube al "escenario"). Ella va salir de por aquí, con la música sonando, pero a oscuras . . .
- José** : Chis, ¿usté cree que si sale en pelota y a oscuras va terminar viva la función?. La pescan los viejos y la dejan más desguañangá que jubilé de la Carlina.

- Afuerino** : ¿Son bravos?.
- José** : Necesitao; son pocas las mujeres que aguantan al hombre en la cama cuando falla el billete.
- Afuerino** : ¿Y el amor?.
- José** : Ahora no hay amor: hay orden, respeto y tranquilidad.
- Afuerino** : Tá equivocao, si cae el amor, cae el hombre; y yo le he visto de pie todavía, asustao, pero de pie.
- José** : ¿Bonita esa, ah?. Yo mi'acuerdo de otra re buena: vamos bien, mañana mejor.
- Afuerino** : No sea masoquista. La cara. (Señala la ampollita que está poniendo José) No se olvide de la cara, ta dejando muy baja esa luz.
- José** : Tá bien así (señala a María) ella es más chica que usté. (Viendo que "El Afuerino" se retira) No se salga de ahí po.
- Afuerino** : Siga nomás, yo tengo que hacer el letrero.
- José** : Bueno, ya que va p'allá aproveche de pasarme el vaso.
- Afuerino** : Yo no soy el que atiende: es ella. (Se pone a trabajar).
- José** : Pásemelo, no sea vaca. Ella no quiere ná con nosotros (mirándola) Pucha que la dejó triste.
- Afuerino** : Que se muera. Yo quiero ayudar, no consolar; ya hemos llorao mucho, y la verdá está debajo de la espuma.
- José** : ¿Por qué le gusta ayudar?. ¿Se cree Jesucristo?.
- Afuerino** : Usté también está ayudando.
- José** : Es distinto . . . Es muy distinto. Si ella hubiera sío vieja y fea yo no habría venío nunca p'acá, ni estaría ayudándole ahora, y me da la idea de que a usté no le importa eso, qu' estaría igual aquí si ella arrastrara las patas y fuera hedionda.
- Afuerino** : No esté tan seguro de eso. A lo mejor yo también estoy aquí porque se lo quiero mandar a guardar.
- José** : No creo.
- Afuerino** : ¿Por qué?. ¿Por qué no puedo ser igual que usté?. ¿Por qué no puedo ser tan repulsivo como una de esas alimañas que atacan a los de su misma especie por un mendrugo de cualquier cosa que les permita seguir sobreviviendo?.
- José** : (Serio) ¿Esa es una pachotá?. ¿M'está tratando de alimaña?.
- Afuerino** : El Malo no ha baldiao a este país de hambre y horror sólo porque sea ambicioso o torpe de mollera, lo ha hecho porque sabe que con esto divide y hace retroceder a la gente al tiempo de la barbarie.
- José** : (Se baja) No se me corra: le pregunté si tiene algo contra mí.
- Afuerino** : Si tiene oídos, oiga po ñor, no se haga el leso. (Deja de escribir) A mucha gente ya se l'está haciendo tarde. (Mira hacia afuera) Como al Amarrao . . .
- José** : (Agresivo) ¿Quién es ese güevón?.

- Afuerino** : Un hombre que encontré una vez amarrado a un poste. No sé cuánto tiempo llevaba ahí, pero entre el miedo y la rabia ya le habían empujado los ojos p'ajuera y le habían llenado la boca de espuma. Gritaba y forcejaba como salvaje, la piel de las muñecas se le había roto, y como estaba casi colgado, la sangre le corría p'abajo por los brazos y lo estaba manchando entero; más que lástima o indignación ese pobre cristiano hecho una sola masa de sangre, miedo y espuma, producía asco. Pero como yo soy tirado con honda pa eso de la solidaridad, me le acerqué y me puse hacerle empeño a desatarlo; mientras tanto, con el rastrojo de voz que le quedaba me contó que no conocía a los que lo habían amarrado. "Yo iba tranquilo pa mi trabajo —decía—, había boche, pero yo no me metí". Lo que más le extrañaba era que las personas que lo habían atacado eran personas que había visto siempre en su recorrido pa ir y volver del trabajo, gente sencilla, gente pobre. "¡Taba hasta el ciego que vende diarios!", decía asombrado, "¡Y yo nunca me he metido en ná, se lo juro: nunca!. Eso era lo que repetía con más insistencia. Y cuando me contó pedazos de su vida, vi que era cierto: él era un espejo, un lago, una piedra. Entonces le dirigí una de mis miradas más profundas y me retiré: hubiera sólo inútil desatarlo, el tiempo que le quedaba pa vivir no le alcanzaba pa salvarse. (Aviesamente) Si pos, compadre, se equivocan los que creen que tienen tóo el tiempo del mundo por delante pa arrepentirse y salvarse, ¡se equivocan medio a medio!. (Abruptamente, a María) ¡Anímese, ñora: yo no me prometí que le iba a poner amargura en el corazón, me prometí que iba a venir a dejárselo limpio y entero, porque un corazón en sombras no es un corazón!.
- María** : (Sin mirarlo) Usté no tiene ná que hacer conmigo; tóo lo que dijo endenantes era verdad, pero yo no lo conozco: no se meta más en mis cosas.
- Afuerino** : Que más quisiera yo que no andar metiéndome en la vida de nadie... Pero donde va el buey que no are. (Bebe). Además que a usté la entiendo más que la cresta, porque le tocó sufrir la misma tragedia que a mi madre.
- José** : ¿Cuál tragedia?. (Duro) ¿La vieja de su madre también tenía que bailar en pelota pa poder matar el hambre?.
- Afuerino** : No, ella pasaba helá. Siempre que mi viejo se quedaba mirándome, ella se heleba entera. ¿Sabe por qué?, porque nunca sabía si él se iba a decidir a darme un abrazo o si me iba a agarrar de las patas y me iba a estrellar contra la muralla.
- José** : Ah, pucha, ¿y por qué?.
- Afuerino** : Digamos que no se acordaba de cuándo me había fabricado.

- María** : (Casi asustada) ¿Por qué sabe tanto?. ¿Quién es usted?
- Afuerino** : Soy un vino que se muere de sé; eso nomás. (A José) Bueno, ¿cómo le ponimos?
- José** : (A María) ¿Cómo le ponimos?
- María** : No hagan ná eso, las viejas se van a anojarse más. (Mira hacia afuera) Y también que va a empezar a llegar la gente . . .
- José** : No, en eso tiene razón el hombre: sin propaganda no pasa ná. (Señala a su alrededor) ¿No'stá viendo?. (Yendo a mirar lo que ha escrito El Afuerino) A ver, ¿qué tiene?
- Afuerino** : (Mostrándole) Esto nomás (lee) "¡Atención, atención: vea hoy y tóos los días a la sensacional reina de . . ." Ahí es donde le falta. ¿Reina de qué le podríamos poner?
- José** : (Piensa un momento) "Reina de la Cumbia" po.
- Afuerino** : No, ya hay como veinte mil reinas de la cumbia.
- José** : ¿Y sería cargarse mucho a la política ponerle "Reina del Hambre"?
- Afuerino** : Póngase serio po, con ese nombre habría que ser masoquista pa venir a verla.
- José** : Entonces pongámole "Reina del Amanecer", así se llama esta población.
- Afuerino** : No, tampoco, ese parece nombre de barco. Además no tiene ná que ver con el enpelotamiento.
- José** : ¿Cómo que no? ¿Qué no andamos tóos en pelota en el amanecer? Calza por donde lo mire.
- Afuerino** : Pucha, entiéndame, tiene que ser un nombre más . . . como le dijera . . . Más calentón, pero sin ser grosero.
- José** : ¿Algo así como "La Lujuria que baila"?
- Afuerino** : Claro, por ahí va la cosa. Pero tiene que ser algo más sencillo, porque por aquí pueden creer que la Lujuria es alguna cuestión pa lavar la ropa.
- José** : No se pase, aquí tóos sabemos leer y escribir: ¿no vio los rayos en las murallas.
- Afuerino** : Sí, si los ví. (Pausa. Mira hacia afuera) Terror por terror; con la vara que mides serás medío.
- José** : ¿Por qué dice eso? (Agresivo) ¿Los está echando la culpa a nosotros de lo que pasa?
- Afuerino** : No sea bruto, me refiero al Malo: va a cosechar lo que sembró; con ese silencio que impuso se amarró solito la soga al cuello.
- José** : El bruto es usted, este no es un paro, la gente no sale porque tiene miedo.
- Afuerino** : No esté ran seguro d'eso. Donde las dan las toman, compadrito, el pueblo no es naíta e lesa. Lo convidó a un trago pa celebrar..
- José** : Chis, todavía no tiene la vaca y ya s'está tomando la leche.

- Afuerino** : (Tocándose corazón y sien) Fe y pensaera, compadre. Y siempre, siempre, el corazón abierto a la vida.
- José** : No se las venga ná a dar de alegre y avispao conmigo, lo tengo cachao qu'es más triste que'l paseo de los huerfanitos. Si no fuera por . . .
- María** : ¿Cómo es ella?
- Afuerino** : ¿Quién?
- María** : Ella po. La que se casó con el Berna.
- José** : No piense más en eso; como dijo el hombre aquí, si la olvidó es que murió: no se acuerde más d'él. (Al Afuerino) Claro que usted tiene una manera re rara de dar las noticias. ¿Por qué le dijo que se había muerto?. ¿Por qué no le dijo que se había casao nomás?.
- Afuerino** : Yo creo que fui genial, piénselo bien y verá la extraordinaria mezcla de sabiduría, astucia, bondad y firmeza conque le dije que lo había perdido pa siempre jamás.
- María** : Pero está equivocao: a él no lo perdí ahora, lo perdí hace más de un año; lo que perdí ahora es algo mucho más grande qu'él: lo que usted me vino a decir significa que todo eso por lo que yo lo quería no existía . . . Me engañó él, me engañó Dios y me engañó la vida.
- Afuerino** : A Dios no lo culpe; está luchando las veinticuatro horas del día por sacarle de la cabeza las ideas fascistas al Papa y a sus amigos dictadores.
- José** : No lesee, ella está hablando en serio.
- Afuerino** : Yo también. Lo que pasa es que soy un optimista trágico, por eso no me entiende. (Golpeándose la frente) ¡Ya lo tengo!: ¡Reina del Amor de Medianoche!, así le vamos a poner; escuche: “¡Atención, atención, venga a ver hoy y tóos los días a la sensacional “Reina del Amor de Medianoche”!. ¿Cómo queda?.
- José** : Flor po. (A María) ¿Qué le parece?.
- María** : (Casi ida) Cura maldito, usted no sabe nada de mí. (Mira hacia la pieza. Rabia, pena:) ¡Cresta madre, venir a morir-se tóo justo ahora que hay luna! . . . (Se para,, señala la entrada) Ahí fue donde murió.
- José** : No siga. (Al “Afuerino”, por el letrero) Démole con esto nomás.
- Afuerino** : ¿Le pasó algo pareció?.
- José** : Chis, ¿la va agarrar conmigo?. Cabréese, nosotros no queremos hablar, es usted el bueno p'al chamullo.
- Afuerino** : No sea mentiroso. Lo oí cuando gritaba que no había venido a arreglar porquerías, que lo que quería era conversar; y la vi a ella cuando hablaba con la luna.
- María** : ¿Y usted qué's lo que quiere?.
- Afuerino** : Descansar. Pero no hay salía pa mí.

- José** : ¿Qué hizo?. ¿Por qué lo andan persiguiendo?.
- Afuertino** : Porque con esta facha que usted me ve, soy la voz y el pan del pueblo.
- José** : (Desentendiéndose de él) Con razón andamos tan hambriáos entonces.
- Afuertino** : No sea roto, tamos hablando en serio.
- José** : Qué va hablar en serio usted, le gusta la del burro nomás: cuando le preguntan algo se corre.
- Afuertino** : Los tengo cachaos, ustedes viven amargaos por la soledá; pero no piensan en lo que hacen.
- María** : ¿Qué hacemos?.
- Afuertino** : Agarraron un fierro y se escondieron dentro de ustedes mismos. ¿Quién se les va a acercar?. (Bebe) Usted es una casa que tiene un letrero en la puerta que dice: "Clausurada por tristeza", (señala a José) así como en la de ese hay uno que dice "Clausurada por Rencor".
- José** : ¿Y en la suya?.
- Afuertino** : En mi casa no hay puertas. (A María) Ponga más vino, por favor.
- María** : (Yendo a servir) Es fácil hablar cuando las cosas no le pasan a uno. ¿Qué sabe de mí?. ¿Qué mierdas sabe de mí?. Lo que le han contaó; pero d'esto (se toca el pecho) ¿Qué sabe d'esto?.
- Afuertino** : Que ahí tiene caminos que no ha recorrió hasta el final.
- María** : (Se sirve, bebe) Hay dos caminos nomás, cura: el del amor y el del odio. En el del amor me atajaron en la mitá, pero el del odio lo recorrí entero. (Despectiva) Casa, casa. Yo no soy una casa, antes era; tenía muchas puertas abiertas, muchos patios, pero todo eso se fue a las mismas re crestas . . . Y fue el mismo que juraba quererme y defenderme el que me hizo tiras, el que me echó todo abajo . . . ¿Qué quieren?. ¿Qué's lo que quieren ustedes de nosotras?. Viven la vida como salvajes, mienten, se emborrachan, se divierten, pelean, putean hasta que les da puntá y después vienen y los exigen pureza y obediencia de santas. ¿Qué creen que son? ¿Amos, Dioses?. No, débiles, hipócritas, beatos: ¡burgueses de mierda es lo que son desde el más pobre hasta el más rico!.
- José** : Gracias por lo que me toca.
- Afuertino** : (Rascándose la cabeza, confundido) Parece que los equivocamos otra vez, compadre: ella no quiere ná con el amor. (Señala el letrero) ¿Reina de qué le podríamos poner?.

- María** : No hagan más leseras, déjenme las cosas como yo las tenía nomás. (Mira hacia afuera) Ya va a empezar a llegar la gente.
- José** : Falta la pasá del helicóptero todavía.
- María** : Eso no tiene ná que ver, a veces pasa cuando'stán aquí. (Al "Afuerino") ¿Me arregló el tocadiscos?.
- Afuerino** : Sí, pruébelo con confianza.
- José** : ¿Lo arregló?. ¿Cuándo?.
- Afuerino** : Era el cable que le dije, había que moverlo nomás. (A María) ¿No hace causeo usté?. M'está dando hambre.
- María** : No, la gente de por aquí tiene apenas pa la caña. (A José) ¡Arrégleme la luz po, si'staba bien como yo la tenía!.
- José** : No s'enoje, si va a salir ganando. (Suena el tocadiscos que ha puesto María. Suelta los cables) ¡Ese es bueno, déjelo! (Se acerca a ella) Bailemos.
- María** : No bailo con los clientes.
- José** : (Pone un billete sobre la mesa) ¡Pago el baile!.
- María** : (Toma el billete, lo tira lejos) ¡Esta no es una casa de putas!.
- José** : (Alterado) No sea imbécil, yo no he querío decir eso.
- María** : ¡Yo no necesito ayuda de nadie ni quiero saber ná!. (Corta el disco) ¡Váyanse, déjenme sola!.
- Afuerino** : Pa vivir como bestia no necesitará a nadie, pero pa vivir como persona sí.
- María** : ¡Vaya a aconsejar a la desgraciá que lo tiró de las patas, qué me viene a molestar a mí!.
- Afuerino** : Ella no merece lo que usté dice, señora; sabía mucho más que yo. Sabía, por ejemplo, que nadie puede llegar al día sin atravesar por la noche . . . Y sabía también que no hay hijos sucios, que del río de la sangre salen todos limpios.
- María** : (Tocada) ¿Hijos?. ¿Qué quiere decir?. ¡No hable escondío!.
- José** : (Yendo hacia ella, después de haber bebido el resto de su vaso) Ya, dígame cuanto le debo y listo; ya quedó arreglá su porquería e . . .
- María** : (Yendo hacia El Afuerino) ¿Dice que no quiero al Camilo?. ¿Eso es lo que quiere decir?. (Lo coge de la ropa, lo sacude) ¡Desgraciao, desgraciao: él es hijo mío, de nadie más, toa la gente me lo desprecia, pero yo lo quiero: tengo que quererlo!.
- José** : (Tratando de separarla) Eh, pero cálmese, cálmese, si nadie le ha dicho ná!. (Queda sujetándola de los brazos).
- María** : (Forcejeando) ¡En toas partes me lo tratan como apestao, hasta el Berna me lo desprecio; pero yo lo he defendío siempre! (Señalando hacia afuera con la cabeza) ¡Toas esas malparías se desquitan con él de lo que les ha pasao, ninguna me lo quiere, ninguna le habla ni le hace cariño

. . . Saben que aquí no puede dormir con la bulla, porque yo'stoy trabajando casi de puta pa poder darle de comer, pero no me lo quieren cuidar, y encima me palabrean y mandan a los cabros a tirarme piedras a la casa!. ¿Es delito haber estao presa? ¿Es delito?. ¡Pero no me voy a ir, no me voy a ir, desgraciaos, porque este es el lugar de nosotros!. (Tironeando) ¡Suélteme, yo no lloro, yo no lloro delante de nadie!.

- Afuerino** : Le haría bien.
- José** : Claro, aproveche que's mujer y llore. (Va y le sirve) Tome, cúrese con su propia chicha. (Pausa breve) ¿Así qu'stuvo presa?.
- María** : Un año. (Pausa) Al Berna lo tuvieron más de dos.
- Afuerino** : ¿A pensao en lo que hubiera pasao si se hubiera quedao con usted cuando volvió?.
- María** : Cállese.
- Afuerino** : Ni él ni usted eran los mismos, lo único que tenían en común era la inseguridá, las pesadillas y el aborrecimiento; hubieran terminao destrozándose.
- María** : No me hable de muertos, ni menos de muertos cobardes.
- Afuerino** : ¡Hizo lo mejor pa ustedes, fue juicioso: acéptelo de una maldita vez!
- María** : ¿Juicioso por qué me dejó botá?. ¿Qué culpa tenía yo de que me hubieran violao y me hubieran hecho un hijo?. ¡Qué culpa tenía!.
- José** : (Seco, al "Afuerino") Ninguna.
- Afuerino** : Claro, ninguna. Pero no estamos hablando de tiempos normales ni de seres normales; cuando su hombre salió de la prisión no tiene que haber sío más cosa ni menos cosa que un hombre demolió por la injusticia, y reaccionó como eso.
- María** : Es inútil, cura, no hable más d'él: ese hombre está muerto, como no voy a saber yo, que lo enterré en mis ojos pa verlo muerto tóos los días. (Bebe, se levanta, señala la entrada) Ahí fue donde murió el desgraciao. Yo'staba tomando té en esa mesa (señala) cuando le vi venir . . . Cuando llegó a la entrá me paré y los quedamos mirando. No corrimos a abrazarlos, ni gritamos ni lloramos ni los reímos; no hicimos ná, los quedamos mirando nomás: la injusticia los había puesto lejos de toas las cosas, los había dejao tan destruíos por dentro, que ni estando a dos pasos éramos capaces de creer que estábamos libres y que los habíamos vuelto a encontrar . . . Pero como nadie me insultaba, como nadie me agarraba del pelo y me pegaba, y él seguía ahí, me fui llenando de calor, y vi que a él también l'estaban naciendo cosas, porque los ojos se le fueron poniendo humanos y la cara se le movió como si estuviera haciéndole

empeño a sonreírse . . . Pero entonces el Camilo lloró en la otra pieza, y tóo lo bueno que los había nació volvió a ser tragao por el miedo, que era lo único que sabíamos sentir. Tuve que agarrarme de la mesa pa no irme al suelo . . . ¡Cresta madre, venir a sentir miedo del que más quería en el mundo! . . . “La casa . . . la casa está lista, Berna”, fue lo único que pude decirle por entremedio de la tembladera. El abrió la boca pa contestarme, pero no le salió ningún ruido; parecía que junto con olvidársele sonreír se le había olvidao también cómo se hablaba. Pero yo entendí lo que estaba queriéndome decir: m'estaba preguntando si el Camilo era d'ellos. “¡No, Berna—le grité—: es mío, mío!” . . . Me dijo muchas cosas con esos ojos de muerto que tenía, cosas como que con un hijo d'ellos no, como que lo entendiera . . . parece que hasta me pidió perdón por dejarme sola . . . Y después se fue . . . Así fue como murió. ¡Perro infeliz!

José

: (Confundido) Parece que conlleva la cuestión. (Señalando al “Afuerino”) Parece qu'el hombre aquí, tiene razón, porque salieron de la capacha, pero eso no quiere decir que hayan ganao los buenos, la cuestión sigue igual nomás. Claro, el hombre aquí tiene razón: cesantes, marcaos por dentro y por fuera, y con un hijo que era como una bofetá en la cara pa él, no habrían demorao ná en convertirse en torturadores de ustedes mismos. Y más encima que las viejas de por aquí iban a llegar a tomar güelo pa contarle ese cuento de la visita al Berna.

Afuerino

: ¿Qué cuento?.

José

: Inventaron que un hombre venía a verla, uno d'ellos.

María

: No era cuento, usté también sabe eso, no se venga a hacer el bueno conmigo. El desgraciao venía a preguntarme cualquier cosa, a seguir amenazándome.

Afuerino

: No es raro, la insidia es otra de sus armas de destrucción ¿Viene todavía?.

María

: No, de repente empezó a hacerse el bueno, hablaba de sus compañeros por lo que me habían hecho, me daba consejos; después desapareció.

José

: Pero ya había dejao el veneno. ¿No hay salvación, cura? ¿Usté que lo conoce, qué piensa Dios de tóo esto? ¿Le parece bonito?.

Afuerino

: No soy cura. Pero no, en ningún caso debe parecerle bonito. Como hombre nomás que soy, supongo que El sabe que construir sobre las heridas es construir sobre la arena; no, compadre, no tenga cuidao, o se hace justicia o aquí no hay salvación pa nadie . . . Ni pa El.

- José** : Leseras, leseras nomás; ya' estamos fregaos pa siempre, ¿qué clase de justicia se puede hacer si el mal ya no tiene remedio? ¿Van a resucitar los muertos?. ¿Se van a juntar los desuníos?. Macanas, dígame a su amigo que en vez d'estarse pasiendo en su jardín, fabrique una bomba y los haga zumbiar a tóos, y que no vuelva a hacer nunca más leseras como esta, si quiere hacerse un tiatro que se lo haga en otra parte, la tierra ya se pudrió.
- Afuertino** : El no'stá en su jardín, taitita; el paraíso que a usté le han nombrao no existe, no existió nunca. Detrás de nosotros, perdío en el tiempo, no hay un lugar fresco, soliao y lleno de fruta que los espera: detrás de nosotros está el lugar donde nacimos, un lugar duro, seco y desolao, al que sería una tremenda desgracia tener que volver: el verdadero paraíso es una meta, y las metas están siempre adelante y ...
- José** : (Haciéndole callar) ¡Shiitt!
- Afuertino** : ¿Qué le pasa?.
- José** : (Escuchando) Son ellos. (Quedan escuchando; se siente, lejano, el ruido de un helicóptero) ¡Apague la luz, a veces tiran balas!.
- Afuertino** : ¿Balas?. ¿Estos no tiran papeles?.
- José** : ¡No, estos no: apáguela!.

(El Afuertino lo hace; excepto una zona alumbrada por la luz de la luna, que entra por la puerta abierta, todo queda a oscuras. El helicóptero da vueltas morosamente, en violento contraste con la serenidad de la escena interior. Cuando todo vuelve a quedar en silencio:)

- José** : Cada día se quedan más tiempo . . .
- María** : Pero cuando se van no vuelven. Prienda la luz.
- Afuertino** : No, espérese. (Pausa breve) Quedó lindo aquí.
- María** : Muy lindo habrá quedao, pero yo tengo que atender a la gente. (Mira hacia afuera) Ahora sí que van a empezar a llegar.
- Afuertino** : No se preocupe, yo pago dos corrías más. (Acomoda una de las mesas de modo que quede bajo el rayo de luna).
- María** : Claro, pa qué más, con eso le aseguro al tiro el porvenir al Camilo. (A José) Prienda nomás.
- José** : Aguántese un poco. Como dice el hombre aquí, tá bonito . . . (Se sienta) Mi'acuerdo de algo, no sé de que, pero esto me hace acordarme de algo . . .
- María** : De la Irene será po.
- José** : No, son cosas más viejas. De la Irene mi'acuerdo cuando veo la ruma de platos y tazas allá en la pieza, no cuando me tomo un trago.

- María** : Sei.
- José** : (Sonriendo) Claro, seis. La Irene ya es como los tangos, golpea, pero no abre las carnes. La que duele profundo es la otra, la que me quería . . . Después de dos años de matrimonio sin libreta, la carne y el corazón se me fueron de golpe p'al lao de la Irene; y como no se me iban a ir también, la Cecilia era chica, tenía los muslos flacos y la carita demacrá, siempre demacrá; la otra era tetona, acinturá, redondita de caderas, y con una cara más alegre y más bonita que la cresta: pa un desgraciao como yo, no había por donde perderse. "¿Pero qué te hice, qué?", me decía la Cecilia cuando me le empecé a portar frío, y yo no hallaba que contestarle, porque nunca me había hecho na malo, mujer más derecha que esa no hay en la tierra . . . —¿No dijo el hombre aquí que pagaba dos corrias?— (María va a servir) ¿Cómo iba a decirle que ya no la quería porque era más vieja y más fea que la otra?. No po, eso habría sío pegárle en el suelo . . . Le tuve que buscar pelea de otra manera . . . Puta madre, no hay ninguna cosa más terrible que la mirá de un inocente que pregunta que por qué lo están fregando . . .
- María** : ¿Y qué le dijo a la otra cuándo lo dejó acachao con las porquerías de tazas y platos?
- José** : Na po, que le iba a decir; ella nació pa tener amores eternos cada tres meses. Lo único que dije cuando llegué a la pieza fue: ¿Y qué voy a hacer ahora con todas esas leseras?.
- María** : ¿Tóo se paga, no?.
- José** : Así parece. (Después de una breve pausa) Pero yo no m'estaba acordando d'eso, era de otra cosa. Pucha, parece que me curé. (Al "Afuerino") ¿De qué sería?.
- Afuerino** : Con el vino y la luna yo también me acuerdo de algo: me andan siguiendo.
- José** : Claro, si sabemos. Por mí no tenga cuidao, con un par de cañas no hay nadie más valiente que yo.
- María** : Por sí . . . Usté sabe que yo . . .
- Afuerino** : No se preocupe, no es de ahora. Es desde niño que me buscan pa matarme.
- María** : (Sorprendida) ¿De niño?. ¿Y por qué?.
- Afuerino** : No sé. Ese es un misterio que nadie puede aclarar. (Bebe) Ni ellos lo saben.
- José** : Chis, ¿cómo es la cuestión?. ¿Así que ni usté ni ellos saben por qué tienen que matarlo?.
- Afuerino** : Así es la cosa. (Pausa) Ni aunque vivieran mil años podrían tener una idea de lo cansao qu'estoy de andar arrancando, de andar durmiendo siempre en colchones de tierra y sentir el sexo ardiéndome y el corazón vacío como hocico de

guacho . . . Pero no hay salvación pa mí, soy una tragedia que no se puede consumir nunca. Y lo pior . . . (se para, está algo ebrio) lo pior es que quiero vivir. Pero quiero vivir como obrero o campesino, no como vela de todos los entierros, no como remedio de todos los males. Añales que mi tiempo ya pasó, no me vengan con consuelos hipócritas, con golondrinas que no hacen primaveras. ¿Qué es mi presencia contra toda la maldá que nos divide? ¿Qué es mi palabra contra todas esas muertes?. No me vengan con medios días habiendo días enteros: conozco pobres que se han conformao con su suerte, no pobres que hayan dejao de sufrir, conozco viudas que han dejao de llorar, no viudas que hayan recuperao a su marío; sé de ricos que se han hecho más ricos, no de ricos que se hayan hecho buenos, sé de asesinos jubilaos, no de asesinos castigaos. Sé que todo verdor s'está secando, que todas las cosas queridas están en ruinas, y que un silencio de jueces prostituye la tierra. ¿Entonces por qué estoy aquí? ¿Por qué es importante que no me maten?. . . . La carne se me cabrea de andar haciéndole el quite a la muerte, mis huesos no aguantan más soledá; m'estoy derrumbando como adobe mojado, quiero escuchar alguna voz que me haga descansar, quiero encontrarme con unos ojos que al mirarlos de frente se vayan convirtiendo en un camino tranquilo y soliao. Pero todo está lleno de oscuridá y temor y voces enfurecidas que preguntan si he pasao por ahí. Manos que no me hicieron me buscan pa matarme, ¿y las manos que me hicieron dónde están? ¿Por qué me echaron a ser pasto de canallas?. Me odian con odio inexplicable, con furia de locos me persiguen día y noche por campos y ciudades, y nunca, nunca, el final: ¿qué clase de condena es ésta? ¿Qué clase de amor es el de los que me parieron?. Sudo gotas de sangre esperando que aparezca el que va a entregarme, ya casi no me quedan sueños que soñar, se me han caído por los caminos como carne con lepra; estoy solo, jodido, emputecido, calumniado y negado . . . Tengo hambre y sed del cuerpo de una mujer, del corazón de una mujer; las cuerdas ya no me dan pa andar entre perseguíos y fracasao que lloren historias tristes, ¡no me dan pa andar pregonando paz, cuando no hay paz sino atropellos y abusos de toda layal. (Hacia la población) ¡Vístete de fea, hija del pueblo, revuélcate en cenizas pa que no te violen: llora, llora como se llora al hijo muerto, llora con las entrañas a tus desaparecidos, a tus encarcelados, y después levántate y pelea, pero déjame en paz!. ¡Te he oído cantar himnos de paz

frente a tus muertos, te he escuchado pedir calma y plazos parao frente a la injusticia; así no me vengas conque eres guerrero, así no me vengas conque quieres libertá: así no me vengas a llorar, hijo del pueblo! Asume hasta las heces la rabia de tu corazón de hombre y déjame en paz! . . . Déjenme todos en paz, entonces lo habrán hecho todo por mí y por ustedes; entonces no tendré que andar acezando por los caminos como ladrón en la noche . . . Podré vivir, déjenme en paz . . . Aparten de mí esa muerte (se sienta, se derrumba) Aparten de mí esa muerte . . .

- María** : Descanse, cura; descanse, porque quiero preguntarle algo.
- José** : No lo mosquee más, ¿no'stá viendo cómo'stá?. Pregúnteme a mí.
- María** : Usted es como yo nomás.
- José** : Por eso mismo; somos astillas del mismo palo, ¿quién va a saber más?.
- María** : Es del Camilo. (Bebe el poco que le queda, luego coge el vaso del Afuerino).
- José** : ¿Había tomao antes?.
- María** : No, nunca.
- José** : ¿Y por qué toma ahora?.
- María** : No sé. (Señala al Afuerino) Dijo que el río de la sangre lo dejó tóo limpio.
- José** : Si lo dijo tiene que ser cierto. ¿Qué le pasa ahora con el Camilo?.
- María** : (Después de una pausa) Lo que me ha pasao siempre . . . Ta echo a la fuerza; ta echo con llanto y asco de mi parte, y con odio y maldá por la de los otros, la semilla que me dejaron adentro es maldita, es de gente podría . . . Pero yo soy la madre, tengo que quererlo . . . A veces, cuando lo miro, no puedo dejar de acordarme de esos hombres con la cara deformá por el sadismo, que se me echaban encima y me pegaban y me babosiaban entera . . . Y entonces le busco a quien se parece, quiero encontrarle cosas mías o del Bernardo, lo quise tanto, pensé en él con tantas ganas allá en la cárcel, que a lo mejor . . . Pero no tiene ná, y entonces en vez de amor, voy sintiendo . . . ¡Pero yo soy la madre, me tiene a mí nomás; soy la madre, aunque no sea capaz de abrazarlo y besarlo como hacen toas las mujeres con sus hijos! . . . ¿Dónde están los hijos en verdá? ¿Tan escondíos en la mujer o en la semilla que pone el padre? . . . Por tenerlo se me fue el Berna, se me fue la juventú y se me fueron las ganas de vivir; con gusto me hubiera matao cien veces, pero sigo haciéndole empeño a vivir por él, porque a cada rato me digo que él no tiene la culpa de haber nació como nació, que no tiene la culpa . . .

- José** : Claro que no tiene la culpa; lo único que pasa es que le falta un padre.
- María** : No hable leseras.
- José** : ¿Por qué van a ser leseras?. Cierre los ojos y vea a un hombre que lleva a su crío en los brazos, y véase usted al lao. ¿Por qué van a ser leseras?. Esa cuestión se llama familia, se llama vida. Pero eso tiene que ser antes que el niño empiece a hablar, antes que empiece a preguntar . . . A usted la tocaría cuando usted quisiera, antes no: palabra de hombre.
- María** : ¿Qué está diciendo?.
- José** : Que los juntemos. A usted y a mí se los está pudriendo la vida tratando de comprender por qué los pasó lo que los pasó: a mí me hizo tiras la vida una perra alegre y a usted la mató otra injusticia. Podimos alaraquiar mucho, pero en verdá ya no los queda ni el deseo de saber por qué los pasó eso: vivamos juntos este tiempo de muerte que nos queda por vivir.
- María** : Ta curao, váyase; váyanse, déjenme tranquila.
- José** : No sea lesa, entienda bien lo que le digo: sé que usted no siente ná por mí, y pa que le voy a decir que yo me estoy muriendo de amor por usted, no, las cosas como son nomás; le digo que los juntemos como si fuéramos dos muertos que no tienen cementerio, como eso nomás. (Pausa) Y por lo menos, tenemos una buena cachá de platos y tazas pa empezar.
- María** : ¿Por qué le voy a decir que sí?. ¿Por qué se curó y contó algo de su vida?. Eso lo hacen todos aquí, no sea niño chico. Pa llegar al amor hay que andar mucho por la vida de un hombre.
- José** : Si fuera por eso, usted ha andao por mí en una tarde, lo que no anduvo nadie en todos los años que tengo.
- María** : Córdela, córdela con eso, por favor. (Se levanta, se ve vacilante).
- José** : ¿Qué le pasa?. ¿La agarró el aire?.
- María** : No, no es el viño, es la luna. (Pausa) ¡Miren qué lesera, venir a curarme de luna!.
- José** : Los tres. A los tres los agarró y los tiró al suelo . . . Pero es rara esta curaera . . . ahonda el miedo y la soledá, pero quita el odio . . . es rara. (Se para) Voy a prender la luz.
- María** : No, pa qué. (Mira hacia afuera) Ya no va venir nadie . . .
- José** : (Va hacia "El Afuerino", lo sacude) ¡Eh, compadre; parece que hay que irse!.
- Afuerino** : Justamente. (Mira hacia afuera) Ha llegao la hora. (A María) La estuve escuchando.

- María** : Nosotros también lo escuchamos, cura.
- Afuertino** : Gracias. (Señala) Siento no haber encontrao nombre p'al lebrero . . . Pero parece que no lo va a necesitar.
- María** : (Agresiva) ¿Por qué?
- Afuertino** : Tincás. ¿Cuánto le debo?
- María** : (Pausa) ¿Cuántas cañas eran?
- José** : (Asombrado) ¿No se acuerda?. ¡Esta sí que's grande!
- Afuertino** : (Deja un billete sobre la mesa) Buen síntoma.
- María** : ¡No se ría!
- Afuertino** : No me río, nunca me río. ¿No lo había notao?
- María** : No sea mentiroso, aquí se rió varias veces.
- Afuertino** : (Yéndose) Yo no hablo de reírse con la cara.
- José** : ¿Va bien, compadre?
- Afuertino** : Sí, ya'stroy flor, no se preocupe. No es lo que quiere uno lo que tiene que pasar todavía, ¿no ve que todos quieren cosas distintas?
- María** : ¿Y pa dónde va?
- Afuertino** : Quinzás. (Mira hacia afuera) Es grande la tierra.
- José** : (Complicado) Perdone lo que voy a decirle, compadre, pero . . . cuídese. Es importante que no lo maten.
- Afuertino** : (Pausa) Eso dicen. Nos vemos. (Se va).
- María** : (Inamistosa) ¿Y usted?
- José** : ¿Yo qué?
- María** : ¿No se piensa ir?
- José** : Sí. Al tiro. (Pausa) ¿Sabe una cosa?. Lo de la . . .
- María** : Perdone, pero no puedo demorarme más en cerrar: tengo que ir a buscar al Camilo. (Entra en su "pieza").
- José** : Claro. (Deambula por el negocio. Bebe; va a poner un disco, se arrepiente. Queda un instante sumido en sus pensamientos) Una vez los tuvimos que separar dos días, y la Irene me mandó una carta: "Ha pasado apenas un día que estoy lejos de ti y ya siento esta angustia en mi alma —decía—. Jamás nada ni nadie había logrado descontrolarme así, ya no puedo desprenderme de ti ni un instante, estoy tan unida a ti, amor mío, en cada cosa que hago, en cada detalle, que . . ." Después me olvidó. (Pausa) Pero lo verdaderamente horrible, es que yo también la olvidé. Eso fue en realidá lo que me hundió pa siempre, porque comprendí que no existe nada que no pueda olvidarse, y que eso quiere decir que no existe nada en lo que uno pueda creer, es el vacío total . . . el vacío total . . .

(María sale de la pieza. Se ha sacado la pintura de la cara y viste una pollera limpia y sencilla. Lo mira largamente)

María

: Tengo . . . Tengo que ir a buscar al Camilo, pero me da miedo atravesar sola por la oscuridá . . . ¿Me puede acompañar?

Quedan mirándose, haciendo esfuerzos por hablar, por sonreír.

Juan Radrigán. Nacido el 23 de enero de 1937, en Antofagasta. Hasta marzo de 1979, oficios diversos; desde allí en adelante, dramaturgo.

Obras estrenadas:

Testimonio Sobre Las Muertes De Sabina.

Cuestión De Ubicación.

Redoble Fúnebre Para Lobos Y Corderos.

Las Brutas

Hechos Consumados

El Toro Por Las Astas

Informe Para Indiferentes

Las Voces De La Ira

Made In Chile

El Loco Y La Triste

Pueblo Del Mal Amor

La Felicidad De Los García

Los Borrachos de Luna

Obras por estrenar:

Memorias Del Olvido

Islas De Porfiado Amor

Tengo Aparición De La Verdad (Monólogo)

